

IMPRIMIR

EL ARTE DE PENSAR

ERNEST DIMNET

Título del original inglés:

THE ART OF THINKING

Editado por
elaleph.com

© 1999 – Copyrigh www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

PREFACIO

¿Qué escritor osaría apropiarse el verso de VOLTAIRE en *El Pobre Diablo*, y decir de su lector: *Il me choisit pour l'aider à penser?* (Me ha escogido para ayudarlo a pensar). Sin embargo, es un hecho que hay millones de hombres y mujeres ansiosos de aprender a pensar, hasta el punto de que otros hombres y mujeres, aun a riesgo de parecer pedantes, se ofrecen a enseñarles ese arte.

Para ello no se necesita ser un genio. Rara vez se ha visto que los genios saquen buenos discípulos en arte alguno. Es preferible que el maestro del Arte de Pensar no sea una persona que desconozca sus dificultades, e incluso vale más que sus propios pensamientos no resulten tan brillantes que desconcierten al discípulo. Un médico enclenque no da una prueba de salud como cualquier leñador robusto, sino tan sólo el ejemplo de un capitalito acumulado con inteligencia. Así, su comprensión imparcial de la salud y sus apreciaciones higiénicas parecen más útiles y hacen que a menudo se le prefiera. El autor de esta obra no se halla ciertamente preparado para declarar que ha procedido siempre de acuerdo con sus principios; pero no considera una jactancia decir que tal vez ha sentido el mérito de ellos con mayor fuerza que muchos maestros geniales. ¿No es esto bastante? Y el deseo de ser útil ¿no constituye, hasta cierto punto, un título suficiente para aconsejar con modestia?

El lector advertirá en seguida que este libro, no obstante sus defectos, ha sido escrito para él. Sus esfuerzos por ser claro y breve, su aversión a la jerga filosófica, su antipatía hacia una desanimadora y generalizada exhibición bibliográfica: todo responde a un propósito de ser útil,

más que deslumbrar. La mayoría de los libros se publican con el más o menos confesado designio de que sean obras de arte, lo que es decir principio y fin de ellos mismos, y, en consecuencia, provocar la admiración. Al escribir sobre cualquier arte, y muy en especial el Arte de Pensar, la vanidad sería un crimen, y honradamente podemos decir que ella ha entrado lo menos posible en la composición de este trabajo.

La única recompensa a que aspira el autor es que el lector se convenza de la justa simpatía que por él siente, y de su constante empeño por ayudarle a encauzar sus pensamientos, para que piense mejor y así pueda vivir con entera nobleza su propia vida.

E. D.

PRIMERA PARTE

EL PENSAMIENTO

1.- DEL PENSAR

Una tarde de octubre. Son las cinco. Los últimos rayos del sol poniente arrebolan el jardín. Usted está en el umbral de su casa, meditando. Tiene abiertos los ojos, pero no ve nada. Alguien pasa rozándole y murmura en voz queda: "Diez centavos por lo que piensa".¹

¿Qué responde usted?

Un poco más tarde, se halla usted absorto, o lo parece, ante un libro abierto. Pero su semblante no tiene la expresión que le es habitual cuando la lectura le complace. El fruncimiento de su entrecejo revela intensa concentración, demasiado intensa para una simple lectura. En realidad, está usted a cien leguas del libro. Y a las preguntas: "¿En qué piensa?", "¿qué libro es ése?", respondería como antes en el jardín: "¡Oh, no pensaba en nada!", o, "¡pensaba en tantas cosas...!" Cierto: pensaba usted en tantas cosas, que era igual que si no pensara en nada.

¹ Modismo inglés: *A penny for your thoughts.* (N. del T.).

Una vez más se ha distraído usted: se ha distraído pensando, esto es, sumergiéndose en su propia conciencia. Nuestro cerebro, más que una habitación clara y ordenada, semeja un granero cerrado durante largo tiempo donde revolotean en la penumbra las minúsculas mariposas de nuestros pensamientos. En cuanto abrimos la puerta para mirar al interior, esas polillas grises se desvanecen.

La comprobación del fenómeno es desalentadora, desde luego. De ahí que ofrecernos diez céntimos por nuestros pensamientos nos resulte tan molesto como embarazoso; quisiéramos vernos libres no sólo del importuno ofrecedor sino de la oferta misma. Nos parecemos al perro que ladra a su propia imagen cuando la ve por vez primera reflejada en un espejo, pero que a la segunda tentativa se enfurruña y le vuelve la cola. No obstante, con un poco de curiosidad y paciencia no es al fin imposible echar un vistazo al cerebro. Inútil intentarlo en momentos de profunda abstracción; únicamente cuando la conciencia se halla fuera de su guardia las oportunidades favorables se presentan. Al leer un periódico, el continuo cambio de asuntos comienza a diluir su atención, pero sin fatigarlo todavía; en el tren o en automóvil, cuando la rapidez de la marcha imprime al pensamiento un cierto ritmo, que si al cabo de un rato lo adormecerá, por de pronto lo estimula; al escuchar una conferencia, ni lo bastante buena para absorberlo ni demasiado mala para irritarlo: he aquí los momentos propicios para echar una ojeada al mecanismo de su cerebro, a lo más íntimo de su ser. Ponga entonces rápidamente en tensión su conciencia, asómese a su interior, y así conseguirá solidificar una porción de la corriente mental que lo domina, y contemplarla por espacio de tres o cuatro segundos. Si logra hacerlo siquiera una vez le entrará sin duda el deseo de recomenzar el experimento, pues ningún examen de conciencia es más diáfano y eficaz que éste; y cuanto mayor sea su frecuencia, más fácil le parecerá, hasta llegar a hacerse instintivo.

¿Por qué no probarlo ahora mismo? ¡Diez céntimos por lo que piensa! *¿En qué piensa ahora?*

Alza, atónito, los ojos, como sorprendido, acaso considerando que esta brusca interrupción es de pésimo gusto.

-¿En qué pienso? Pero, señor, ¡si no ceso de pensar en su libro! No le interesó a usted más al escribirlo que a mí al leerlo. Me entusiasma el tema.

-Si, he reparado en la atención con que me leía usted; por eso lo he interrumpido. Si lo hubiese visto vagar, nada le habría dicho. ¿De modo que le gusta el tema?

-Mucho, y desearía que continuase explicándolo. No suele suceder a menudo que los libros hablen.

-Diciendo que le agrada el tema, ha querido usted significar que le interesa, que excita algo en su interior, que le obliga a pensar, en una palabra.

-Exactamente.

-Pero tenga en cuenta que los pensamientos sugeridos por la lectura le pertenecen a usted; por eso le gusta tanto verlos surgir en pos de mis palabras. ¿No es eso?

-O algo parecido, en todo caso. Lo cierto es que empieza gustarme la conversación.

-Claro, porque le atañe. Estaba seguro de que le gustaría. Esos pensamientos de usted, no míos, son ajenos a la obra. ¿No le parece que podríamos calificarlos de distracciones?

-Sería algo injusto, porque le sigo a usted atentamente. Debo, sin embargo, admitir que no trato de retener en la memoria su disertación; eso destruiría el placer que experimento escuchándolo. He de convenir, también, en que ese goce es propiamente mío y constituye por tanto, una suerte de distracción, según usted decía. Lo cierto es que pensaba...

-¡A eso vamos! ¿En qué pensaba usted?

-Pues estaba pensando en una granja que teníamos, allá en el Maine, con un granero semejante a ése de que habló usted hace poco. Cuando íbamos por allá, en verano, aun persistía en el aire el perfume de las manzanas recogidas durante el invierno. ¡Cómo me gustaba

respirarlo! Permanecía sentado horas y horas, como un chiquillo, soñando.

Ya entonces pensaba, como usted ve, en mis pensamientos.

Por otra parte, cuando a menudo contemplo el grabado que me produce la más honda impresión -quiero decir el retrato de Erasmo escribiendo, por Holbein-, me acuerdo del viejo granero. No me cabe duda de que hace pocos momentos he debido pensar en Erasmo, a recordar con disgusto cierta ocasión en que, delante de aquel grabado, un necio me preguntó: "¿Quién es ese tipo que parece que se está mirando la punta de la nariz?" Odio a los tontos. Todavía hoy, aquel recuerdo me ha hecho dar un salto en la silla, y a duras penas he conseguido ahuyentarlo."

-Ya ve que no andaba yo equivocado: ha pensado usted en muchas cosas que no están en el libro.

-De acuerdo; pero el libro las ha suscitado, y no me sorprendería que mañana mismo, mientras esté realizando cierto trabajo en mi oficina, me vengan a la mente pasajes enteros de la obra.

-Muchas gracias... Y ¿habrá estado pensando también en ese trabajo, naturalmente?

-¡Pues claro! Se trata de una cantidad importante como que necesitaré cinco años para ganarla. En fin estoy casi seguro de que todo irá bien y podré proporcionar a mi pobre hijo la colocación que desea.

-Perfectamente. Tome los diez céntimos que le debo. Ahora empiezo a conocer sus pensamientos. Como es natural, todos y cada uno se refieren a usted mismo. No podía ser de otro modo. En su mente se agitan pensamientos tan ocultos, tan profundos, que sería imposible extraérselos. Y yo apostararía que están más cerca de su fondo íntimo que los descubiertos en el curso de nuestra conversación. A veces, inopinadamente, nos percatamos de los latidos de nuestras arterias: son la señal de que existimos. Pero esa experiencia carece de utilidad, como no sea la de demostrarnos que seguimos viviendo. Cuando se trata de nuestras cosas más íntimas nos preocupamos muy poco. Y crea usted que se lo digo sin la menor ironía.

-Muy ingrato sería usted si la usase conmigo, pues le repito que raramente he leído algo con la atención con que ahora le leo.

-Si, sí, aunque pensando en otras muchas cosas. Y no hay más remedio: todo el mundo es así. Si usted ha leído la vida de WALTER SCOTT, recordará que ese autor sentía inflamársele la imaginación cuando encontraba un tema propicio para escribir una novela; y a pesar de ello, se ponía a devorar toda suerte de libros que no tuviesen ni la menor relación con el que preparaba. Y ¿por qué hacía esto? Sencillamente: para poner en marcha el cerebro. Esos libros ocasionales obraban sobre su inventiva de la misma manera que las muchedumbres de Londres lo hacían sobre la de DICKENS.

Quando usted me asegura que lee este libro con atención, quiere decir que su intelecto emplea una cierta parte de su propia conciencia -pongamos un quinto, o a lo más un tercio- en seguir el texto. Pero su intelecto ¿qué viene a ser sino una especie de agente que se encarga de ciertas faenas exteriores, por cuenta de usted? Mientras él trabaja por un lado, usted no deja ni un momento de realizar la tarea de su propio yo, infinitamente más importante para su vida que las más hermosas teorías. Lo que le interesa a usted es el granero donde las horas se deslizaban entre el perfume de las manzanas invernales, el retrato de Erasmo, la indignación renaciente contra el necio que no veía en Erasmo más que su nariz; es, por último, el porvenir de su hijo y el paso que va a dar mañana. Estos son sus verdaderos negocios y pensamientos. Mientras se imaginaba que el Arte de Pensar le ayudaba a pensar realmente, estaba usted con su hijo, Erasmo, el necio, el granero, los negocios y cien cosas más a las que no hemos podido echar el guante. Esos pensamientos -que ahora ya no tendrá inconveniente en calificar de distracciones- constituyen lo que piensa su yo a pesar de mi libro, que es para usted la verdadera distracción. Y esto, que nos ocurre cuando leemos, sucede también cuando escribimos. ¿Quiere que le diga en qué piensa mi yo, mientras el agente exterior lleva mi pluma? Pues está pensando que yo haría mi trabajo con verdadera delicia si, al atravesar

hace una hora el jardinillo de Nôtre Dame,² no hubiese visto una pobre gata abandonada que procuraba resguardar de la lluvia, bajo el busto de GOLDONI, a sus dos crías, y si no hubiese oído poco después, al pasar, cómo una norteamericana enseñaba a su marido los horribles almacenes del bazar del Ayuntamiento, diciéndole: "¡Esto es de estilo francés!" Me gustan los gatos, pero la arquitectura ridícula me abruma.

La introspección, la mirada hacia adentro, mientras el alma se halla en plena actividad, nos revela siempre fenómenos de esa clase. Los psicólogos hablan del "flujo mental", y esta expresión ha marcado por sí sola, en el orden de la observación interior, un progreso inmenso sobre la división del alma en facultades distintas. Dicho flujo o corriente arrastra toda clase de imágenes-reminiscencias más o menos modificadas, de sentimientos, voliciones y juicios en parte conscientes, todo ello revuelto en confuso hervor. Y este fenómeno no cesa nunca, ni siquiera durante el sueño, lo mismo que un río jamás detiene su curso. Pero a lo que más se parece el oleaje de la conciencia es a un torrente alpino, continuamente interrumpido en su curso y que sólo avanza a fuerza de arremolinarse.

La mirada hacia nuestro interior nos muestra, ante todo, un movimiento perpetuo; pero si recomenzamos el experimento, no tardaremos en darnos cuenta del impulso circular y el retorno periódico de estados de alma muy complejos.

Tales estados de alma se producen invariablemente después de alguna imagen y como siguiendo su estela, por decirlo así. El caballero con quien acabo de sostener una conversación tan interesante tenía la mente llena de una multitud de imágenes -reflejos sin gran consistencia, rápidos, entrecortados y tan difíciles de detener como las ondas de un riachuelo-; pero él se daba cuenta sólo de algunos: una estancia en una casa de campo, el retrato de Erasmo pintado por Holbein, un necio, y su propio hijo. Para usar otra comparación -pues cuanto más se prodi-

² Alude el autor al bello y solitario *square* que está junto ábside y al pie de la venerable mole de la Catedral de París. En ese sosegado rincón de la gran ciudad se levanta un sencillo monumento a

gan tanto más nos acercamos a la realidad fugitiva-, esas imágenes eran como las manchas de un calidoscopio, que se imponían a intervalos al espíritu de mi interlocutor.

Es casi superfluo decir que esas imágenes obraban en él como lo hacen en nosotros todas las imágenes. Unas nos atraen y otras nos repelen. El viejo granero le proporcionaba una satisfacción completa; Erasmo le habría complacido también, a no ser por el necio que habló de él sin conocerlo; e incluso a la larga el mismo necio se le habría hecho soportable, porque le inspiraba un halagüeño sentimiento de superioridad. En cuanto al hijo, resultaba una delicia imaginar su rostro, su plácido rostro vulgar, transfigurado por la alegría, al oír que su padre le comunicaba: "Bueno, muchacho, todo marcha bien" Pero ya era otra cosa imaginarlo, un año más tarde, tomando invariablemente el tren de las 8,37, para dirigirse a su también invariable oficina. Probablemente, cuando el caballero se representaba a sí mismo embriagado por el perfume de las manzanas camuesas, la plácida imagen de su hijo se hallaba muy próxima, en el fondo de la conciencia; pero cuando la frase irritante del necio y su voz satisfecha de sí misma acosaban al caballero como un moscardón importuno, la sórdida estación de suburbio donde su hijo esperaba el tren, en compañía de un centenar de desdichados, medio dormidos aún, no debía de hallarse muy lejos. Digo probablemente, porque ¿quién sabe?, es muy posible que la molestia producida por una imagen induzca a buscar un alivio en otra imagen más agradable. La corriente mental es tan rápida y se desliza encajonada tan profundamente entre dos enmarañadas y abruptas riberas, que no es posible ver su curso.

Todo cuanto podemos decir es lo siguiente: 1º) La mayor parte de nuestras operaciones mentales van acompañadas de imágenes o son producidas por ellas. En esto no diferimos mucho de los animalillos domésticos que nos rodean. Si no se admitiese que el cerebro de un perro registra una verdadera enciclopedia de imágenes, sonidos y aromas, y que el animal se sirve admirablemente de ese diccionario, las

GOLDONI (1707-1793), el sutil comediógrafo italiano. (*N. del T.*)

reacciones del perro resultarían ininteligibles. 2º) Esas imágenes están en estrecha relación con las atracciones o repulsiones que nos producen las cosas que amamos o que nos repugnan, de suerte que, en último análisis, el querer o el no querer son los motores de nuestra psicología, probablemente en combinación con estados biológicos elementales. 3º) Inevitablemente, el hombre revela con sus pensamientos y palabras, con su idea de la vida y con su vida misma, la calidad de las imágenes que pueblan su espíritu. Si examinamos tales imágenes y las juzgamos según su valor moral, si examinamos y juzgamos nuestras simpatías y antipatías, esas imágenes, simpatías y antipatías nos ilustrarán acerca de nuestro propio valor moral mucho mejor que nuestros actos, pues ellas constituyen la íntima raigambre de la acción. Todo esto digámoslo de paso, ya que volveremos sobre ello más tarde.

Se me dirá, sin duda, que lo que acabo de describir no es el pensamiento. Debe de haber momentos en que nuestro espíritu se halle libre de imágenes, de simpatías y antipatías, de atracciones y repulsiones. Debe de existir una categoría de operaciones mentales superiores, algo inmaterial cuyo término es la abstracción. ¿De dónde salen, si no, las concepciones matemáticas o filosóficas? ¿Qué es la lógica?

Ciertamente: existe el lenguaje, que resume millones de experiencias, y hay también ciertas fórmulas que llenan las bibliotecas. El primero de nuestros antepasados prehistóricos, que en lucha con una onomatopeya y desesperado casi de poder captar un matiz de expresión fugitivo, inventó el futuro (tiempo de verbo, enten-dámonos) mediante la soldadura de las expresiones "mañana" o "salida del sol" o "hambre de la mañana", con un rudimentario sustantivo verbal, era un genio. La labor intelectual, por otra parte, ha producido millones de libros que, a su vez, mantienen ocupadas las más nobles inteligencias: y todo eso tiende a la abstracción. Pero ese conjunto pertenece a la Ciencia del Pen-samiento, mientras que aquí nosotros nos preocupamos tan sólo del Arte de Pensar. No obstante, no estará de más, incluso para nuestro propósito, decir algunas palabras acerca del aspecto teórico de la cuestión.

Vulgarmente se cree que el pensamiento, como el diamante, puede existir en estado bruto y elaborarse sin la intervención de imágenes. Se tiene la convicción de que alguna vez se ha llegado, sin el concurso de ninguna imagen, a conclusiones especulativas o prácticas. ¿Cuáles son?

Este es el problema. Ante todo importa preguntar: ¿existen? ¿Cómo podemos convencernos de que sí? Siempre que logramos seguir el proceso de una operación mental, percibimos imágenes. Cuando decimos pensamiento o pensamiento puro, queremos persuadirnos de que al pronunciar estas palabras no evocamos imagen alguna; pero ¿ello es cierto? En el momento de decir "pensamiento", ¿es o no es posible que nos representemos una cabeza humana, o una frente, o el interior de un cráneo, que se nos aparece, no ya con la forma gelatinosa del cerebro, sino a manera de un complicado aparato en el que se clasifican y almacenan los resultados del trabajo mental, o tal vez como un mecanismo de relojería, de una precisión y una delicadeza infinitas?

Conviene observar que los nombres de las operaciones intelectuales que ahora juzgamos tan alejadas de todo lo concreto, en su origen no tuvieron nada de abstracto. *Ver* y *saber* se expresan en griego con la misma palabra; *pesar* y *pensar* tienen una extraña semejanza y en inglés se enuncian con el mismo vocablo; algo parecido ocurre con el verbo *to think* (pensar), que es el descendiente espiritualizado de otra palabra mucho más material, que significaba *parecer*; *lógica* y *lenguaje* tienen la misma raíz; y, en fin -como para protestar de nuestro orgullo intelectual- *idea*, no significa otra cosa que *imagen*.

Esto demuestra que las imágenes son con facilidad subconscientes y más difíciles de descubrir de lo que el vulgo supone, sobre todo antes de haber hecho la prueba. Podemos tener conciencia de que, a todo trance y a pesar de algunas interrupciones absurdas, se está desarrollando una película en nuestro cinematógrafo interior, y en cambio no tener conciencia de otra imagen menos visible, aún cuando perceptible al trasluz de la película en movimiento. Y, sin embargo, nada hay tan frecuente como esta superposición de imágenes que progresan a velocidades variables. Así se explican las imprevistas conclusiones a que

llegamos después de habernos ocupado de cosas que en apariencia no tenían ninguna relación con aquéllas. Un hombre que está leyendo y que, al mismo tiempo, va recordando una tras otra las minúsculas fotografías que su memoria tomó, hace tiempo, en una granja situada en el Maine, puede muy bien oír de pronto una clara voz interior que le dice: "Solo hay que leer cuando es absolutamente necesario". En vista de lo cual cierra el libro. ¿Por qué? La solidificación del curso de la conciencia, de que hablábamos antes, demostraría que bajo la película de la granja del Maine asomaba la imagen del doctor Vilmer, el oculista, que durante la última visita se mostró más severo que de ordinario. Y a partir de aquel momento, la imagen del doctor permaneció, ceñuda e inmóvil, en el fondo de la conciencia. Parece haber, por tanto, tres capas (quizá muchas más, naturalmente), tres capas perceptibles al observador:

LIBRO SOBRE EL ARTE DE PENSAR

Granja del Maine

Oculista

A veces percibimos con bastante nitidez una serie de imágenes que se empujan y se entrechocan, abalanzándose con una extraordinaria rapidez hacia una conclusión evidente. El mismo caballero a quien me pesa haber tenido que presentar como un enfermo de la vista (aunque no llegará a perderla) puede sorprendernos de pronto con la siguiente conclusión: "¡Sanseacabó! Compraré esa casa de Nueva Jersey". Parece increíble, ¿verdad? Y no lo es, en manera alguna. Nada tan fácil como ver cuál ha sido la serie de imágenes suyas que han ido descartándose una tras otra:

a) Granja en el Maine+malas comunicaciones+dos cambios de tren+inviernos fríos+los Jones muy cerca=no me conviene.

b) Casa en Lakewood (recomendada por la agencia)+numerosos trenes+a un paso+sin mosquitos= noches agradables.

Sueño+proximidad+pinares+suelo arenoso, seco y sano=perfecto=sonreír=comprar.

Toda esta retahila puede pasar como un relámpago, y habituados como estamos a asociar pensamiento y rapidez, al conjunto le llamaremos pensamiento; pero en realidad sólo habrá habido una serie de imágenes, como de costumbre.

Otras veces, mientras nuestro espíritu trabaja, oímos o vemos palabras que vienen a ser algo así como las etiquetas que quedan en un costurero debajo de las madejas y carreteles. Ocurre también, aunque con menos frecuencia, que vemos u oímos una frase entera, de ocho o diez palabras; y casi estamos por creer entonces que pensamos mediante palabras y que esto es mejor que pensar por medio de imágenes. Es una equivocación. Las palabras y frases sólo están allí por lo mismo que nos hace decir en voz baja: "...y llevo una", si estamos sacando cuentas, o bien: "esto no me volverá a suceder", cuando advertimos que acabamos de hacer alguna tontería. Pero esas palabras interiores no son más que una anticipación de lo que llegaríamos a decir si no estuviésemos solos.

En resumen, siempre topamos con imágenes. Como las abstracciones no son otra cosa que productos de ellas, las recuerdan inevitablemente. Es imposible pensar en la Historia sin representarse algún grande hombre o algún período brillante. Dudo de que se pueda pronunciar la palabra "ciencia" sin acordarse de algún experimento célebre o de sus resultados prácticos. Habrá muy pocas palabras tan inmateriales como el vocablo "verdad"; no obstante, al oírlo le asociamos fácilmente algún ejemplo de apasionada devoción a lo verdadero, o alguna investigación que nos sugiere la grandeza de la verdad. En una palabra: las contingencias concretas jamás andan lejos. No es necesario recordar cuán íntimamente unida está la geometría a sus propias figuras. Y en cuanto a la lógica, no hace más que dictaminar sobre cosas congruentes o incongruentes. Y ¿por qué no ha de hacerlo también sobre la congruencia o incongruencia de dos imágenes, o de dos racimos de imágenes condensadas en una fórmula abstracta? Si nos fijamos un poco, veremos que así ocurre, en efecto.

Sin duda insistirá el lector: ¿Acaso en nuestro espíritu no hay algo que constituya su naturaleza íntima, y sin lo cual el espíritu mismo ni siquiera podría existir?

Ya entiendo. Ha oído hablar de los principios de la razón pura. Bueno: lea todos los filósofos que le venga en gana y dígame luego si le pasma, le ilustra o le incita a pensar la afirmación de que, ante el choque de dos bolas de billar, el espíritu percibe que nada ocurre sin causa o razón suficiente. Lo que KANT, e incluso un metafísico más realista, como Sir WILLIAM HAMILTON, nos dicen de la naturaleza del espíritu, puede quizá ser el resultado de un poderoso esfuerzo intelectual; pero ¿qué valor tienen sus resultados prácticos? Podemos formarnos de la labor de nuestro espíritu una idea vaga, recordando lo que eran las radiografías de hace veinte años; pero su naturaleza sigue siendo un misterio entre otros muchos misterios. Resignémonos a nuestra ignorancia, acordándonos de que aquí no se trata de filosofía, sino de un método práctico para obtener de nuestras facultades intelectuales todo el rendimiento de que son capaces.

2. - CÓMO JUZGAR NUESTROS PENSAMIENTOS

A primera vista parece difícil discernir la calidad de un pensamiento bajo las capas que lo recubren; pero la práctica de la introspección desvanece esa dificultad. Con un poco de experiencia aparece manifiesto que los elementos mediante los cuales no es posible juzgar nuestros pensamientos son, ante todo, las imágenes que les sirven de base; en segundo término, las simpatías o antipatías correspondientes a dichas imágenes y, finalmente, la energía intelectual que nos permite combinar, con mejor o peor fortuna, nuestros datos mentales.

Huelga decir que una persona cuyo espíritu esté absorbido por imágenes placenteras y de corto vuelo, tales como las de comodidad, buena mesa, trajes, bailes, viajes y amable compañía; en una palabra, por imágenes de bienestar material, se halla más lejos de lo que llamamos pensar, que la persona cuya imaginación esté henchida de visiones bellas,

los paisajes de Italia, por ejemplo, con sus nobles edificios, la antigüedad pintoresca o conmovedora de las iglesias y museos, colmados de grandes creaciones y, a cada paso, el recuerdo de artistas famosos. Nadie pone en duda que un verdadero artista aventaja a un hombre de mundo que no sea más que eso. ¿De dónde procede tal superioridad? Pues de que las imágenes que nutren el espíritu del uno son superiores a las del otro. Por lo mismo, cuando el alma de un RUSKIN o de un WILLIAM MORRIS está poblada no solo de imágenes de pura belleza sino además de la visión de una humanidad ennoblecida y más feliz nos inclinamos ante esas imágenes, ajenas a un artista ordinario. Es fácil remontar la escala de los valores morales correspondientes a las imágenes motrices, pasando revista a las que pertenecen respectivamente al patriota, al reformador social, al renovador moral, al santo o al gran intérprete religioso. Estas imágenes alcanzan una progresiva sublimación, y las del místico son tan vivas como las del artista. Bueno: ¿qué visiones llenan los ocios de nuestro espíritu? ¿Con qué escenas interiores nos deleitamos? No es difícil saberlo, pues la simple idea de introspección nos conduce a la experiencia de la introspección misma. En un instante podemos erigirnos en nuestro propio juez. Y da miedo pensarlo.

Basta reflexionar un poco para darse cuenta de que nuestras simpatías y antipatías son del mismo género que las imágenes que las producen. Es evidente, además, que las imágenes de las cuales nos avergonzamos más o menos no reaparecerían tan a menudo en nuestro espíritu si no contasen en ese reducto con un auxiliar secreto, en vez de topar con un juez que pronunciase la sentencia inapelable: "no ha lugar".

Conviene también no olvidar, aunque sea poco agradable, que la mayoría de las personas sienten sus antipatías con más vigor que sus simpatías; éstas son débiles, en tanto que los odios son tenaces. Uno de los rasgos humillantes de la naturaleza humana es que sentimos más las pequeñeces que nos irritan que las atenciones que nos miman; como dice el refrán: "una mala, hace olvidar cien buenas". Un viajero está a punto de partir, de muy buen temple, pero basta que a última hora tro-

piece con un prójimo que le fastidie o importune, para que todo se ensombrezca alrededor de él. Quizá sea de esos que coleccionan los contratiempos, y para los cuales una rabieta es un verdadero placer. A un crítico le agrada un libro; sin embargo hablará de él sin contemplación alguna, si el último capítulo no le ha gustado. Los temperamentos nobles y entusiastas son siempre optimistas, incluso cuando no se hacen ilusión alguna sobre la irremediable miseria de este mundo. Pero ¿cuántos hay así? Recuérdese que Antoine, el curandero belga, ha pasado por un profeta en toda Europa, únicamente por predicar una doctrina que parecía resabida entre cristianos: amar a nuestros enemigos. La tomaron por una novedad y millares de hombres se entusiasmaron, felizmente, con ella.

Otro síntoma, o más bien otra causa, del pesimismo universal, es la existencia en nuestra conciencia, o en nuestro subconsciente, de esos hábitos mentales deprimentes que los discípulos de Freud llaman "complejos". En la segunda parte de este libro insistiremos acerca de ellos, pero es conveniente señalar aquí su existencia, porque su influjo en el vigor de nuestros pensamientos es muy cierto.

Otras dos fuentes, tampoco discutibles, confirman lo que la introspección nos revela: nuestras cartas y nuestra manera de hablar. No se necesita ninguna sutileza psicológica para apreciar estos dos elementos de juicio, ya que ambos se producen a toda luz de la conciencia. ¿Qué nos oímos decir? ¿No es cierto que nuestras palabras sólo son a menudo los temas del cinematógrafo interior o exterior?

"Este coche corre demasiado... ¡Cuánto me gustaría tener un Rolls-Royce...! Que me traigan la merienda".

Del mismo modo, ¿no están nuestras cartas llenas de insignificancias y vulgaridades, y no se parecerían extraordinariamente a las de la cocinera, si no tuviesen ocho páginas y ortografía un poco mejor? ¿No es verdad, además, que nuestras disposiciones críticas se manifiestan en multitud de frases que comienzan así: "¡Me revienta!"? Si todo esto es cierto, también lo será el fallo que pronunciará nuestra conciencia sin apelación posible: *ramplón*.

El tercer elemento que debemos considerar, si queremos que nuestro inventario sea completo, es la elasticidad intelectual. El aplomo, la facilidad de palabra, una memoria lo bastante buena para poder pavonearse con una sabiduría barata, e incluso a veces birlada al prójimo sin ningún escrúpulo; todo esto puede engañar, pero no mucho tiempo. En general, tan fácil nos es, entre dos hombres, distinguir cuál de ellos piensa de veras, como en una carrera el que corre mejor. En cuanto a la valoración de nuestra propia elasticidad mental, para ella sólo se necesita honradez de conciencia y un ligero examen. Si nuestro espíritu se parece al cine, como decíamos antes, no pensamos más de lo que piensa un espejo. Si bostezamos cuando la conversación sube de punto sobre las vulgaridades en que se ceban nuestros instintos, y más aún nuestra malignidad, no pensamos tampoco. Si nos ponemos nerviosos e impacientes apenas un libro o un periódico nos invitan a abrir el diccionario o a desperezar nuestro espíritu, aborrecemos el pensar. Si cuando por fin nos ponemos a reflexionar, experimentamos al punto fatiga, somnolencia o una inclinación a rumiarse las palabras, no sabemos lo que es pensar. Y sí que lo sabemos, pero, como dice MONTAIGNE, somos demasiado flojos para atacar un problema más de una o dos veces, somos pensadores poltrones. Entonces, ¿qué diablos somos?

Puros monos o cotorritas, imitadores serviles. Cuando un viajero recorre por primera vez los Estados Unidos, no puede menos que observar un fenómeno bastante curioso. La americanización, la reducción de la variedad europea al conformismo americano no se produce, como se figuran algunos, mediante la sustitución de un sistema de ideas por otro. La cosa es bastante más sencilla. Mucho antes de que el recién llegado comience a saber el idioma que él llama "norteamericano", y antes de cambiar su nombre de Silvio en Sullivan, emplea ya sus modestos recursos en norteamericанизarse lo mejor que puede. Se afeita el bigote y se corta el pelo a lo quinto, es decir, lo más parecido a lo fraile. Masca

goma. Asiste a las grandes pugnatas deportivas. y pronto lanza los *yells*³ de rigor, los berridos reglamentarios. Tarda poco en reemplazar la avispada expresión de su rostro por un aire abobado, pero bonachón. Nueve de cada diez veces copia la especie de vacilación antes de hablar, acompañada de un silencioso movimiento de los labios, tan frecuente entre los norteamericanos de su clase. Adopta sin dificultad el saludo con el brazo, que la América del Norte ha tomado quizá de los antiguos romanos, antes de que se lo apropiasen los fascistas. Al salir de Nápoles le dijeron que un buen norteamericano es inconcebible sin buena ropa, y sus primeros pesos van al sastre. No duda ni un instante de que un país en el cual un muchacho de dieciocho años gana ciento cincuenta *lire*⁴ diarias, es indudablemente "la Tierra de Promisión". Tan convencido está, que siente un santo horror por los resabios de Italia. Poco después se le revela el abismo que media entre las *girls*⁵ y las *donne*⁶. Apenas es capaz de escribir a su padrino, notificándole que habla ya el "norteamericano" como el primero, se siente dispuesto a todo para que la Democracia y la Mujer Norteamericana se vean libres de enemigos en el mundo entero. En fin, que debería dársele inmediatamente carta de naturalización, sin perder un segundo. Toda la transformación de Silvio-Sullivan se ha operado de fuera adentro, y quizá su agente principal haya sido el silencioso remover de los labios, que es un síntoma de receptividad.

¿Qué hacen los que no son pobres emigrantes, sino "gentes bien"? ¿Acaso no están asimismo compuestos de trajes, modas, amaneramientos y fórmulas? (Escuche usted si no lo que dicen en la Ópera o en los salones.) No solamente sus actitudes, incluso su actitud ante la vida ¿no

³ Una serie de sílabas bárbaras y sin sentido alguno, que se rugen en los estadios. Cada equipo tiene su *yell* característico (*N. del E.*).

⁴ Liras.

⁵ Muchachas norteamericanas (*N. del E.*).

⁶ Mujeres (italianas).- [*N. del E.*].

están acaso copiadas de modelos fabricados en serie? ¿No son todas sus vidas casi la misma?

¡Ociosas preguntas! Todos sabemos que de cada veinte personas hay diecinueve que no viven realmente: son puros autómatas, puesto que no piensan. Critiqué una vez a ARNOLD BENNETT⁷ el título que había puesto a uno de sus libros: *El arte de vivir veinticuatro horas por día*. Este título parece prometer una obra para personas fatigadas que andan en busca de una fórmula capaz de comprimir cuarenta y ocho horas en veinticuatro. No obstante, el libro es para haraganes, con el buen propósito de inducirles a vivir veinticuatro horas diarias. El título exacto debiera haber sido: *El arte de vivir veinticuatro horas, o una hora o diez minutos por día*, ya que la mayoría de la gente ni siquiera vive un cuarto de hora diario, en cambio el libro de ARNOLD BENNETT merecía escribirse.

3. - EL VERDADERO PENSAMIENTO

(Aparece el pensador)

Todos le hemos visto alguna vez entre la caterva sorprendida, incrédula y bobalicona de los que no piensan. Ese mecánico de pueblo, por ejemplo, que aparece a la puerta de su taller rural, entre fragua y *garage*. En torno al automóvil descompuesto, dos o tres mirones disputan acaloradamente y están casi a punto de venir a las manos, cuando el lento y taciturno operario llega. Su sola presencia hace enmudecer a los charlatanes. Y muy pronto las miradas inteligentes del mecánico, auxiliadas por sus hábiles manos, van recorriendo una por una las piezas del motor, y al propio tiempo nos consta que el entendimiento de ese hombre va formando en silencio continuas hipótesis, en vez de conjeturas ignorantes. A los pocos momentos se encuentra la avería. A veces

⁷ Famoso novelista y dramaturgo inglés contemporáneo (1867-1932). - (*N. del T.*).

nuestro hombre sonrío. ¿De qué o de quién se reirá? Difícil saberlo; pero es evidente que ante nosotros se acaba de revelar un cerebro.

Un grupo de estudiantes de medicina rodea la cama: tres o cuatro han examinado al enfermo y ahora toca el turno al interno del hospital, quien emprende su examen con atención extraordinaria, ya que el caso es curioso y puede prestarse a un interesante dictamen. De cuando en cuando, el interno pronuncia algunas palabras que los estudiantes anotan rápidamente. Y de pronto, en el grupo se produce un movimiento de intensa curiosidad: el maestro POTAIN⁸ en persona, acaba de presentarse en la sala. Ha oído hablar del caso y le interesa verlo. Inclina su hermosa cabeza sobre el lecho del paciente y comienza una inolvidable escena, que DAUDET⁹ ha descrito maravillosamente. No se oye volar una mosca. La penetrante inteligencia del gran clínico está por entero concentrada en su oído. Con los párpados cerrados y una extraordinaria expresión de receptividad reflejada en su rostro, POTAIN ausculta al enfermo. A veces, una especie de inefable bienestar, que se transparenta en su rostro, indica que la auscultación adelanta: todo ruido, por infinitesimal que sea, toda carencia de ruido, son para él datos reveladores. Harto saben los estudiantes que hasta la más ligera arruga de la pleura se hace visible para ese hombre maravilloso, mientras está auscultando. Pasan largos momentos, pasa media hora sin que los testigos de esta escena se cansen de presenciarla. Finalmente, POTAIN se yergue otra vez: el caso se le aparece ahora tan claro como si los órganos del paciente estuviesen expuestos sobre la mesa de disección -donde estarán por desgracia dentro de algunos días-, y unas pocas, sencillas palabras bastan para describirlo. A través del tórax, acaba de actuar una inteligencia irresistible.

⁸ Célebre clínico francés, nacido y muerto en París (1825 1901), especialista en enfermedades cardíacas y respiratorias. (*N. del T.*)

⁹ Se refiere a LEÓN DAUDET, el polemista contemporáneo, hijo del famoso novelista francés del mismo apellido. León Daudet, que es médico, ha escrito, entre otras muchas obras, una admirable serie de *Recuerdos* literarios, políticos, mundanos, clínicos, etc. - (*N. del T.*)

Del mismo modo el espíritu de un gran filósofo, un gran político o un gran naturalista ve donde la visión ordinaria no ve nada, y proyecta haces de luz en la tenebrosa confusión de los fenómenos.

¿Conoce usted el autorretrato de CÉZANNE, esa obra extraordinaria, realizada con medios tan sencillos que el artista podría haberlos encontrado en una isla desierta? Si lo ha visto, aunque no sea más que unos segundos, no habrá podido olvidar sin duda aquellos ojos claros, duros, implacables, fríos y cortantes como el acero. A menudo los artistas poseen ojos así, mucho menos aptos para amar los objetos externos, como cree el vulgo, que para arrancarles cuanto tienen de esencial. DEGAS tenía esos ojos. También LUCIEN-SIMON, y FORAIN, a los ochenta años cumplidos los posee todavía.¹⁰ Los tenía igualmente un joven pintor, de negra barba, vestido con elegancia, que no hace mucho vi salir de la *Ruche*, en el barrio de Vaugirard, de París. Me interesó en gran manera y nuestras miradas se cruzaron como dos aceros, muy por encima del nivel acostumbrado en la cortesía usual. Esta clase de ojos ven claro donde los demás no ven nada. ¿En qué consiste el poder de un Napoleón, y aun el de un Mussolini? No es un "poder" cualquiera, sino puro magnetismo, y el magnetismo constituye más bien inteligencia que fuerza. Estos hombres son videntes, porque ven las necesidades de su época, y ¡ay del que se resiste a verlas como ellos! Sentirán por él el desprecio del águila real por las criaturas rastreras.

Recuerdo un día en que casi por sorpresa llevé a ANGELLIER¹¹ a una reunión donde, como en todas, flotaba un murmullo de amables vulgaridades. Se sentó y se dispuso a escuchar. Su cabeza era tal, que no podía pasar inadvertida ni siquiera a la frivolidad más desdeñosa; una cabeza soberbia, tan bien equilibrada sobre unos hombros de atleta, que muchos al verle sentado se lo imaginaban de elevada estatura, aunque la suya no fuese más que mediana. Había en él sobre todo una tan intensa

¹⁰ Mejor "los tuvo", porque el gran dibujante francés falleció poco después de publicada la edición original de la presente obra. - (*N. del T.*)

capacidad de atención, que parecía estar echando redes sobre el mundo circundante, para apropiárselo, y era evidente la desproporción entre lo que un hombre semejante podía esperar de un círculo de gente en apariencia ultracivilizada y lo que en realidad ésta era capaz de ofrecerle. El caso fue, no obstante, que en pocos minutos el tono de la conversación comenzó a elevarse y pareció como si toda ella girase en torno de aquel hombre de expresión atentísima, en cuyo rostro estaban fijas las miradas de todos, y que no decía una palabra. Pronto habló, sin embargo, y dio gloria oírle, pues cuando ANGELLIER estaba en vena nada podía compararse a su poder de sugestión ni a las shakespearianas metáforas que fluían mágicamente de sus labios. Cosa digna de verse, que me hizo recordar a ROBERT BURNS¹² en los salones de Edimburgo, descrito por el propio ANGELLIER.

Se dirá, tal vez, que éstos son grandes hombres, o por lo menos hombres célebres. Es verdad; pero ¿hay alguien en el mundo que no conozca, entre sus amigos y parientes, a alguna persona cuyo poder de visión sea extraordinario? ¿Hay alguna familia, algún núcleo social que no cuente en su seno con un *tintinnajo*, ese oráculo doméstico, ese cúralotodo de quien solemos decir cuando se presenta una dificultad cualquiera: ¡oh! ése lo arreglará, sin duda alguna? Oímos hablar en torno de nosotros, y de pronto exclamamos en nuestro fuero interno: ¡Mira! pues no había caído en ello. Lo que quiere decir que alguien, tal vez por casualidad, ha dado en el clavo, es decir, se ha revelado como un pensador. Algún tiempo después de haber estallado la revolución rusa de 1917, cinco o seis personas reunidas en un salón de París se entretenían jugando con los tópicos del día, que consistían en comparar al zar Nicolás con Luís XVI, a la zarina con María Antonieta, a Kerensky con Vergniaud, etc.; de suerte que parecía muy fácil pronosticar el porvenir de Rusia mediante el pasado de Francia. De pronto, uno de

¹¹ AUGUSTO ANGELLIER (1848-1912), crítico y poeta francés, autor de *Robert Burns* y de unos célebres sonetos "A la amiga perdida". - (N. del A.).

¹² Poeta escocés (1759-1796), autor de varias poesías famosas, entre ellas unas *Canciones populares de Escocia*. - (N. del T.).

los reunidos exclamó: "¿De veras, eh? ¿De modo que ese consejo de obreros y soldados que actúa en la estación de Finlandia, no les dice a ustedes nada? ¡Pues ahí está la madre del carnero!" Intuición memorable, que en pocas semanas debían confirmar los hechos.

Todos recordamos sorpresas semejantes, pues dejan una impresión duradera. Gusta mucho, en efecto, ver actuar al pensador; su personalidad obra sobre nosotros más intensamente incluso que su clarividencia. El pensamiento, como la oratoria, hay que beberlo en la fuente. Lo que más apreciaba Port Royal¹³ en el espíritu de PASCAL, era su "elocuencia", palabra que no significaba retórica como hoy, sino el ver con claridad las ideas difíciles y expresarlas con precisión. Los "solitarios" de aquella santa casa se interesaron mucho por las notas casi indescifrables halladas entre los papeles que dejó PASCAL, esperando encontrar huellas de su originalidad. Quien haya leído a BOSWELL no podrá dudar de que fue JOHNSON un *causeur* extraordinario; pero son muy pocos los que se dan cuenta de que jamás se habría llamado "la época de Johnson" a quince o veinte años del siglo XVIII inglés, si aquel escritor, en lugar de hablar maravillosamente, como sólo él sabía hacerlo, no hubiese dejado más que su *Diccionario*, su *Rasselas* y sus *Vidas de Poetas*. JOHNSON era genial cuando hablaba, no cuando escribía; LEÓN DAUDET dice de MARCEL PROUST que "su conversación estaba cuajada de flores y estrellas": es decir, de pensamientos peregrinos encarnados en formas bellísimas.

Con todo, a veces ocurre que las ideas de un pensador se abren camino independientemente de su persona. Tal vez careció de elocuencia, o la comprensión de sus ideas se hacía muy difícil, o hasta quizá el hombre mismo resultaba una nebulosa para sus contemporáneos. Pero este fenómeno no hace más que realzar la elevada idea que debemos formarnos de la grandeza del pensamiento. Es igual que midamos a DESCARTES, refugiado en Holanda, o a su discípulo SPINOZA, oficial

¹³ Grupo de moralistas franceses del siglo XVII, que tomaron su nombre colectivo de la famosa abadía de Port-Royal-aux-Champs. -(N. del T.).

pulidor, o a KANT, perfecto catedrático provinciano, o a MARX, comparando su persona con la influencia ejercida por sus doctrinas. El contraste de esas vidas modestas, monótonas, con la grandiosa estela que dejaron tras ellas, asombra. Basta que un relámpago ilumine un cerebro, para que a pesar de una completa carencia de influjo social, de la ardua abstracción doctrinaria o de la falta de talento expositivo, la marcha de la humanidad se modifique durante varias generaciones. El efecto es más dramático, cuando la personalidad del innovador es tan extraordinaria como su influencia (JULIO CÉSAR, NAPOLEÓN); pero en este caso desaparece el contraste. En realidad, el pensamiento es divino porque crea.

¿Qué es lo que caracteriza al pensador? En primer lugar, y por encima de todo, la visión; esta palabra puede leerse entre líneas en cada una de las descripciones precedentes. El pensador es un hombre que ve donde los demás no ven nada. La novedad de lo que dice, su carácter de revelación y el irresistible encanto que tiene proceden de lo que ve. Es como si su cabeza descollase por encima de los hombros de la muchedumbre, o como si todo su ser caminase por la cresta de un monte, mientras los demás mortales anduviesen penosamente por el fondo del valle. Independencia: he aquí la palabra exacta que corresponde al aspecto moral de esta facultad de visión. Nada tan evidente como la falta de independencia intelectual en la mayoría de los hombres. En sus opiniones, como en todo lo demás, siguen la moda y se encuentran muy a gusto con fórmulas trasnochadas, mientras que el pensador pasea su mirada libre por todo el horizonte y juzga sin traba alguna. A veces le ocurre que está de acuerdo con el consenso universal, mas no precisamente por el hecho de que éste lo sea. Ni siquiera eso tan sacrosanto que se llama sentido común le intimida para nada. ¿Había algo que pareciese más próximo a la locura, en el siglo XVI, que la negación del hecho, pues un hecho era entonces, de que el sol diese vueltas alrededor de la tierra? Con todo, GALILEO no se intimidó, y su valentía intelectual es más admirable todavía que su valentía física. Y no le ha costado menos a ENRIQUE POINCARÉ afirmar, tres siglos más tarde, que el sis-

tema de TOLOMEO contenía el mismo grado de verdad filosófica que el de GALILEO. EINSTEIN, al negar el axioma de que dos paralelas no se encuentran jamás, ha dado también una extraordinaria prueba de independencia intelectual.

Se dirá que es necesario el genio, y en su más alta expresión, para llegar a esas alturas. Sin duda alguna; pero a MUSSOLINI no le han hecho falta matemáticas para persuadirse de que, en determinadas circunstancias, la tiranía es más beneficiosa que la libertad. ¿Cuántos fueron en 1914 los que se resistieron a seguir la creencia general, compartida por el mundo entero, de que la guerra sólo podía durar de tres a cuatro meses? Podíamos contarlos con los dedos. En Europa hay centenares de personas que se esfuerzan por proteger a los transeúntes contra los automóviles; pero no ha habido más que una sola, que yo sepa, que haya atinado con la medida radical para convertir a los conductores de automóviles en seres inofensivos: quitarles la bocina. Todo el mundo se burla de la huera elocuencia que se derrocha en los Parlamentos, con el propósito de que sus ecos lleguen hasta los más lejanos distritos electorales; pero nadie piensa corregir este abuso obligando a los oradores a que hablen desde su escaño o, mejor todavía, a que hablen sentados. ¿Cuántos norteamericanos se dan cuenta de que su república no es una democracia sino una oligarquía, y que de otra suerte perdería una parte considerable de su estabilidad? En fin: ¿cuántos franceses son capaces de ver, ya que podrían verlo, el abismo que separa la arquitectura moderna de su país, de los graciosos o sublimes monumentos de su pasado que todavía subsisten? Realmente, el mundo vive de frases hechas que va repitiendo infatigablemente hasta que algún pensador, o bien las duras lecciones de la experiencia *-experientia magistra stultorum-* abren brecha en la muralla de la uniformidad general.

Los hombres que piensan por cuenta propia, con facilidad parecen obstinados y orgullosos, ya que no pueden desear ser distintos de lo que son, o irrespetuosos, porque se divierten derribando ídolos. A los hombres del tipo de BERNARD SHAW, por ejemplo, es evidente que les contrariaría que la absurda humanidad en pleno se tornase discreta. Es lícito

odiar la estupidez, y nada tan natural como burlarse de ella, incluso con cierta saña, como puede verse en la misma BIBLIA. A menudo los pensadores parecen también imperiosos y tiránicos. Y es porque al ver lo verdadero -cuyo otro nombre es salvación- y al darse perfecta cuenta de que el resto del mundo no lo ve ni aún en sueños, le tratan como las personas mayores tratan a los chiquillos. También aquí cabe pensar en MUSSOLINI. Pero en el fondo de su alma los pensadores quieren ante todo enseñar, y debemos reconocer que la mayoría de ellos consagran su vida a predicar las verdades que descubrieron. Esto pueden hacerlo mediante palabras profundas o libros admirables, y también empleando los diferentes recursos de cada una de las artes; pero, sea cual fuere el medio de que se valgan, la pasión por la verdad se manifiesta en todos ellos.

La originalidad puede ser tan sólo aparente. Es necesario, pues, desconfiar de ella y no dejarse engañar por lo que no pasa de ser una excentricidad. Si reduce usted las páginas más famosas de ciertos escritores a la pura sal del pensamiento que contienen, se dará cuenta de que no tenían casi nada que decir. Impotentes para hablar como verdaderos maestros, se contentan con imitar al acróbata que, cabeza abajo y con las manos haciendo de pies, va soltando un discurso mientras acciona con las piernas. A estos charlatanes no les faltan imitadores, pero carecen siempre de discípulos. El pensador, por el contrario, quiéralo o no, es un guía de hombres.

4. - POSIBILIDAD DE UN ARTE DE PENSAR

¿Cuál es nuestra reacción en presencia de un pensador? La misma que experimentamos ante la belleza: comenzamos por sorprendernos, pero la admiración llega en seguida. La diferencia está sólo en que para ciertas personas la admiración va acompañada de desaliento, mientras que para otras constituye un verdadero estímulo. Los que reaccionan mal suelen ser aquellos que prestan excesiva atención a la literatura; les gusta tanto el relumbrón, que al verlo quedan paralizados. El término

medio de las gentes reacciona de otro modo, porque no se deja intimidar fácilmente. Los más envalentonados dicen: "¡Y pensar que yo sería capaz de otro tanto! ¡Qué lástima! Si para desarrollarme hubiese tenido las ocasiones que tuvo ese prójimo, su educación, sus viajes, sus relaciones con personas cultas, o si al menos pudiese yo contar con un vocabulario más escogido, no sería lo que ahora parezco: uno de tantos sin inteligencia ni don de palabra". En su fuero interno, estas personas están persuadidas de que la distinción se hereda, pero no se compra, y por tanto achacan su propia situación tan sólo al destino. Otros sospechan que bajo la brillante apariencia de la verbosidad hay alguna fórmula que desconocen, pero que podrían aprender. Parece como si estuvieran pidiendo: "Dígame cómo lo hace"; y, en efecto, no dudan de que con la receta obtendrían resultados idénticos. Descontando a los imbéciles que contemplan a un hombre disertado, casi del mismo modo que un viejo y tacaño labriego europeo a un norteamericano rumboso, es decir, como un *lusus naturae*, la generalidad de los hombres sienten un íntimo parentesco incluso con los individuos mejor dotados. La diferencia que notan entre éstos y ellos mismos les parece accidental y susceptible de ser borrada en un instante. Y esto significa que creen en la existencia de un arte de pensar.

¿De dónde procede esta creencia? Muy sencillo: del hecho de que incluso los hombres más vulgares tienen momentos en que entrevén los estados anímicos que precisamente se reflejan en la manera de hablar del pensador. Los que hayan tenido trato familiar con los campesinos, por toscos que éstos sean, saben muy bien que las personas sencillas sienten la naturaleza -por ejemplo, un paisaje, la bonanza postrera del otoño, una puesta de sol, el raudo vuelo de un ave silvestre- tanto como el artista profesional o el versificador. ¿Qué les hace falta para poder demostrarlo? Las palabras y, sobre todo, el aplomo. Es tan difícil inducirles a mostrar lo que llevan en el alma como hacerles que pierdan el acento provinciano.

Los mediocres y los adormecidos dejan de serlo cuando oyen un discurso magnífico o leen un libro de la clase más apta para desvelar sus

facultades. Quizá de cada mil hombres no hay uno solo que sea por completo insensible a la música; todos los demás, por prosaicos que parezcan, no pueden oír un toque de clarín, o *La Marsellesa*, o la voz del órgano de una catedral, o el canto de una muchacha en una noche de verano, sin experimentar un comienzo de embriaguez del cual únicamente debía diferir por su intensidad el estado anímico que conmovía al poeta SHELLEY¹⁴ mientras estaba escribiendo *La Alondra*. Todos hemos experimentado alguna vez, aunque muy raramente (y por eso es tanto más apreciado), un tumulto de impresiones mentales acompañado de una insólita sensación de exaltación cordial. Todos guardamos como oro en polvo el recuerdo de algunos momentos semejantes, y la vida no llega nunca a endurecernos tanto, que dejemos de anhelar por completo que vuelvan.

Tenemos también conciencia de ciertos períodos durante los cuales nuestro espíritu da pleno rendimiento, de manera rápida e infalible. Antes del agotamiento final, casi siempre el insomnio produce una luz que no puede alcanzarse ni con las meditaciones más largas.

A ella se refieren los poetas cuando hacen alusión a sus desvelos. La soledad prolongada y el ayuno discreto producen los mismos efectos, y esto también lo saben los escritores. DICKENS caminaba infatigablemente por las calles de Londres a altas horas de la noche, no encontrando en su camino más que policías rendidos de sueño y gatos enamoradizos. Cuando un escritor no puede aislarse de los suyos, para buscar recogimiento en la paz de una vieja ciudad o una posada campesina, escribe un libro, claro está, pero no lo vive. Pruebe usted a atravesar el Atlántico en un vapor modesto y procurando no trabar conocimiento con ningún pasajero: al cabo de tres o cuatro días se sentirá con otra alma. Los ejercicios espirituales de diez días y hasta de un mes, que suelen celebrar algunas órdenes religiosas, fueron instituidos por hombres que habían experimentado por sí mismos esta virtud del silencio.

¹⁴ Poeta inglés, uno de los primeros líricos del mundo (1792-1822). - (N. del T.).

Hay, pues, en nuestra existencia, momentos de exaltación muy diferentes de la rutina usual de nuestra vida interior. Pero incluso si tales instantes no reapareciesen a intervalos, podríamos saber lo que ocurre en el alma del pensador remontándonos a nuestra propia infancia. Hasta los nueve o diez años todos los niños son poetas y filósofos. Hacen como si viviesen con los demás, y éstos se imaginan que su vida es un mero reflejo de la suya propia. Pero la realidad es muy distinta. Los niños viven ensimismados, como los gatos, y al igual que éstos, están de continuo atentos a la magia de sus propios sueños. Su riqueza de espíritu es extraordinaria, y únicamente los más grandes artistas y poetas, cuya semejanza con los niños es de todos sabida, pueden darnos una idea de tamaño tesoro. Un mocosito pelirrojo, que está jugando en el jardín, con la pala y el cubo, puede muy bien no perder de vista ni un solo instante la puesta del sol, y sin embargo parecer que no le ha prestado ni un segundo de atención.

"¡Vámonos ya! -decía su aya a LAMENNAIS¹⁵, cuando éste tenía ocho años-: ya has mirado bastante las olas; la tempestad ha terminado y todo el mundo se va." Pero el chico respondía: "Es que todos miran lo mismo que yo, mas nadie ve lo que yo veo." Esta contestación no era una petulancia de niño prodigio, sino un mero argumento para quedarse en la playa. ¿Quién es capaz de decir lo que los cuatro hermanitos BRONTÉ¹⁶ veían o dejaban de ver en la desolada llanura, cuando la atravesaban cogidos de la mano, día tras día? Y usted mismo, lector, ¿qué veía cuando era muchacho, al contemplar una brillante mancha de carmín en su cajita de pinturas? ¿Vería hoy lo mismo que veía entonces? La mayor parte de los niños inteligentes tienen sobre la existencia del mundo las mismas dudas que los filósofos; NEWMAN las tenía a los diez años. Cuando vemos a unos pequeñuelos que están mirando fijamente una piedra, pensamos: "¡Qué raros son los chicos!"; pero, en realidad,

¹⁵ Celebre escritor francés, que siendo sacerdote defendió, en pugna con la Iglesia católica, doctrinas socialmente revolucionarias (1782-1854). - (N. del T.).

¹⁶ Alusión a las novelistas inglesas Emilia y Carlota, del mismo nombre. - (N. del T.).

se están preguntando si será eterna la piedra y qué cosa es la eternidad. Yo mismo vi a una chiquilla de nueve años interrumpir una conversación entre sesudos profesores (que, dicho sea de pasada, no tenía mucha sustancia) con la pregunta siguiente: "Papá, ¿qué es la hermosura? ¿De dónde viene?"

Esta viveza de la inteligencia persiste mientras el instinto de imitación no se propaga de los gestos a los pensamientos; pero, a menudo, cuando Juanito empieza a copiar el modo de encogerse de hombros de su padre o su mover doctoralmente la cabeza, el alma del muchacho comienza también a sacudir su maravillosa inquietud. El hondo anhelo de curiosidad que palpita en la mente del niño se retira, poco a poco, dejándola en seco y árida. La marea inteligente, sin embargo, reaparecerá a intervalos. Al redactar una composición, los alumnos despiertos experimentan peregrinas ocurrencias y se dan perfecta cuenta de que son literarias; pero no se atreven a escribirlas, y entonces la inspiración maltratada tarda en fluir nuevamente. El escritor se acuerda con melancolía de esos momentos de gracia, cuando su espíritu, estragado por la vulgaridad universal, sólo encuentra expresiones vulgares donde antaño recogía floridas imágenes. Se necesita ser un BLAKE o un WHITMAN para que el tránsito del niño al artista sea imperceptible.

No hay que decir que nos olvidamos fácilmente de nuestra propia infancia, y el caso es que, aun tomando a la ligera esta pérdida, es algo irreparable. Entre mil hombres, ni a uno sólo se le ocurre que era más inteligente a los ocho años que en la actualidad, a los cincuenta; y, sin embargo, la afinidad que a pesar de todo sentimos con un hombre cuyo talento nos deslumbra, no cabe duda de que está fundada en la reminiscencia de algunas horas supremas o en los recuerdos de nuestra edad infantil. Con razón solemos decirnos: "He perdido. Soy una víctima, no he tenido suerte." Con frecuencia oímos también esta autoconfesión, aunque acompañada de reflexiones más animosas: "Estoy metido en un mal paso, lo sé; pero si hiciese un poquito de esfuerzo, si rectificase siquiera un milímetro mi posición, si me dijese de veras: no, nunca más volveré a abrir la boca cuando no tenga nada que decir, en un instante

quedaría separado del rebaño humano, para convertirme en uno de los que lo guían." Una tontería, una nonada, un portazo intempestivo o el vuelo de una mosca bastan para interrumpir esta meditación y volver a dar rienda suelta a las vulgaridades; pero también es cierto que por espacio de un instante, entre nosotros y una vida mental superior no ha habido más distancia que la de una pura visión. Y esta se nos ha aparecido tan contigua a nosotros, tan cercana, que era realizable mediante un esfuerzo que ni siquiera implicaba fatiga.

Todo esto equivale a decir que creemos espontáneamente en la existencia de un *Arte de Pensar*. Unos lo conocen y otros no, pero estos últimos no pueden culpar a nadie más que a sí mismos.

¿Será verdad? ¿Es posible que la incesante marejada de pensamientos y emociones, en el seno de miríadas de almas, sea tan estéril como el inútil esfuerzo del mar? ¿Tenía razón GRAY, en su *Elegía*, al decir que en el más humilde cementerio aldeano dormían para siempre Shakespeares y Cromwells ignorados? ¡Ah! ¿Qué duda cabe? Faltó muy poco para que ROBERTO BURNS no fuese más que un campesino analfabeto. Y ¿quién no ve en la carrera de SHAKESPEARE la parte debida al azar? La vida de RIMBAUD, ¿no es acaso la demostración de que un hombre puede desdoblarse? Los que sólo conocieron a Monsieur Rimbaud,¹⁷ comerciante colonial, al frente de su factoría, se habrían quedado estupefactos al saber que ese tendero era el genial RIMBAUD, el mismo que antes de cumplir sus diecinueve años había escrito poemas inmortales y que a partir de entonces sintió un asco sincero por la literatura. Y ¿el caso de BALZAC? He aquí un hombre que de los veinte a los veintinueve años escribe libros en los cuales es imposible hallar ni siquiera un adarme de talento; y de pronto, hasta el fin de sus días, sólo produce obras maestras. ¿No es evidente que este hombre debió de extraviarse en sus comienzos, que no supo descubrir sus verdaderas dotes; en una palabra: que no encontró entonces su arte de pensar? Un estudio superficial de

su desarrollo artístico, en efecto, basta para poner de relieve que BALZAC, el admirable explotador de su propia experiencia, durante sus años de aprendizaje quedó paralizado por la imitación de los modelos ingleses. El historiador de la literatura no puede explicarse el maravilloso florecimiento de épocas tales como el siglo de Pericles o el XIII de la era cristiana, sin el concurso de determinadas circunstancias que impidieron que se derrochase el talento. Estos períodos prueban la existencia de una atmósfera propicia que favorece el desarrollo universal, más bien que la de algunos centenares de individuos con dotes sobrehumanas. Hay épocas mucho menos brillantes, que contienen muchos más nombres famosos. El ambiente actúa como el aire que respiramos. Se dice que los rusos tienen excepcional facilidad para el don de lenguas; pero ¿no sería mejor decir que en la mayoría de los otros países el estudio de los idiomas se aborda con una timidez que paraliza a los individuos? He conocido al menos a dos franceses de pura sangre, aunque educados en Rusia, que aprendían los idiomas jugando, lo mismo que si fueran rusos. El inglés incapaz de retener más allá de un centenar de palabras hindúes no se extraña en lo más mínimo al ver que sus hijos asimilan tres o cuatro dialectos corriendo por los bazares de Rangún. ¿Acaso no hubo un tiempo en que parecía que el latín no costaba nada a los franceses? Provoquemos las condiciones favorables necesarias, y obtendremos en consecuencia el Arte de Pensar. Sólo se trata de saber cómo se crean esas condiciones y, ante todo, cuáles son las desfavorables que importa eliminar.

¹⁷ ARTURO RIMBAUD, poeta francés de intuiciones geniales, que escribió poquísimos y un día, hastiado de la literatura y de la vida europeas, se fue a trabajar como comerciante a Egipto y Abisinia, donde enfermó, siendo trasladado primero a Adén y después a Marsella, ciudad en que murió. - (*N. del T.*).

SEGUNDA PARTE

OBSTÁCULOS AL PENSAMIENTO

NOTA PRELIMINAR

Salta a los ojos que el principal obstáculo al pensamiento es la estupidez, a saber, la congénita incapacidad de pensar. Declaremos paladinamente que en las páginas sucesivas no se dirá una palabra de los estados anormales. La mayoría de las personas que acuden de buena fe al psicoanálisis, con la esperanza de mejorar su propia vida interior, se desaniman en seguida al comprobar que casi todos los freudianos sólo se ocupan de casos patológicos. El hombre normal, pero que tiene conciencia, como la mayoría de nosotros, de esa especie de obsesiones llamadas hoy día "complejos", y quiere desembarazarse de ellas, abandona para siempre los libros donde no encuentra otra cosa que apuntes de hospital.

Nuestro Arte de Pensar está destinado al tipo medio de espíritus, tan distantes del genio, para el cual no hay obstáculos, como de la estupidez, que los encuentra en todas partes. Presupone, pues, una vida intermedia, con las posibilidades ordinarias y también únicamente los obstáculos ordinarios.

Tampoco nos ocupamos aquí de lo que constituye, sin embargo, la causa típica y tradicional del error, esto es, las pasiones. A primera vista parecerá ilógico descartar de esta suerte el amor propio, los prejuicios y las innumerables simpatías y antipatías que incluso nos impiden ver los hechos tal como son en realidad, Pero el propósito de este libro es la producción del pensamiento, no su dirección. Y da por supuesto que sentimos sinceramente el deseo de producir pensamientos que sean dignos de este nombre.

1. - OBSESIONES, APRENSIONES O COMPLEJOS

Los conocemos de sobra. Todos tenemos conciencia de ciertos estados de espíritu dobles, por decirlo así, durante los cuales se nos aparece de pronto, detrás de un objeto que nos fascinaba, una aprensión - casi un fantasma- que nos atemoriza y descorazona, y cuya influencia tiende a neutralizar la encantadora impresión que experimentábamos hace un instante. Vemos una mujer joven que está hablando en francés con un extranjero. "¡Nada más exquisito que el francés modulado de la gente distinguida! ¡Qué fluidez imprimen a ese idioma la *e* muda final y el indolente abandono de los sonidos en *n*! Pero lo curioso es que esa dama habla con la misma naturalidad que si fuese francesa, aunque no parece serlo. No se le nota el más pequeño esfuerzo, y su interlocutor extranjero no sueña ni un instante que está hablando con una norteamericana. ¡Es admirable! ¡Qué tontería hice yo al abandonar el francés! Todavía soy capaz de leerlo, cuando es necesario, aunque en verdad lo es muy pocas veces, y si tuviera que hablarlo me consta de sobra que me pondría en ridículo. Es absurdo: esta misma noche voy a comenzar a estudiarlo otra vez. Nuestra profesora aseguraba que, con tal de aprender diez palabras todos los días, cosa que no cuesta nada, al cabo del año sabríamos cerca de cuatro mil, lo cual ya es mucho. ¿Por qué no hacerlo, pues? ¡Ah, sí: desde esta misma noche! Y dentro de año y medio iré, a Tours o a Grenoble, para confrontar mis cinco mil palabras con los franceses que las pronuncien más armoniosamente. ¡Es preferi-

ble mil veces aprender palabras que perder las noches viendo estúpidas comedias!"

Las diez de la noche. La gramática de Chardenal, el diccionario francés, la edición anotada de *Colomba*, y un triste y minúsculo vocabulario comprado hace tiempo en una estación de ferrocarril: todo encima de la mesa. "Es evidente que no tiene el encanto que ofrecía la conversación de la dama con el diplomático. Chardenal carece por completo de gracia y, sin embargo, hay que apechugar con su gramática y tragarse los verbos. Helos aquí: son cuatro conjugaciones, ni una menos que la última vez que las repasamos, y en verdad que ahora no parecen más amables que entonces. (*Entran las aprensiones fantasmas.*) No cabe duda de que con buena memoria estos verbos se aprenden; pero eso es precisamente lo que a mí me falta. Diez palabras por día no es nada, decía nuestra *Mademoiselle*. Pero entonces, ¿cómo es posible que en el colegio no las aprendiese ni una sola de las alumnas, y que desde entonces haya seguido ocurriendo lo mismo? Todas estábamos dispuestas a comenzar, pero ninguna comenzaba. Me falta constancia. Me falta incluso para adelgazar. Soy todo lo contrario de Fulana. Ni pizca de constancia: si empezase, lo dejaría. Por otra parte, tampoco me parece tan necesario saber el francés. Lo traducen todo, y cuando los actores de la Comedía Francesa vienen a Nueva York,¹⁸ siempre se adivina algo de lo que dicen y se puede hacer ver que se entiende lo restante. Todo el mundo lo hace así; de modo que si yo supiese el francés, tampoco nadie lo creería. Entonces, ¿para qué? Después de todo hay muchas cosas tan útiles como esa lengua. El conferenciante del otro día nos dijo, con razón, que de continuo se está hablando de SHAKESPEARE aunque en realidad se le lee poco más o menos como la Biblia: es decir, nada. ¡Bueno! pues voy a ponerme a leer a SHAKESPEARE. A acto por día, en seis meses, listo. Primero voy a acabar la novelita esa, tan divertida, que comencé anoche; pero in-

¹⁸ Hay que tener siempre en cuenta que el autor escribió su libro para el público norteamericano. - (N. del T.).

mediatamente después me pondré a leer *Hamlet*. No tengo memoria ni perseverancia. ¿De qué me serviría, pues, esforzarme? Fulana podría hacerlo, pero yo no."

Todas estas reflexiones desalentadoras son lo que los personajes de las novelas de JANE AUSTEN llamaban *blues*,¹⁹ y MME. DE SEVIGNI ideas azul oscuro; es decir, verdaderas obsesiones no, pero sí obstrucciones. Apenas perciben la más leve veleidad naciente en nuestro espíritu, se le echan encima para aplastarla. Y si ella se defiende con la esperanza de transformarse en voluntad resuelta, las aprensiones enemigas vuelven a la carga, pero multiplicadas, y no se retiran hasta haber hincado firmemente en nosotros, como una bandera nefasta, el complejo siguiente: "Es imposible, no puedo; no podría nadie".

Un poco de introspección basta para hacerse cargo de que en nuestro espíritu anidan más obsesiones en germen que verdaderas ideas, y que la presencia de aquéllas es en gran parte la causa de nuestra impotencia.

No siempre los complejos provienen de sombras como esas de que acabamos de hablar. Para paralizar el pensamiento basta una voluntad o un deseo ajenos a la idea que estamos persiguiendo. Para muchas personas el trabajo mental está maleado sin remedio por el esfuerzo que hacen para representar un papel que no les corresponde. ¡Cuántos ingleses, a consecuencia de haberse recortado la barba, con el deseo de parecerse a Eduardo VII o a Jorge V, han dejado para siempre de ser ellos mismos! Sus pensamientos, su manera de hablar y sus gestos han sido como los de los actores. Hace años veía yo a menudo, en París y en su barrio de Montparnasse, a un caballero que se parecía extraordinariamente a ALFREDO DE MUSSET, Y lo sabía. Pero, como no era el famoso poeta, y por otra parte se había persuadido a sí mismo de que no era tampoco un Juan de los palotes, resultaba que no era nadie. Los políticos suelen representar muchas veces el papel de grandes hombres, y con ello su natural insinceridad se hace más insincera. Los que empie-

¹⁹ Ideas negras, emanaciones de hastío y de melancolía.

zan a hablar con soltura un idioma extranjero, a menudo se imaginan que les conviene hacerse pasar por hijos del país cuya lengua aprendieron. Así verá usted que remedan la exuberancia italiana o la frialdad británica. Muchos estudiantes, incluso entre los más formales, pasan por esta fase vergonzosa, y confiesan que mientras les duró, sus pensamientos no fueron otra cosa que el reflejo de un tipo imaginario, italiano o inglés. Es imposible exagerar la influencia que el anglo-americano ha tenido en la norteamericanización de los emigrantes.

Las relaciones sociales, con sus exigencias y concesiones, su hipocresía, hablando en plata, constituyen una fuente inagotable de obstáculos de insinceridad. ¿Cuántos se atreverán a confesar que no han leído ese libro, del cual tres o cuatro amigos suyos están discutiendo, con frases que no dicen nada? ¿Cuántos tendrán el valor de callarse, y no hacerles eco con un "¡oh, sí! no cabe duda: es un libro excelente", que a nadie engaña, pero fortalece entre el círculo de amigos la devastadora costumbre de decir algo cuando se debe callar? Entre la mentira y la sinceridad hay una *vía media* o componenda, bastante denigrante, que consiste en comprar el libro en cuestión y no leerlo nunca. Inspeccionando al azar las bibliotecas de nuestros conocidos se reciben extrañas sorpresas. Todos los libros de que se ha hablado últimamente están allí, pero con las hojas sin cortar.

Entre los jóvenes que la echan de sábelotodo, se representa la misma comedia. Sus conversaciones están llenas de fórmulas copiadas de las artes o las ciencias que ignoran. Dígame, si no, los juicios que oye en las exposiciones artísticas. Y todavía hace falta menos erudición, al salir de un concierto, para darse tono hablando de la línea melódica, el color orquestal y la sonoridad luminosa.

El deseo de parecer, en vez de ser, puede viciar incluso las operaciones normales del espíritu. Suponga, por ejemplo, que dos hombres aplican su inteligencia con la misma intensidad al problema de los orígenes de la guerra de 1914-18. Si uno de ellos propone, en última instancia, el triunfo de su patriotismo o de su pacifismo, por este solo hecho, la calidad de su pensamiento será inferior a la de su compañero,

cuya finalidad no es otra que comprobar los hechos. Y la razón está en que el primero de esos hombres no puede dar un paso en su investigación, sin imaginarse por anticipado que refuta a un contradictor imaginario; y este prejuicio, como toda preocupación, debilita el pensamiento, porque lo divide. A usted le ocurrirá lo mismo si oye un discurso o lee una poesía, con el propósito de recordarla. Sin duda su memoria será más fiel que de ordinario, pero la impresión que le hayan causado la elocuencia del orador o el encanto de los versos quedará debilitada por la preocupación de no perder su contenido.

Cuando se yuxtaponen dos ideas la mente trabaja con dificultad. Cuando usted oye decir de un cuadro que es una simple copia no lo mira bien, aunque en realidad se trate de un original. Pero apenas le dicen: "no, no es una copia", en seguida el cuadro se le aparece con un vigor que no sospecharía momentos antes. ¿Le ha ocurrido alguna vez tomar por un defecto del cristal de una ventana, lo que en realidad no era otra cosa que un barrilete cerniéndose en la lejanía? De pronto cae en la cuenta de su error, y en el mismo instante la minúscula mancha pegada al cristal experimenta la misma transformación que el cuadro antedicho: se ensancha hasta el punto de alcanzar un tamaño diez veces mayor que el de antes, porque la perspectiva se pone a trabajar como un profesor de dibujo, ante sus ojos maravillados. Pues bien, el mismo fenómeno puede producirse en la esfera mental. Desde la infancia conocemos a una persona de más edad que nosotros. Jamás nos dimos cuenta de las singularidades de su fisonomía, porque en realidad es como si no la hubiéramos visto jamás. Pero llega un día en que, súbitamente, la contemplamos a fondo. Entonces descubrimos que es una cara envejecida, y nos da un vuelco el corazón.

Vivimos de ideas y por medio de ideas. He conocido a un hombre de inteligencia excepcional que malogró prematuramente sus facultades por un motivo muy sencillo: tenía a menudo ideas originales y valientes, pero se abstenía de expresarlas y darles forma, en espera de mejor ocasión. A la larga ocurrió que desconfiaba incluso de la aparición de tales ideas en su mente, como una tembladera que se resistiese a desgastar su

electricidad por miedo a agotarla. Y a fuerza de ir registrando todas esas operaciones mentales, y cohibiendo al mismo tiempo su desarrollo, por la misma atención con que lo hacía llegó a convertirse en una nulidad intelectual. El método y el orden llevados al exceso producen efectos semejantes, porque se convierten en verdaderas manías.

Podría creerse que los escritores, profesionalmente inclinados a inspeccionar su trabajo mental, y en cuyos manuscritos se encontrarían abundantes materiales para la composición de un Arte de Pensar, deberían estar menos expuestos que los demás hombres a esa clase de influencias nocivas como la sombra del manzanillo. Y no es así, porque la mayoría de los escritores, cuando están dotados de un verdadero temperamento literario, son muy nerviosos o por lo menos sensitivos, y hasta las más leves impresiones actúan en ellos de una manera rápida, e incluso a veces cruel. Los románticos estaban muy orgullosos de esta sensibilidad enfermiza, a la cual aluden y en la que se complacen hasta la saciedad; pero ni los más robustos espíritus están exentos de ella, como si semejante flaqueza anduviese indisolublemente ligada al oficio de escritor. Por otra parte, a los literatos sólo suele afectarles en su aspecto meramente profesional. Son muchos los escritores que al propio tiempo dibujan o pintan y que, por el mero hecho de reemplazar la pluma por el lápiz o el pincel, olvidan sus aprensiones más arraigadas. Esto, descontando que la despreocupación y la audacia proverbiales en el artista-escritor, a menudo causan envidia al profesional que lee sus escritos.

El escritor es un hombre cuya vida interior está destinada a la publicidad. Cuando no tiene alma suficiente para afrontar esta necesidad profesional, piensa de continuo en lo penosa que es, y esta molestia consciente se convierte en una aprensión. Nadie sabe tan bien como el literato que no debe pensarse nunca en dos cosas a la vez y, sin embargo, nadie tampoco lo olvida tan fácilmente. Incluso VARRÓN²⁰, aquel

²⁰ Polígrafo romano, a quien sus contemporáneos llamaban "el hombre que lo sabía todo" (114-26 a. de J. C.). - (N. del T.)

consumado coleccionista de hechos, encarnación del erudito puro, lo hizo notar diciendo, en su latín nervioso, que si un hombre se instruye con el único fin de revender al detalle su sabiduría, sin duda alguna acabará siendo víctima de un complejo.

El escritor está de continuo asediado por aprensiones fantasmales. A TAINE²¹ le hostigaba el deseo de inventar una fórmula capaz de resumir el mundo entero, hasta que el estudio de la historia lo hubo descargado de esta preocupación imponiéndole una tarea tan modesta que al principio casi le avergonzaba. Otro fantasma semejante es el temor de ver únicamente un aspecto parcial del objeto que estudiamos. CARLYLE²² experimentó esta obsesión, y sólo gracias a un esfuerzo violento consiguió librarse de ella. El escritor no teme a los críticos, que son, al fin y al cabo, cofrades suyos, y a quienes no le importa combatir con toda clase de armas profesionales, incluso el desdén; lo que le hace temblar es la sonrisa de sus lectores imaginarios, hombres o mujeres, a quienes jamás ha visto y que tal vez no existen, pero que se presentan a su imaginación como verdaderas encarnaciones de su propio ideal, inteligencias gigantescas que dominan el tema por él escogido.

La obsesión se hace más modesta cuando el literato sabe que ese lector formidable existe en carne y hueso.

Muchos discípulos de ANGELLIER han publicado libros. Pero yo no he conocido ninguno de ellos que no se estremeciese a la sola idea de las observaciones críticas que a su obra podría hacer el viejo maestro: críticas sonrientes, pero burlonas, implacables por lo justas, y desalentadoras a causa de lo que exigían. No obstante, el propio ANGELLIER tampoco era tan olímpico como parecía. Cuando su espíritu crítico se ejercitaba sobre sus propias obras, el hombre estaba ansioso y casi deprimido, preguntándose cuál era el verdadero nivel en que su inspiración le colocaba; dirigiendo desoladoras miradas no solamente hacia

²¹ El gran historiador y crítico francés (1828-1893). - (*N. del T.*).

²² El historiador y ensayista escocés, autor, entre otras obras, de *La Revolución Francesa, El culto de los héroes*, etc. (1795-1881). - (*N. del T.*).

los poetas supremos, sino incluso a talentos menores, pero cuya delicadeza le llenaba de admiración; temiendo siempre quedarse por debajo de su primera obra, *A la amiga perdida*; dudando si el poema que traía entre manos correspondía a lo mejor de su vena poética; y durante muchos años, hasta que logró recobrar un poco de su perdida fe religiosa, cifró todas sus esperanzas de inmortalidad en la precaria supervivencia de algunas de sus estrofas.

Son muchas las vocaciones literarias indudables que naufragaron bajo la idea de que es inútil repetir lo que se ha dicho ya mil veces. Un AMIEL, un JOUBERT y un DOUDÁN²³, sólo lograron escapar de este fantasma escribiendo únicamente para sí mismos. Las raras veces en que tuvieron que escribir para el público, quedaron literalmente maniatados por sus habituales obsesiones.

La lista de las influencias que traban las ideas de un hombre de talento podría alargarse mucho. Recordemos que JULES LEMAÎTRE,²⁴ espíritu alado como pocos, reconocía que el mero esfuerzo empleado en resucitar lo que fue se convierte en obsesión muy fácilmente. El que es víctima de ella, inútilmente irá escrutando la fisonomía misteriosa de las viejas callejuelas de París: donde la realidad le muestra dos encuadernadores vaciando su botella de vino blanco, bajo el calor de la tarde, su obsesión le hará ver a los obreros revolucionarios de *Les Dieux ont soif*,²⁵ y ambas visiones se neutralizarían mutuamente. No pocos franceses han procurado en vano revivir la impresión deliciosa de su primer contacto con París, después de haber leído las obras del marqués de ROCHEGUDE, el historiador de la capital de Francia. Y ocurre lo mismo si invertimos los términos: cuando RENÁN o GUILLERMO FERRERO ven el presente proyectado en lo que fue, y nos hablan de un *eques* romano, del mismo modo que hablarían de un financiero actual, es indudable que por un instante iluminan la historia, pero el secreto que diferenciaba a

²³ Moralistas exquisitos, cohibidos por una timidez, un "pudor literario" instintivos. - (N. del T.).]

²⁴ Comediógrafo francés (1853-1914). - (N. del T.).

²⁵ *Los dioses tienen sed*: una de las mejores novelas de ANATOLE FRANCE. - (N. del T.).

un *eques* de un banquero, es decir, el encanto de un pasado remoto, queda desvanecido en el acto.

La misma acción de escribir puede ser productora de fantasmas y trabar el pensamiento. Únicamente deben escribir los que lo hacen con alegría. Expresarse es un placer incomparable. No obstante, muchos escritores profesionales experimentan más bien la sensación de esfuerzo que la de gozo. ¿Por qué razón? No siempre es debido ello a las dificultades por dominar un idioma, al escaso interés que se siente por el tema, o a cualquier otra de las causas más arriba indicadas, El verdadero culpable es una aprensión que se formó hace muchos años, en el colegio: la aprensión constituida por esas blancas cuartillas que era preciso llenar, una tras otra, y cuyo tamaño, lo mismo por su altura que por su anchura, les horrorizaba durante el bachillerato.

Hay quienes se creen en el deber de escribir un libro, de buena o mala gana, tal como a los quince años escribieron un tema de gramática; y, efectivamente, lo escriben. Parece que sólo deberían preocuparse del capítulo que traen entre manos. Nada de eso: la ansiedad respecto de los capítulos futuros, de los cuales no saben ni siquiera el título, les agarrota y ensombrece todas sus frases. Mientras los escritores no adquieran la costumbre, como decía JOUBERT, "de no escribir sus libros hasta que estén hechos", y no puedan decir como RACINE: "mi tragedia está lista, no me faltan más que los versos", serán víctimas de su obsesión de doctrinas. Nada apasiona tanto como la caza de las ideas o de los hechos que han de resolverse un problema vital. Nada satisface tanto al alma como escribir después de estas cacerías fructuosas. Pero es una tortura hacerlo bajo el apremio de la necesidad.

Muchos que piensan con independencia y de una manera agradable mientras puedan hablar, en cuanto se ponen a escribir parece que les hubieran puesto la camisa de fuerza. El hombre más ingenioso que yo he conocido, y que además era rico, aristócrata, y gozaba de una independencia absoluta, escribía unas cartas soporíferas que le costaban largas horas de esfuerzo. He conocido también a un profesor de literatura que constituía un caso semejante. Sin tener la menor preparación

filosófica demostraba, no obstante, una afición extraordinaria a la metafísica y tenía ideas originales sobre todos los problemas de peso. Uno de nuestros amigos le llamaba "el Robinsón de la filosofía". Pues bien, este hombre, a quien escuchábase con placer durante horas enteras, era incapaz de tomar una pluma sin retrotraerse al estado de espíritu en que se encontraba veinte años antes, cuando estudiaba en la Sorbona y escribía con penas y fatigas sus composiciones de examen. Parecía asustado de su propia originalidad, y el resultado de tantos esfuerzos y torturas era un cúmulo de páginas yertas, áridas, como prefacios de diccionario.

La mayoría de los escritores adoptan, casi sin darse cuenta, ciertas fórmulas de expresión. En todos los idiomas se cuentan por millones las frases que podrían descargarse de alguna proposición final que empieza con una y conjuntiva, puesta con el único objeto de redondear el período y ahorrar puntos y apartes. La costumbre de acumular tres verbos o tres adjetivos donde bastaría uno solo, se contrae de la misma manera. Más bien que guiado, el escritor sin talento se ve como arrastrado por una suerte de ritmo de la frase tan indispensable para él como lo era para el orador antiguo el tocador de flauta. El pensamiento sufre lo indecible en medio de estos estorbos.

Incluso temperamentos mejor dotados que los antedichos no pueden despojarse de la idea de que su instrumento verbal es fatalmente inferior al idioma clásico de las generaciones pasadas, y que por tanto sólo serán capaces de construir una obra de decadencia. Estos deberían acordarse de las palabras de GOETHE: "Quien es de su tiempo, es de todos los tiempos" Tal reflexión debería abrirles la puerta de su jaula; pero, como no se la hacen, continúan estrellándose contra los barrotes.

El escritor moderno más embarazado por preocupaciones advenedizas, el menos sincero incluso cuando desearía serlo, es el crítico de arte. Comparemos los *Discursos* de Reynolds²⁶ o los *Pintores modernos* de

²⁶ El gran pintor retratista inglés (1723-1792). - (N. del T.).

Ruskin,²⁷ o el *Diario* de Delacroix,²⁸ con los artículos que sobre arte leemos en los periódicos. ¡Qué galimatías, qué enrevesamiento, qué falsa profundidad! Esos presuntos especialistas no saben nada de nada, aunque aparenten que lo saben todo, y no hacen más que añadir a la nada su artificiosidad. ¡Cuántas veces un buen novelista resulta un crítico insoportable en materia artística! Lo cierto es que ha dejado de ser lo que era, gracias a la pretensión de ser un hombre que quiere entender de dos cosas a un tiempo.

Es necesario, pues, que, como dice el Evangelio refiriéndose a los ojos, nuestro espíritu sea sencillo y esté exento de complicaciones. Los niños, los hombres de vida natural, los santos y los artistas, cuantos están dominados por un ideal supremo que barre toda preocupación inferior, los reformadores, apóstoles, caudillos y verdaderos aristócratas de todas clases, nos sorprenden con sus visiones directas y exactas. Por el contrario, los tímidos y débiles, que se desconciertan fácilmente y han nacido para obedecer y no para conducir; los sensitivos preocupados por la impresión que producen, inseguros del vigor de sus facultades y en eterna busca de algo que les dé firmeza, tienen una funesta capacidad para albergar pensamientos extraños. Estos parásitos intelectuales estorban y, poco a poco, obsesionan su espíritu, enturbian su manera de ver y finalmente les hacen víctimas de ese sentimiento de insuficiencia crónica que hoy todo el mundo designa con el nombre de "complejo". Aunque FREUD y ADLER no hubiesen hecho más que dar un nombre a tales fenómenos y popularizar la certidumbre de que un tratamiento adecuado puede desvanecerlos, bastaría para poder decir que la influencia de estos maestros ha sido bienhechora.

²⁷ El famoso crítico de arte, también inglés (1819-1900). - (*N. del T.*).

²⁸ El primer pintor de la escuela romántica francesa (1799-1863). - (*N. del T.*).

2. - PRODUCCIÓN DE LOS PARÁSITOS O FANTASMAS

a) *Imitación e instinto de sociabilidad*

En la primera parte de este libro he dicho que durante algunos años todos los niños gozan de visión directa y de impresiones inmediatas, que luego relacionan con los instantes más intensos de su vida. Esta mágica manera de entrar en la existencia puede compararse con la aurora en una gran ciudad. Durante breves instantes se diría que todo acaba de nacer en la frescura del alba; mas pronto el rumorero y la agitación de la rutina cotidiana borran y hacen que se olvide la grandiosidad del cuadro, y en seguida surge la vulgaridad.

Los niños perciben sin intermediarios las cosas y personas, y la primera impresión que de ellas reciben es tan fuerte que no necesita ser remozada nunca más. Esto explica el error de los padres que se empeñan en creer que la infancia no observa nada. Hacia los diez años las cosas cambian: los niños comienzan a sentirse influidos por las personas mayores, y las imitan. En pocos meses, a veces en algunas semanas, la transformación se hace evidente: ya tenemos un hombrecito o una mujercita con maneras de salón, afectaciones de expresión o pronunciación, un fingido interés por ciertas cosas, una indiferencia afectada por otras; la expresión del rostro no es aún artificial, pero ya ha dejado de ser ingenua. Los muchachos se fingen escépticos, y a veces algo peor, si el ambiente donde crecen es grosero; las niñas, por el contrario, si no les da por hacerse las norteamericanas, remedan unas casaditas de catorce años cuya conversación mundana y cuyos conocimientos literarios parecían cosa natural en el siglo XVII. No siempre se nota un esfuerzo consciente en estos aspirantes a adultos, pero su espontaneidad y gracia se han desvanecido. Sus ideas, su actitud ante la vida, incluso ante el dolor, son indiferentes y hasta desagradables. El alma pierde su elasticidad. Hay muchachos de doce o trece años que aceptan con displicencia

su primer viaje a ultramar o el primer contacto con las selvas vírgenes, con Roma o Egipto. Ayer todavía esos tiernos brotes humanos recordaban las nubes que se forman en el cielo estival, dóciles a la más leve brisa y al menor rayo de sol. Ahora, véalos inánimes como piedras. Al correr los años, si alguna pasión noble no les obliga a ascender desde el fondo hasta la superficie, cada vez se irán pareciendo más a todo el mundo, tendrán las ideas de todo el mundo, y sus actitudes y maneras de hablar serán como la turba anónima de que formarán parte.

¿Qué hacer? ¿Por donde empezar? Por el principio, pues lo que es capaz de arrancar del conformismo a un niño, también nos permitirá a nosotros pensar de un modo distinto que los demás. Hay que educar a los niños, pero, como ha dicho EMERSON en tono familiar, hay que dejarles que se eduquen ellos mismos. En Norteamérica, en vano están los padres de acuerdo con los educadores para dejar a los niños toda la libertad intelectual de que son capaces: el conformismo vence siempre y sólo el genio logra escapar. En Francia, como en todos los viejos países, se recomienda la imitación, e incluso la insinceridad, hasta cierto punto.

"Fíjate en papá; haz lo que papá; hay que dejar hablar a la gente, pues así nos hacemos amables; no se debe decir todo lo que uno piensa: los demás se molestan y te toman antipatía". El modelo que se transpara en todos los consejos no es Alceste,²⁹ sino Filinto. Y sin duda Filinto es inteligente, e incluso lleva, bien escondida en sí, una ironía que corresponde a una estimación exacta de la humanidad; pero, ¿cómo negar que Alceste descubre verdades de un orden mucho más elevado?

Huelga decir que los niños tienen poca suerte en un mundo como el nuestro. Si son pobres, van mal vestidos, y sienten su inferioridad y su ignorancia de los usos mundanos, por despierta que esté su inteligencia, la intimidación les inducirá al conformismo. Si sus padres son gente obtusa, la más leve originalidad que los niños revelen en sus preguntas

²⁹ Alceste, el hombre rabiosamente sincero, y Filinto, el mundano contemporizador, según los nombres de los personajes de la famosa comedia de MOLIÈRE *El Misántropo*. - (N. del T.).

será mal interpretada y hasta puesta en solfa. Incluso la religión, que debería ser el gran resorte para elevarse a una vida superior, sirve a los padres de instrumento para el conformismo. Si los hijos creen adivinar que ni Cristo ni los santos se conformaron con las ideas corrientes en su tiempo, se les replica diciendo que Cristo y los santos pertenecen a un mundo excepcional, y que los niños buenos no han de hacer más que lo que se les manda.

De esta suerte, la combinación de los instintos imitativos del hombre con el odio del vulgo por la superioridad produce una máquina de aplastar el pensamiento: he aquí por que la mayoría de los hombres son fonógrafos.

El instinto de sociabilidad, o instinto gregario, es primo hermano del instinto de imitación y lo fortifica. En ninguna parte se ve mejor esto que en los Estados Unidos. Tal vez los primeros emigrantes a este país llevaran consigo la aptitud para la cooperación, característica de la raza anglosajona, pero que en la semisoledad en que vivían no pudo manifestarse, aunque esperaba con impaciencia la ocasión de hacerlo. En todo caso, sus descendientes son la gente más sociable que pueda hallarse en el planeta. Los franceses, tanto en las ciudades pequeñas como en las aldeas, se reúnen todos los domingos "al salir de misa" -prueba innegable de sociabilidad- pero pasados diez minutos de charla complementaria del mutuo examen en que emplearon todo el tiempo que duró el sermón, cada cual regresa satisfecho a su casita. Los norteamericanos, por el contrario, no se cansan nunca unos de otros. El club a todo pasto no es bastante todavía: necesitan además banquetes corporativos, reuniones, mítines, elecciones varias, iniciación en las logias, recepciones por aquí, aniversarios por allá, comidas de señoras solas, sin hablar de los conciertos, teatros, cines y conferencias, que no son más que otros tantos pretextos. A falta de algo mejor, el norteamericano se instala en el vestíbulo de un hotel, se sienta en uno cualquiera de sus confortables sillones alineados, y allí se queda esperando un problemático interlocutor que no tarda en venir; o bien gusta de arrellanarse, cuando va en ferrocarril, en el "vagón mirador" o en el

departamento para fumadores, del que no hablaré mal pues es allí donde mejor se puede estudiar al norteamericano libre de las mujeres y descubrir al lado de sus defectos, sus numerosas buenas cualidades. Allí, realmente, nada en sociabilidad. La palabra *joiner* en Inglaterra significa tan sólo carpintero; pero en Norteamérica designa, además, con un matiz de bondadosa ironía, un tipo eminentemente norteamericano: el tipo del hombre que no puede oír hablar de una sociedad cualquiera sin que le entren ganas de inscribir en seguida su nombre en la lista de socios.

Sabido es que las democracias conducen a la uniformidad. Y ocurre lo mismo con las democracias en miniatura: si nos introducimos en ellas con un exceso de personalidad, es como si hiciéramos trampas en un juego. Cuando los individuos se unen para proteger sus intereses o satisfacer sus gustos comunes, es natural que desarrollen sus analogías. En seguida se crean entre ellos determinadas actitudes, se exageran ciertos prejuicios y se generalizan algunas fórmulas que imprimen a esos hombres diversos un aspecto uniforme. Toda disidencia grave dentro de un medio que sólo progresa mediante la unión, constituye una inconcebible herejía. Y lo mismo sucede con la resistencia intelectual. Las ráfagas que en tiempo de epidemia o de calamidades públicas pasan por encima de una colectividad, ciegan y enloquecen a sus individuos sin perdonar más que a los fuertes. Pero la influencia continua, aunque invisible, de la conciencia colectiva, produce resultados semejantes. Algunas veces me río al ver que algunos europeos trasplantados a los Estados Unidos abrigan contra los pobres negros el prejuicio corriente en aquel país, pero del cual se hallaban completamente inmunes a la llegada. Y no es que se trate de una ficción, sino de que el instinto imitativo del hombre es siempre más fuerte que su mentalidad personal.

Podrían citarse centenares de casos. Nada demuestra tanto la influencia de la vida social como nuestra fidelidad a las divisiones del tiempo. El calendario y el reloj son los dueños del mundo: si fuesen suprimidos, la civilización, tal como nosotros la concebimos, se vendría abajo. Pero, si bien es cierto que gracias a ellos podemos tomar el tren o cobrar con precisión absoluta unos pagarés, también es innegable que

somos sus víctimas. No solamente "los activos y minúsculos segundos", como les llamó MAUPASSANT, roen la vida humana, sino que además cada año nuestro cumpleaños cae sobre nuestras cabezas con la fuerza del martillo de un colosal reloj de torre, y la idea de la edad que aumenta es un fantasma casi tan terrible como el de la muerte. OSCAR WILDE dijo que la tragedia de la senectud es que ella se siente joven; es decir, que los viejos son lo mismo que serían los jóvenes, si mediante un maleficio les convenciésemos de pronto de que se hallan en plena ancianidad.

Y no se trata aquí de ningún hechizo, sino tan sólo de relojes, calendarios, de números enteros y decimales, escritos en todos los documentos humanos. Si pudiésemos suprimirlos, todo nos parecería cambiado. Imagínese la sonrisa de maravillosa indiferencia que brota en los labios de una negrita de Maryland, si a usted se le ocurre la idea de preguntarle qué edad tiene. ¡No tiene ninguna! En cambio usted necesitaría una inventiva genial para poder conjurar la maligna influencia de los cumpleaños.

Todos los días la ignorancia o la incomprensión producen ideas falsas a las cuales la prensa de todos los países hace dar la vuelta al mundo. Su presencia en el aire es un verdadero parásito que aniquila el pensamiento, durante todo el tiempo que se tarda en aniquilarlo a él. Se dice que la guerra es inevitable, hasta el día en que aparecen las Naciones Unidas; y entonces se dice que la guerra es imposible, hasta que el fracaso de una conferencia cambia nuevamente la perspectiva. Una fórmula breve, que parece resumir los hechos conocidos o los que creemos conocer, es adoptada con entusiasmo por la gente que vive de generalidades. En pocos días la prensa la transforma en una verdad de Perogrullo, que irá seguida de toda clase de consecuencias prácticas. Los norteamericanos del siglo XVIII inscribieron en una de sus constituciones el derecho a la felicidad: los divorcios del siglo XX se contenían en germen dentro de esa fórmula que los niños norteamericanos aprenden en la escuela primaria, pero sin comprenderla, hasta el día en que se

les ocurre sacar de ella conclusiones que sus antepasados ni siquiera soñaron.

b) La educación

Parece una paradoja casi de mal gusto hablar de la educación como de un obstáculo para el pensamiento, pues ¿no es evidente que al hombre culto le distinguimos no sólo por sus modales y manera de hablar, e incluso por sus conocimientos, sino también por su capacidad de resistir al pensamiento ajeno y defender el propio? ¿No es cierto, además, que cuando conocemos a un joven brillante esperamos nos diga que ha sido educado en un liceo de París, en alguna de las *public schools* británicas o en algún afamado gimnasio alemán? Desde PLATÓN hasta HERBERT SPENCER, la mayoría de los filósofos han incluido en sus sistemas un tratado de la educación y un arte de pensar, dándonos a entender claramente que el uno depende del otro. HORACE MANN y CHANNING, espíritus preclaros, persuadieron a sus compatriotas de que únicamente la educación era capaz de hacer que la democracia norteamericana adquiriese conciencia de sí misma. Cuanto más piensa un hombre, tanto más se adapta al pensamiento. y la educación no tiene otra finalidad que crear metódicamente la frecuentación de las ideas.

Muy bien. En teoría, la educación es un conjunto de disciplinas que desarrollan la elasticidad intelectual. Pero, en la práctica, qué hace la educación: ¿forma o deforma? ¿Se está generalmente satisfecho de la educación recibida y de la que reciben los hijos, o más bien se oyen continuas quejas de una y otra? RABELAIS, MONTAIGNE, LOCKE, FENELÓN, ROUSSEAU y la mayoría de los educadores surgidos durante el siglo XIX se declaran contrarios a los maestros. Sin duda alguna, casi ninguno de esos teorizantes supo jamás por experiencia lo que es esa fiera indómita que llamamos una clase de párvulos, y se imaginaban tal vez que eran de niños lo mismo que cuando hombres. Pero la razón esencial de su actitud estriba en que su inteligencia superior percibía el

origen de sus propias flaquezas, en los métodos pésimos a que se les había sujetado durante su infancia. Por otra parte, a menudo los profesores se muestran conformes con aquellos sabios. Las controversias sobre educación, las comprobaciones de métodos mediante los informes y las estadísticas escolares, llenan bibliotecas enteras. La duda reina, y siendo así, resulta innegable que la educación no es como debería ser, el Arte de Pensar por excelencia.

Pero hay más todavía. En esa edad en que las impresiones son tan profundas como insidiosas, la educación frustrada puede producir parásitos intelectuales, que con el tiempo se convertirán en complejos, e incluso cambiarán por entero nuestra actitud ante la vida. En todos los países la educación tiene sus fallas, y las discusiones sobre ellas, caso de imprimirse, llenarían varias bibliotecas. Pero aquí es preciso ceñirse, y para ello tomaremos dos tipos de educación diametralmente opuestos, y estudiaremos sus efectos. A fines del siglo XIX, EDMUNDO DEMOLINS³⁰ creyó hallar el contraste que buscamos en la diferencia entre las escuelas inglesas y francesas. Pero la tendencia a la cultura clásica es tan viva en las *public schools* inglesas como en los liceos franceses, y esto lo olvidaba DEMOLINS. El verdadero contraste es el que hoy existe entre las escuelas de Francia y las de Estados Unidos. A pesar de los educadores, la educación norteamericana es demasiado rotundamente práctica, pues deja en el espíritu del alumno el fantasma de que la cultura es la diversión de algunos privilegiados. En Francia, por el contrario, la educación coloca la cultura tan por encima de la acción, que los placeres de la inteligencia parecen más importantes que las obligaciones de la vida. Tanto en uno como en otro caso queda disminuida la capacidad de pensar justamente, y en algunas ocasiones se necesitará la vida entera para corregir los efectos de este error inicial.

En Norteamérica, la educación sigue siendo en gran parte una educación de colonizadores de tierras vírgenes, de hombres que se unen contra el desierto. Esta afirmación ha sorprendido más de una vez a los

³⁰ Publicista francés que alcanzó gran fama a fines del siglo XIX (1852-1907). - (N. del T.).

norteamericanos ultramodernos que habitan las ciudades gigantescas. No obstante, incluso en las metrópolis como Chicago, y hasta en Filadelfia, se encuentran sorprendentes detalles, vestigios de un estado primitivo. Uno de ellos es, por ejemplo, la costumbre de indicar de cualquier manera los nombres de las calles y los números de las casas, a veces con una tabla carcomida, que apenas se ve. Al atravesar en automóvil la señorial elegancia de Long Island, verá usted numerosos palacios y parques, a cuyas puertas cuelga de un trozo de estaca el buzón para la correspondencia, hecho de hojalata, que en Arizona no extrañaría en lo más mínimo, pero que aquí constituye un verdadero anacronismo. El cartero echa las cartas en esos buzones, del mismo modo que hace un siglo las dejaba colgando de la rama de un árbol. La falsa idea, tan extendida en los Estados Unidos, y que origina incalculables consecuencias, de que las mujeres escasean, es un resto de los tiempos en que efectivamente eran escasas y en que el emigrante que traía una consigo parecía un romano que acabase de llegar del rapto de las sabinas.

Las escuelas norteamericanas se encuentran generalmente en el campo, porque la vida primitiva del país fue campesina y porque incluso los primeros colonizadores, los *pilgrims fathers*, estaban acostumbrados a ver las escuelas en ciudades pequeñas o en arrabales desiertos, como lo era Westminster en el siglo XVII. Son además escuelas destinadas ante todo a desarrollar la fuerza física y su paralela espiritual, la energía. En el mismo lugar donde algunas generaciones atrás el colono derribaba árboles, en las cercanías de los peligrosos parajes poblados por los indios, y sin perder jamás de vista la escopeta siempre amantillada, hoy los alumnos de Groton, de Saint Mark y de Saint Paul cultivan, como sus antepasados, la fuerza corporal, la capacidad de bastarse a sí mismos, la vida selvática o junto a los grandes ríos, y un espíritu de independencia que la costumbre de obrar en colaboración con otros hombres no debilita para nada, sino todo lo contrario. Quiérase o no, los deportes son siempre en Norteamérica lo más importante de la educación. Jamás olvidaré que el día en que por vez primera traspasé el umbral de uno de esos famosos establecimientos de que acabo de ha-

blar, el director me condujo directamente al armario sagrado donde descansaban, sobre aros de plata, a manera de venerados fetiches, las pelotas que habían servido a los alumnos del colegio para derrotar a sus rivales en el campeonato de *baseball*. Las noticias de colegio, en los Estados Unidos, son noticias deportivas. Notre Dame, en Indiana, es, quién lo duda, una universidad católica; pero mucho más una fortaleza del fútbol, tan admirada por los no católicos como por los que lo son.

En el deporte hay, sin duda, un elemento estético. A menudo las mujeres lo encuentran elegante, y aunque sean tan ignorantes como las princesas sajonas del siglo VII, sacan de los deportes un resultado artístico. Pero deporte no equivale a cultura, y las quejas que incessantemente se oyen en Norteamérica a propósito de educación proceden de la imposibilidad de conciliar un poco de cultura con un exceso de atletismo. A menudo me preguntan en los Estados Unidos: "¿Por qué los jóvenes franceses parecen mucho más instruidos que los nuestros? ¿Por qué sus conocimientos adornan de manera tan natural y agradable su conversación?"; y se quedan pasmados cuando respondo: "Pues porque la vida de colegio, en Francia, significa levantarse a las cinco y media de la mañana y estudiar hasta las ocho de la noche, con dos horas de recreo; porque *trabajar*, en francés, quiere decir estudiar, mientras que *to work* en Norteamérica sólo quiere decir adiestrarse en el estadio o remar en el río. Nuestros muchachos tienen el pecho como un niño y la frente como un hombre; los vuestros tienen espaldas de molinero y cerebro de chiquillo. -Y ¿no hay término medio? -Seguramente. Lo hallarán ustedes en Smith, en Vassar, en Bryn Mawr, y sobre todo en esa perfecta Teleme que es la Escuela de Graduados, de Princeton. - ¡Vaya! Me vuelve el alma al cuerpo. ¿De modo que los chicos franceses son estrechos de hombros, verdad? -Sin duda alguna, hasta que hacen el servicio militar. Nos gusta que sean soldados, no solamente para satisfacer nuestros instintos sanguinarios y nuestro famoso militarismo, sino también porque el servicio militar es el mejor medio de ensancharles el pecho."

El predominio de los deportes en la educación, en la vida nacional y en los periódicos deja muy poco espacio para lo que es más importante; y no sólo eso, sino que además crea un ambiente en el cual las cosas de importancia parecen superfluas y son tratadas de tales en un lenguaje atrevido y ramplón. Lo que parece importante es la vida vertiginosa, la excitación de un partido de fútbol, la alegría de participar o salir de un *scrimmage*, de derrotar a alguien, de llegar a la meta, de triunfar como sea. Todo esto constituye, a su modo, un sistema bastante aceptable de considerar la vida, pero no una cultura. ANGELLIER preguntaba un día a un candidato a bachiller, qué teatro le gustaba más, si el de RACINE o el de HUGO. "Prefiero el de Hugo -contestó francamente el estudiante- porque tiene más vida. -Sí, replicó Angellier entre dientes: hay más empujones." El pensamiento, es decir, la forma más elevada de la vida, sólo es conciliable con los empujones en un sentido biológico demasiado profundo y sutil para ser discutido en un libro práctico como éste. El hecho crudo es que el alumno que descuelga en el campo de juego no es siempre, sino muy raramente, el que hace en clase las preguntas más interesantes. Muchas veces se queda callado como un muerto y su actitud parece expresar aquel: "Señora, díganoslo", que tanto incomodaba a MME. DE MAINTENÓN, en Saint-Cyr. Y a mí me han dicho algunos profesores de universidades norteamericanas que actualmente esa actitud más bien significa, traducida al lenguaje moderno: "Dilo tú, que para eso te pagan."

Una escuela se convierte en un sitio por donde hay que pasar antes de entrar en la vida, pero en el cual la enseñanza no prepara para vivir. De esta suerte, existe el peligro de que la cultura semeje más una especialidad que una necesidad. La educación clásica parece algo así como el cálculo infinitesimal. De no ser así, sería incomprendible que a los norteamericanos, incapaces como son de soportar ninguna superioridad ajena, les importe un comino ser vencidos en el campo del pensamiento y de las artes. El vecino de un astrónomo demuestra la misma indiferencia ante la idea de que ese sabio le gana en el arte de medir y pesar los planetas. Esta actitud de los norteamericanos puede juzgarse mediante

un detalle curioso: jamás los periódicos yanquis dicen a sus lectores si el discurso que reproducen es bueno, malo o mediano. La oratoria es una especialidad, mientras que los hechos interesan a todo el mundo. Y, no obstante, los norteamericanos son sensibles a la elocuencia.

Muchas veces me he divertido imaginándome a CÍCERÓN desembarcando en Nueva York y siendo interpelado en el Hotel Brevoort por dos periodistas: uno francés, lleno de reminiscencias clásicas y ansioso de ver al orador; y el otro, norteamericano, preparando preguntas sobre la ley seca o el espiritismo, y únicamente interesado, en el fondo, por saber si el Aqueronte se cruza ya en canoa automóvil o si las rayas blancas para el juego del fútbol están bien marcadas en los Campos Elíseos. En resumen: la noción de la cultura en los Estados Unidos está demasiado a menudo oscurecida por la aprensión de la inutilidad, y el desarrollo del pensamiento, ante un estorbo semejante, se hace en extremo difícil.

¿Lo ha sido siempre? ¿Se trata de una verdadera característica norteamericana? Basta haberse pasado algunas mañanas hojeando los periódicos yanquis del siglo XVIII para contestar rotundamente que no. A diario se dice cien veces que Norteamérica es una nación joven, el verdadero país de la juventud. Durante muchos años desconfié de esta fórmula, como de todas las fórmulas; mas con el tiempo me ha parecido certera. Sólo que es verdad únicamente para la Norteamérica de nuestros días. Ese país, en sus comienzos históricos no tuvo nada de joven, pues era grave y maduro. Sin duda ninguno de los firmantes de la Declaración de Independencia habría parecido un mozalbete a los miembros del Parlamento británico contemporáneo, sino que más bien habría ocurrido a la inversa. Pero si aquellos mismos norteamericanos de 1763 resucitasen en el *campus* de alguna de las escuelas modernas, tan diferentes de aquellas en que fueron educados, se encogerían de hombros al ver la seriedad con que juegan sus descendientes. Norteamérica se ha rejuvenecido durante el siglo XIX, y sus mejores hijos se dan cuenta de ello y lo deploran. El prodigioso esfuerzo que esos escogidos hacen para propagar la educación es la reacción de una sociedad amenazada

en sus entrañas. Pero hasta el presente la resistencia de la masa amorfa ha sido demasiado grande, y es ella, son sus necesidades y exigencias las que inspiran los actuales métodos de educación, en vez de ser inspirada por estos. Es inútil que los especialistas multipliquen las estadísticas, programas e informes: la absurda situación persiste. La masa quiere métodos fáciles y los métodos son fáciles. Exige resultados prácticos inmediatos, y todo el mundo habla utilitariamente.

Los métodos fáciles son un dogma para los fabricantes de norteamericanos. Fácil, es la eterna palabra mágica cuando se trata de educación. Hace algunos años publiqué en Nueva York un libro para estudiantes, con el título de *French Grammar made Clear* ("Gramática francesa aclarada"). Son incontables las veces que he visto citado este libro, pero con el título deformado, tal como se pensaba que debía ser: *French Grammar made Easy* ("Gramática francesa fácil").

Quieran o no, la gramática francesa no será nunca fácil, y la latina tampoco. Es posible e incluso necesario hacerla clara e interesante; pero aunque coloquemos reproducciones de *Alma Tadema*³¹ en todos los capítulos, las declinaciones, conjugaciones y vocablos seguirán siendo los mismos. La mejor psicología consiste aun en persuadir al alumno de que centenares y miles de hombres de inteligencia corriente consiguieron vencer antes que él la sequedad de los comienzos gramaticales.

Los muchachos del campo que se preparan para el seminario bajo la dirección de párrocos humildes y nada eruditos, aprenden el Lhomond³² en cuatro o cinco meses. Varias veces he visto entrar en el presbiterio al cura de la aldea vecina, durante la clase, y ponerse a examinar al aprendiz de latinista, del mismo modo que el famoso amaestrador de las Tullerías³³ adiestra a sus gorriones. Y es muy raro que el rústico deje caer ni una sola de las migas de sabiduría que le ofrece su

³¹ Pintor inglés (1836-1912). - (*N. del T.*).

³² Se refiere a los Elementos de gramática latina, famoso libro escolar debido al clérigo francés Carlos Lhomond, humanista y gramático (1727-1794). - (*N. del T.*).

³³ Alusión a un anciano que acostumbraba domesticar los gorriones de aquel concurrido jardín de París, dándoles migas de pan y alguna golosina. (*N. del T.*).

examinador. Esto se debe a que nadie ha llenado su inteligencia de aprensiones ni complejos de ninguna especie. No se trata de saber si las declinaciones resultan fáciles o difíciles. Son cosas que es necesario aprender y que todo el mundo aprende; y no hay más. Si, por el contrario, lee usted las Instrucciones del *Board of Education* del Estado de Nueva York sobre la enseñanza del latín, verá que su redactor estaba evidentemente convencido de que esa lengua clásica debe considerarse como algo tan temible como la escritura cuneiforme y, por consiguiente, hay que suministrarla en dosis infinitesimales. Se calcula que el estudio de las primeras declinaciones necesita varios meses; luego conviene un largo descanso para preparar al alumno para la etapa siguiente, que será más penosa; y finalmente se emprenden las dos declinaciones últimas, ni más ni menos que si se tratase de acercarse a algún objeto peligroso.

¿Qué estado de ánimo se puede crear con un método semejante? Uno solo: la idea de que las declinaciones son una pesadilla, pero que las más espantosas de todas son *dies* y *cornu*. El que me inició a mí en la lengua latina no sabía que existiesen instrucciones de esta clase, pero en cambio tenía una tradición y nos decía a nosotros, como el cura de su aldea le había dicho a él treinta años antes: "*Dies* y *cornu* son tan fáciles, que mañana me los traeréis aprendidos." El resultado era que aún los estúpidos aprendían perfectamente todas las declinaciones. Interrogué usted, por el contrario, a los jóvenes norteamericanos de uno y otro sexo acerca de sus estudios clásicos y comprobará en seguida que los rudimentos del latín son tan vagos para ellos como para nosotros la morfología griega, desde que se enseña sin tesón. Esos muchachos han *visto* uno o dos libros de CÉSAR o de VIRGLIO, Y dos o tres discursos de CICERÓN; pero la idea que tienen del latín es que se trata de una especialidad universitaria, de algo así como el sánscrito, que es perfectamente lícito ignorar. No he olvidado todavía la sorpresa que sentí cuando, al abrir un día un tomo de un poeta norteamericano, con grandes pretensiones de una cultura rayana en la erudición, me encontré

con una poesía titulada *Pueribus*.³⁴ ¡A esto conduce el querer hacer fácil el latín!

El verdadero resultado es que cuatro, cinco o seis años de estudios latinos dejan únicamente esta impresión: "Nadie sabe el latín, ni nadie llega a saberlo." Otra impresión, todavía más peligrosa, es la de que se ha perdido el tiempo en una empresa inútil, lo cual es absurdo. De esto a sospechar que es inmoral someter a los jóvenes norteamericanos a una disciplina tan disparatada, no hay más que un paso. Pruebe a hacer con uno de esos muchachos lo mismo que el amaestrador de las Tullerías hacía con sus gorriones, y pronto verá aparecer en la fisonomía fastidiada o escéptica de su alumno, bien un complejo instalado en su mente, donde causa los habituales destrozos, bien lo que queda después que el complejo ha sido expulsado, y con él toda la sabiduría antigua: un joven bárbaro que no quiere que le tomen el pelo.

El espíritu utilitario, en educación, resulta tan desastroso para la cultura como los métodos que se llaman fáciles vienen a serlo para los estudios clásicos. La predilección por aquellas ciencias de las que se cree poder sacar provecho inmediato es, sin duda alguna, una manifestación de ese espíritu utilitario, y otra es la enseñanza exclusivamente oral de los idiomas modernos. Pero la peor de todas consiste, tal vez, en la completa carencia de iniciación filosófica en que se encuentran las *high schools*.

Incluso las aficiones literarias, desinteresadas en apariencia, en Norteamérica están orientadas hacia la utilidad. Las primeras veces que uno hojea una revista de colegio redactada y dirigida por los propios alumnos se tiene una agradable sorpresa, al dar ya con una especie de aplomo profesional.

Pero, poco a poco y a pesar de las poesías que los jóvenes anglosajones escriben con más facilidad y más a menudo que nuestros colegiales, uno se da cuenta de que esas revistas no preparan para la literatura, sino tan sólo para el periodismo. El periódico escolar es un periódico

³⁴ Latinajo que revela la ignorancia gramatical de su autor. - (*N. del T.*).

bien hecho; mas éste es un menguado elogio, porque aun cuando están bien, los periódicos norteamericanos no son nunca literarios. Y esto tendría que ser, por encima de todo, un periódico escolar. Cuando escribe o lee un artículo, el joven director de dieciséis años debería tener presentes a ADDISON, COBBETT o BERNARD SHAW,³⁵ y sin embargo ni siquiera piensa en los imitadores de MENCKEN. Su único modelo es el periódico que lee en casa durante las vacaciones. Si imitase a ADDISON, el resultado no sería, sin duda, muy brillante, pero al menos constituiría literatura; mientras que con los modelos que le sirven de ejemplo los resultados son satisfactorios, precisamente porque caen fuera de lo literario.

Idéntico juicio merecen los cuentos, sainetes y obras dramáticas que se producen a millares en las escuelas teatrales o en las escuelas novelesísticas, hoy tan florecientes en las universidades norteamericanas. La enseñanza que se da en ellas, en su género es de primer orden, y los métodos son tan rigurosos cuanto desmayados los que se aplican a la cultura clásica. La voluntad de abrirse paso es excesivamente visible. ¿Y los resultados? No hay duda de que la técnica es admirable, seguramente superior a la de EMILY BRONTË o de GEORGE SAND. La concisión, la rapidez, el giro y el equilibrio sorprenden y casi intimidan. Pero con el tiempo se descubre que estas cualidades constituyen la secuela, si no el móvil, de un ardiente deseo de producir un efecto aceptable "en el mercado". En lenguaje corriente no se dice que se coloca un artículo, sino que se vende. Y esto explica por qué, a medida que se van leyendo historias de esas tan hábilmente confeccionadas, uno se va sintiendo cada vez más alejado de la literatura. Ésta no tiene tantos trucos, sino que se encara francamente con la vida; y aunque a veces salga vencida de la lucha, no nos queda más remedio que descubrirnos ante su valentía. Esto, al menos, es lo que nos enseñaron a hacer en el colegio. Pero si la educación se pasa al enemigo y se pone a enseñar los métodos

³⁵ Grandes escritores ingleses. Mencken, nombrado a continuación, es un crítico literario y publicista contemporáneo, muy conocido en Norteamérica. Nació en 1880, en Baltimore, desde 1925 dirigió la

comerciales, el parásito de la utilidad a todo trance se apoderará incluso de los mejor dotados, y con ello saldrá perdiendo la capacidad de pensar de una manera armoniosa y bella.

El joven norteamericano egresa del colegio con una idea más o menos fija de que lo que llamamos cultura constituye un lujo, es decir, una cosa superflua. No se le enseñó a considerar una frase latina como un mosaico artístico, ni una composición inglesa como un esfuerzo para elevarse por encima de sí mismo. En vez de alentarla, se le ha acobardado la imaginación. Y en el plano de la cultura es inferior al norteamericano de hace ochenta años.

Veamos ahora lo que ocurre del lado francés.

El contraste es sorprendente. Los colegios franceses forman, o formaban no hace mucho, hombres convencidos de que nada, salvo las producciones de la inteligencia, vale gran cosa. Los franceses instruidos, descontando aquellos que sienten las realidades espirituales, rara vez consiguen ver la vida tal como es. La causa de esta flaqueza estriba en una aprensión creada durante los años de estudio, y que consiste en lo siguiente: el cerebro se basta a sí mismo.

De cada diez colegios franceses, nueve están situados en ciudades. Los más famosos son los de París, y muchos de ellos se hallan alojados en edificios que fueron monásticos, en rotundo contraste con las escuelas-palacios de los Estados Unidos; y aquellos edificios medievales muchas veces se encuentran emplazados en el mismo lugar donde existieron antiguas escuelas cuyo idioma era el latín. Una secular y venerable tradición de cultura va unida a esos muros cenicientos, pero el solo aspecto de sus patios estrechos y ahogados entre altas paredes demuestra desprecio o ignorancia absoluta de las necesidades físicas.

Todavía viven muchos franceses cuyo único ejercicio durante sus años estudiantiles consistió en dar vueltas al patio, lo mismo que los presos, y dos veces por semana un paseo un poquito más largo, por el mismo barrio del colegio. Los recuerdos de infancia escritos por TAINE, DAUDET y BOURGET respiran una profunda compasión de sí mismos,

revista *American Mercury*, y representó la más resuelta reacción antiacadémica. - (N. del T.).

únicamente compensada por la remembranza de que sus almas hervían en vitalidad, mientras sus cuerpos permanecían inactivos. Esa vitalidad se mantenía gracias al oxígeno de la aplicación y también al choque entre las ideas, que en Francia convierte las conversaciones en aventuras interminables.

En la actualidad, el colegial francés asiste regularmente al gimnasio, y los jueves y domingos puede jugar al tenis o al fútbol, o ir al Palacio de Hielo. Pero el reglamento cotidiano continúa fijándole dos horas de recreo y diez de trabajo, además de lo cual debe velar muchas veces. El campeón de tenis o de fútbol no es un dios, como en los países anglosajones, y si tiene poca disposición para las letras, sus compañeros le miran más bien con regocijo que con verdadera admiración.

La palabra colegio, en Francia, no evoca la idea de un conjunto de alumnos, sino más bien de profesores, de exámenes y libros. Durante siglos los libros fueron, sobre todo los clásicos antiguos, leídos en alta voz, para que el griego y el latín llegasen a ser para el alumno tan familiares como su propia lengua. Lo demás parecía tener poca importancia, pero los personajes de la historia antigua eran como viejas amistades de cuyas vidas se deducían las grandes leyes de la política, aún cuando el profesor dejase de enseñarlas.

Actualmente, la literatura ha destronado a sus rivales, incluso a la ciencia, que es el ídolo moderno, y la literatura impera en la educación como en todas partes. Los clásicos griegos, latinos y franceses están alineados en el pupitre del alumno, junto a los libros científicos y los manuales históricos. Mas el tomo favorito del estudiante de retórica, el libro que su mano busca apenas dispone de un cuarto de hora de libertad, es el Lanson o el Desgranges.³⁶ Tal vez el alumno tenga vocación por las matemáticas y espere poder ingresar, tras largos años de esfuerzo, en la Escuela Politécnica; no obstante, su afición por la historia literaria es idéntica a la de su convecino que se prepara para la Escuela Normal.

³⁶ Famosos manuales de historia de la literatura. - (N. del T.).

¿Qué sale ganando con esta afición intelectual, que en otros países sólo interesa a las personas mayores y especializadas? Algo bueno y algo malo. Por una parte, antes de haber abierto un manual de filosofía adopta ya una actitud de espíritu filosófica, fruto de observar el encadenamiento de ideas y sistemas, y las reacciones de la sensibilidad, que constituyen la trama de la historia literaria. Se acostumbra a la lógica de los hechos y se empapa, con intensidad creciente, de la claridad producida por la trabazón de las causas y de los efectos. Mas, por otra parte, desgraciadamente, mucho antes de trabar conocimiento directo con los grandes monumentos literarios tiene ya sobre ellos ideas preconcebidas. Ha adquirido la terrible necesidad francesa de resumir las realidades complejas en fórmulas simples, y la jerga semifilosófica de la historia literaria se le ha hecho familiar. Si posee un temperamento intelectual robusto, ese vocabulario le será útil, pero si sólo tiene la apariencia de la robustez, los vocablos sabihondos y los esquemas al parecer reveladores le inculcarán una suficiencia barata que le llenará de vanagloria. Rápidamente se volverá insincero, porque en el fondo de sí mismo bien sabe él que las fórmulas generales de que se vale son propiedad ajena, y que si se le pidiera que explicase la génesis de esas ideas se vería en un apuro, porque son prestadas.

Aún más que las ideas generales, lo que al muchacho francés le encanta de su manual de historia literaria es lo que éste le cuenta de la vida y milagros de los grandes escritores. Sobre todo le entusiasman los románticos, desde ROUSSEAU hasta LOTI. La idea de vivir una vida llena de emociones raras y sublimada por la inspiración, le arrebató. Léase la correspondencia de los escritores, reléase *Dominique*³⁷ y se echará de ver la magnitud del obstáculo que esa montaña artificial puede representar el camino de una mentalidad abierta y sana.

Algunas veces los extranjeros preguntan si los profesores franceses corrigen esa exageración. Pero el profesor no puede hacer nada para

³⁷ La novela, tan apreciada en Francia, del crítico de arte y pintor EUGENIO FROMENTIN (1820-1876). - (N. del T.).

ayudar a que su alumno se libere de semejante idea falsa, por la sencilla razón de que él también, y en París sobre todo, es víctima de ella. Se pueden contar con los dedos de la mano los profesores de colegio que en Inglaterra y sobre todo en Norteamérica publican libros. Y ¿cómo podrían hacerlo? Cuando no dan clase a sus alumnos es porque están jugando al fútbol con ellos. Un profesor francés, por el contrario, es un hombre que ha escrito, escribe o quiere escribir un libro, novela u obra teatral, con la misma facilidad que una tesis, y para el cual la fama literaria constituye el supremo fin de la vida. Este ejemplo, este punto de vista expresado o sobreentendido en todo tiempo y lugar, arraigan cada vez más hondo en el espíritu de los alumnos el fantasma de que los escritores son los verdaderos héroes. En las clases la palabra genio se repite hasta que los muchachos al oírlo no pueden ya sustraerse a la doble convicción de que esa dote divina, la facultad literaria, es la única cosa envidiable de este mundo, cosa que ellos no obtendrán jamás.

El colegial francés busca desde muy temprano en torno de él las encarnaciones vivientes del genio y espera encontrar entre sus compañeros a algún nuevo RIMBAUD. Si no lo encuentra, más tarde andará buscando un MOREAS³⁸ por el bulevar Saint-Michel. Y mientras tanto, se entrega a la influencia de su profesor, si este es joven y brillante, o del primero de su clase, institución estrictamente francesa y de la cual ninguna comparación puede dar una idea. No creo que el cruel vocabulario que distingue entre el *cabeza* de una clase y el *cola*, exista más que en francés. Predispone al desgraciado *cola* a una humilde sumisión y le quita todo amor propio. En otros países la habilidad en los deportes, la valentía, un comienzo de instinto comercial o de trato mundano dan a los alumnos mal dotados en otros aspectos una sensación de fuerza que al fin y al cabo les salva. En Francia sólo se habla al niño, desde su más tierna infancia, de superioridad intelectual. Con esto se introduce en su alma un fantasma, y luego necesitará excepcionales y sorprendentes

³⁸ JEAN MOREAS, uno de los más puros poetas franceses del siglo XIX, que solía frecuentar los cafés de estudiantes, en el Barrio Latino. - (N. del T.).

aciertos en la construcción de automóviles, por ejemplo, para quitárselo de encima, y aun así imperfectamente. Yo no sé, en verdad, qué es mejor: si este fantasma o su rival, el de la superioridad del dinero. Este, por lo menos, no es tan deprimente, pues no hay ni una sola calle donde no pueda verse que el carnicero o el panadero se están haciendo ricos.

Nada tan fácil de comprobar en la vida nacional de Francia como las consecuencias tangibles de la educación literaria. La pasión que los franceses tienen por las ideas les induce a creer que basta expresar perfectamente una de ellas para que su propia virtud la lleve a la práctica. Si se hurga un poco debajo de semejante creencia se hallará escondida la certidumbre de que no ha de faltar alguien para emprender este trabajo práctico que nosotros consideramos como depresivo. No hay ningún país en que se hable tanto como en Francia, ni tan sinceramente, ni con tanta inteligencia, de toda clase de reformas. Sólo que se habla de ellas, pero no se hacen. Recuerdo que un día fui con un extranjero a casa de un amigo mío cuyo salón tenía la especialidad de las reformas sociales. Mi acompañante, joven serio e impresionable, quedó asustado de lo que oyó decir "Una vida entera, me confesó después, sería demasiado corta para realizar los planes que esas dos horas de conversación me han dejado entrever." El domingo siguiente me rogó con insistencia que le llevase otra vez a la reunión. Nadie dijo ni una palabra de los extremos que habían parecido capitales ocho días antes. Fue extraña una nueva serie de problemas y se les discutió con la misma elocuencia. Mi buen suizo quedóse pensativo y a mí no dejó de inquietarme su próxima e inevitable reacción, ya que el espíritu evangélico más bien pierde que gana con la frecuentación del *esprit* a secas.

Los extranjeros que residen en Francia el tiempo necesario para adquirir una experiencia personal de los vicios innumerables que aquejan a nuestra administración pública, se quedan perplejos ante ellos. "¿Cómo es posible, se dicen, que un pueblo tan inteligente soporte una tiranía tan absurda?" Y con el tiempo hallan una respuesta cualquiera. Cuando mi primer viaje a los Estados Unidos, en 1908, un famoso personaje político dijo tranquilamente en mi presencia: "Los franceses son

brighth,³⁹ pero no inteligentes". La palabra *brighth* en el inglés norteamericano es muy vaga, y esto me consoló un poco, pero no dejé de comprender que había puesto el dedo en la llaga. Los franceses toleran todos los abusos a condición de poder reírse de ellos, alegre o amargamente. Las campañas de prensa o las guerras de carteles y entre conferenciantes, con que los norteamericanos se quitan constantemente de encima cuanto les desagrada, son por completo imposibles en Francia.

La tolerancia que los franceses conceden a sus políticos es del mismo orden, y procede de la misma certidumbre de que la idea prevalece sobre las contingencias. Los franceses desprecian a sus políticos, como los amos indolentes desprecian a sus criados truhanes. La idea, tan corriente en los países escandinavos, de que es necesario obligar a los representantes del pueblo a considerarse como miembros del consejo de administración nacional y a dar pruebas tangibles de ello, al francés medio no se le ocurre ni remotamente. Después de todo, se dice, la vida no es muy dura, aunque el gobierno no sirva de nada, es una característica francesa. Y nada importa que de ese gusto por la abstracción puedan derivarse terribles consecuencias. Casi siempre los ingleses, y a menudo los norteamericanos, ven directamente, por sí mismos, el peligro que amenaza a su país y las posibles consecuencias. Entonces ponen el grito en el cielo, mandan al diablo todas las ideas y sólo hablan de remedios inmediatos y prácticos. "Bailar sobre un volcán", es una expresión francesa que traduce maravillosamente una actitud también francesa. Lo que importa en Francia son las ideas, no los hechos; y esto seguirá siendo así mientras la educación nacional sea una educación de espectadores

Volvamos ahora a nuestro niño de nueve o diez años, tan sensitivo que los poetas le envidiaban, y tan lleno de inquieta curiosidad que la filosofía no podía seguirle los pasos ¿En qué se ha vuelto al salir de la escuela? En Norteamérica, un muchachote bonachón, todo músculos, corazón y ambiciones; en Francia, un jovenzuelo enclenque, todo cere-

³⁹ Brillantes. - (N. del T.).

bro, sin la menor preparación para la vida, tomando sus ideas por realidades; y a menudo las palabras por ideas. Ha terminado el primer acto: estos dos seres han consumido ya una parte de sus posibilidades. El norteamericano seguirá mal preparado intelectualmente, lleno de lagunas, dudando entre la exagerada confianza en sí mismo y la timidez; el francés, si no está sostenido por su religión, su patriotismo u otro resorte moral cualquiera, será un hombre artificioso. Tanto el uno como el otro pensarán lo que se piense a su alrededor, sin tener nunca ideas propias, y la educación -que para nada sirve si no es un arte de pensar aplicado- cargará con la responsabilidad de lo ocurrido.

3 - EL PENSAMIENTO DEBILITADO POR LA VIDA

a) *La vida del pensador*

Existe la costumbre de alabar la vida diciendo que es la gran educadora. Nadie puede negar, en efecto, que la vida sea una sucesión de lecciones siempre elocuentísimas, unas veces por la recompensa y otras por el castigo que las acompaña. Nuestros triunfos y derrotas desarrollan en nosotros un instinto de seguridad al cual adornamos con el nombre de experiencia o cordura. Es también un hecho que la acción, cuando es de cierta categoría y se vale de nuestras fuerzas más elevadas, repercute sobre todo nuestro ser y, por tanto, sobre nuestra inteligencia. Hay épocas de esfuerzo que recordamos con verdadera nostalgia. Para algunos el "frente de batalla", esa expresión que encierra una vaga sublimidad, es el lugar donde sus almas se desbordaron de sí mismas. En este plano, no solamente la acción activa el pensamiento, sino que lo hace surgir con una continuidad cercana a la creación.

Pero estos casos son raros y no cabe duda alguna de que la vida cotidiana, el esfuerzo en apariencia formidable y repetido día tras día, que realizan mil millones de hombres, añade poco o nada de pensamiento al caudal común. El correr del tiempo es inútil aquí, como dijo PLATÓN:

"La experiencia quita más de lo que da, y los jóvenes están más cerca de las ideas que los viejos". Los jóvenes santos no son raros, pero los viejos constituyen una grata excepción.

No podemos apartar la soledad, la libertad y la holgura de nuestra concepción de una vida consagrada al pensamiento. SPINOZA, en su cuartito donde la voluntaria monotonía de su trabajo manual influía en su ánimo, del mismo modo que la rutina monástica obra en el de un sabio benedictino; DESCARTES, prefiriendo a París un suburbio apacible de La Haya; BOSSUET, en su refugio, en lo más retirado del jardín episcopal; PASTEUR y EDISON, en sus laboratorios inabordables; los monjes eruditos en sus conventos; los que se esconden en el aislamiento de una aldea provinciana y los artistas que se agrupan en colonias para trabajar más intensamente; todos nos dan idea de la existencia que nos parece más favorable a la meditación. Semejantes vidas reducen al mínimo el trato cotidiano y vulgar y lo convierten casi en un simple acompañamiento con sordina del trabajo del espíritu, como el zumbido de la rueda de Margarita acompaña sus ensueños. Tenemos necesidad de sentir palpar la vida cerca de nosotros, e incluso a veces será tónico sumergirse momentáneamente en la actividad ciudadana; pero nuestras relaciones sociales no deben preocuparnos más que las sumarias que sostenemos con el sereno de la calle.

b) *Vidas sin pensamiento*

Compare usted con el sosiego, la regularidad y la concentración de una vida como la de SPINOZA, la que lleva la mayoría de la gente. Ricos y pobres dicen de sí mismos que viven hostigados y abrumados, como esclavos que ni aun tienen el derecho de pensar.

Millones de hombres están agobiados bajo la carga del trabajo manual. Se debe esto, a veces, a las jornadas excesivas; otras, a que la especialización del trabajo quita a éste toda espiritualidad, y muy a menudo, sobre todo actualmente, a que las propagandas de los dema-

gogos sin conciencia hacen odiar el cotidiano esfuerzo. Hay también centenares de millares de obreros que tienen amor a su trabajo y sienten su dignidad, pero que no pueden entregarse a él confiadamente, ante la incertidumbre del porvenir. Cuando en el rostro de un hombre vemos aparecer los signos del cansancio, nueve de cada diez veces no es debido a un esfuerzo excesivo; lo que ha hundido las órbitas y marcado el rictus de los labios es el temor a quedarse sin trabajo. Ejemplo clásico de este fenómeno nos lo dan los escritores y artistas que sólo desean trabajar, pero a los que nadie pide que trabajen. Cuando se hacen célebres, sus biógrafos repiten satisfechos la consabida y cruel monserga de que el hambre es beneficiosa para los artistas; pero si bien es verdad que la opulencia suele dañar al artista, no es menos evidente que éste necesita ser confortado por el triunfo. Jamás se ha visto que las caídas y contrariedades extraigan de un hombre lo que lleva dentro, sino todo lo contrario. Demasiado a menudo los infortunados buscan su consuelo donde no está, y cuando finalmente se resignan a buscar el buen éxito apelando a los medios más fáciles y la populachería, dando gusto a los bajos instintos o agarrándose a la fortuna, pierden su dignidad, y la calidad de su pensamiento desciende en seguida.

También los ricos son hostigados, abrumados y esclavos. Los predicadores y moralistas suelen decir que los ricos son menos felices y tienen más preocupaciones que los pobres. Una vez oí a un buen capuchino predicar que las cruces de oro son más pesadas que las de madera. Estas metáforas resuenan perfectamente bajo las bóvedas de un templo, e incluso a veces animan a sus oyentes. Lo malo es que no quieren decir nada. No hay cruces de oro lo bastante grandes para poder ser crucificado en ellas; de haberlas, se venderían a buen precio y el producto podría destinarse a obras de caridad. La verdad desnuda es que los ricos sufren menos agobios que los pobres, lo cual no impide que sean hostigados por sus semejantes, abrumados por la sociedad mundana y esclavos de diversiones que aburren. Sus eternos lamentos propalan que no tienen tiempo para nada y viven tan cansados, que cuando se siente atacados por la fiebre o la gripe la acogen como el único medio de

descansar un poco. No obstante, temen la soledad y creen que el aburrimiento empieza en seguida que se acaban las diversiones. Los viajes les enseñan algo de la superficie del universo y el trato social da a los mejor dotados una provisión de anécdotas sobre la cual pueden fundar una filosofía; pero es sorprendente ver lo poco que conocen la naturaleza humana esos hombres tan conocedores del mundo. No tienen tiempo de pensar, ni gusto alguno por la conversación digna de este nombre, y cuando son aficionados a leer, descienden rápidamente a la literatura frívola. En el fondo, lo vivo en ellos son los instintos elementales: buscan la felicidad en el placer, los negocios o la influencia.

Por otra parte, dan más de lo que reciben, pues ignoran que en la vida sentimental el egoísmo toma la apariencia por la sustancia. En poco tiempo su modo de apreciar las cosas se falsea, pues su ansia de gozar sin un momento de reposo les impide descubrir la felicidad superior. En primer lugar, un mundano es un espíritu falso, pues no puede haber juicio recto cuando las imágenes que pueblan la mente son de calidad inferior, y los fantasmas, tiránicos. La pasión de frecuentar el gran mundo es la más despótica de todas. ¡La sociedad, siempre la sociedad! En ella se encuentra a veces a hombres distinguidos. Pero ¿qué hacen allí? Sirven únicamente para que los tontos puedan decir: "¡Es amigo mío!" ¿Hay alguien que les preste atención en una tertulia norteamericana? ¿Hay quien ayude a la dueña de la casa a crear en torno de esos hombres una atmósfera de simpatía? Casi nadie se da cuenta de que la presencia de un ser superior es una lotería. En dos ocasiones pude ver al varón extraordinario que era el cardenal Mercier, silencioso entre una turba de habladores. Los norteamericanos no sabrán jamás lo que pierden con su inveterada costumbre de sostener seis conversaciones a la vez, en torno a una mesa donde se reúnen una docena de personas. Y el día en que los franceses les imiten en esta mala costumbre, como en tantas otras cosas lo han hecho, el famoso *esprit* francés irá a parar al mismo sitio donde yacen el gusto y la cortesía franceses, en los mismos limbos donde éstos se han juntado ya con el poderío español y el genio pictórico de los italianos. En resumen: el

niño experimenta la influencia (expresión ajada, pero terrible) de los adultos, y piensa como ellos. Va al colegio, y con demasiada frecuencia la educación le impone las ideas ajenas, en vez de sacarle a luz las propias. Al salir del colegio se gana la vida, medra o se divierte; nadie se acuerda de pensar, a menos que se llame así a las operaciones prácticas cotidianas. De suerte que la vida hace precisamente lo contrario de lo que la experiencia le atribuye: desacostumbra a pensar, y esto comienza antes de que se hayan cumplido los diez años.

c) El gran despilfarro

Se supone que la lectura ayuda a pensar; puesto que quien lee pide prestadas las ideas de otro, forzosamente ha de tener más o menos el deseo de pensar. Cuando faltan los libros, se dice que comienza el ayuno intelectual. "La lectura, dice BACON, hace hombre cabal". Y sabida es la respuesta de DANGEAU a LUIS XIV: "Señor, la lectura es para mi espíritu lo que vuestras perdices para mis mejillas". Pero hay lectura y lectura. Esta palabra, como el vocablo "inteligente", o como *esprit*, se usa desde hace largo tiempo; de ahí que su cuño esté ya algo borrado. En un principio, la lectura no debió diferenciarse mucho de una operación mágica o hierática, pues constituía un verdadero rito. Nuestra manera de leer pasando los ojos por una página impresa habría sorprendido desagradablemente a los antiguos. En la antigüedad eran muy pocos los que sabían leer o poseían los ladrillos, los papiros y las fábulas necesarios para la lectura; los demás esperaban que, como lo hizo HERODOTO en los Juegos Olímpicos, los letrados comunicasen a sus semejantes menos favorecidos el tesoro que se hallaba en sus manos. La lectura en voz alta parece haber sido lo usual, y debió seguir siéndolo incluso cuando el lector se hallaba solo; de suerte que el rústico que al leer su periódico mueve los labios silenciosamente, conserva así una tradición antiquísima. El eunuco de Cándaces, que iba leyendo a Isaías por el camino de Gaza, sin duda alguna lo hacía en alta voz, pues de

otra suerte FELIPE no hubiera podido saber que el pasaje que le detuvo en su marcha era profético.⁴⁰ Un biógrafo de SAN AMBROSIO nos dice también que este sabio arzobispo sufrió en su vejez la mortificación de tener que renunciar a la lectura, por estar delicado de la garganta.

Cuando se cogía un libro, por tanto, no era ni por ostentación ni por pasatiempo, sino con un propósito deliberado y una seriedad que hoy se emplean únicamente para leer en público la Biblia u otro documento solemne. El alma entera intervenía en ello, con toda su fuerza, que ni las distracciones ni las aprensiones eran capaces de amenguar. Y no es extraño que en tales condiciones la lectura produjese todo su efecto. LEGOUVÉ,⁴¹ a quien COUSIN tenía sin duda por hombre superficial, derrotó un día a este filósofo, incansable lector de los clásicos franceses, a propósito de un pasaje de LA FONTAINE, pasaje acerca del cual estaban en desacuerdo. COUSIN se extrañó mucho, pero el otro le replicó: "Es que yo leo siempre en voz alta a LA FONTAINE y mi voz me advierte cuando la cita es falsa".

Como se ve, aquel modo de leer resultaba excelente.

No lo era menos lo que se leía. Raros y costosos los libros, a nadie se le ocurría acumularlos sin ton ni son. Ni siquiera la invención de la imprenta modificó mucho, al principio, la composición de las bibliotecas. Los libros de piedad, los poetas y filósofos constituían su médula, y para las lecturas amenas bastaban HOMERO y los historiadores. Las bibliotecas reales y las monásticas sólo contenían algunos millares de volúmenes, y las de los particulares eran, naturalmente, mucho menos considerables. En pleno siglo XVII SPINOZA sólo poseía unos sesenta libros, de los cuales conservamos el catálogo; un siglo más tarde, KANT tenía trescientos, pero la mitad de ellos eran libros de viajes, pues también el filósofo tenía su corazoncito.

⁴⁰ Se refiere al episodio que se cuenta en los *Hechos de los Apóstoles*, cap. VIII, vers. 27-39. - (*N. del T.*).

⁴¹ ERNESTO LEGOUVÉ fue un literato francés de segunda o tercera fila (1807-1903), y Víctor Cousin un filósofo que en su tiempo (1792-1867) alcanzó extraordinaria boga con su famoso "Colectivismo espiritualista". - (*N. del T.*).

Por necesidad, tanto como por gusto, las lecturas se limitaban a lo que hoy llamamos los clásicos, y entonces, simplemente buenos libros. La mayor parte estaban escritos en idiomas difíciles, que sin embargo eran aprendidos para conocerlos a fondo y no tan sólo como ocurre hoy, "para saludarlos", expresión cruelmente reveladora. Había que saber hablar en latín, y cuando PATEAU⁴² sostuvo su tesis a la edad de veinticuatro años, también lo hizo en griego. En el *Thesaurus* de HENRI ESTIENNE⁴³ todavía se hallan los dejos de las conversaciones que en esa lengua se sostuvieron en la trastienda del famoso impresor. Todo lo que abarcaba el humanismo, en aquel tiempo, era emprendido con tal fervor que los "complejos" se hacían imposibles. Con un solo libro se llegaban a conocer las Sagradas Escrituras. Después de leer la *Summa* de SANTO TOMÁS, se sabía teología, y tras asimilarse las *Pandectas* se era sabio en derecho. Millares de hombres hacían el esfuerzo necesario para familiarizarse con estas disciplinas, sin creerse más héroes que el aprendiz de electricista de hoy, que hora tras hora va adelantando en el conocimiento perfecto de su profesión: no se perdía minuto.

No es de extrañar, por tanto, que dichos hombres se creyesen maestros en todo o casi todo el saber de su tiempo, certidumbre que por sí sola es capaz de destruir todo complejo o aprensión. Y no debe extrañar tampoco que los hombres que hoy pasarían apenas por unos mozalbetes merecieran el respeto de sus contemporáneos. Hombres de cuarenta y ocho años o generales de cincuenta y cinco, en la actualidad nos parecerían jóvenes: idea enteramente moderna, hija del hecho de que sólo la necesidad es capaz de imponer cordura. Los hombres de la Revolución francesa eran apenas un poco más maduros que los de la *Commune*. Sin embargo, jamás fueron tratados, como éstos, de boquirrubios por sus adversarios de entonces. GUY PATIN, al contarnos en 1660 la divertida historia de la disputa entre médicos y cirujanos, nos

⁴² Erudito y arqueólogo francés (1568-1614). - (N. del T.).

⁴³ Gran humanista francés (1531-1598), el tercero de una gloriosa generación que impulsó y propagó la imprenta y las ediciones de los clásicos. - (N. del T.).

dice que los primeros fueron defendidos por LENCLET, profesor de retórica del Colegio de Plessis y rector de la Universidad. Añade que este notable orador era oriundo de Beauvais y contaba veintiséis años, sin dar al segundo de estos detalles más importancia que al primero. A los veintiséis años, pues, se era todo un hombre, y no un joven como creemos ahora neciamente y lo repetimos sin cesar, propagando de esta suerte un concepto funesto para la humanidad. Comenzando muy temprano, trabajando asiduamente y en las mejores condiciones posibles, en aquellos buenos tiempos un hombre se sentía apto para todo desde los veinticinco años.

Hoy la imprenta hace estragos y el mundo corre el peligro de perecer ahogado bajo una avalancha de libros. Cada año se publican tres mil tomos en Francia; en tiempo de LUIS XIV se publicaban setenta y dos. ¿Hay alguien capaz de imaginarse, sin sentir vértigo y náuseas, los millares de millones de palabras (ya que los periódicos cuentan por ellas) que cada domingo⁴⁴ por la mañana inundan los pueblos norteamericanos? "Escojan ustedes, nos dirán los periodistas culpables, indique qué le hace falta y se lo proporcionaremos". Consejo prudente, en verdad, ya que resume todo el Arte de Pensar; pero lo malo es que solamente es capaz de seguirlo el que ya piensa por sí mismo. Los demás, los millones de hombres restantes, quedarán atemorizados o deslumbrados ante el formidable montón de papel impreso, Y en semejante confusión, las aprensiones y los complejos germinarán como los microbios en un caldo propicio. El peor de todos esos fantasmas es el de la imposibilidad de tener una opinión sobre todos los libros y, sin embargo, la necesidad de parecer que se la tiene. Ese fantasma abre un vasto campo a lo que la lengua norteamericana llama *slogans*, esto es, las fórmulas, resumen a la vez de ideas, partidismos y convencionalismos, con las cuales se empuja a las muchedumbres. La gente hace ver que ha leído ciertos libros, cuando en realidad los ha mirado apenas, y dice de ellos lo que oye decir. Y nada es tan fatal como esto al pensamiento y a la capacidad de

⁴⁴ Los periódicos dominicales tienen de 120 a 150 páginas. - (N. del T.).

pensar, pues constituye el método infalible para separar a un hombre de su propia alma.

Cuando la gente lee ¿que es lo que lee? Sin duda no será a SANTO TOMÁS DE AQUINO ni las *Pandectas*. En los países anglosajones algunos hacen como que leen la Biblia, pero nadie les cree. Tres o cuatro, entre cada millar, leen a los poetas, y a éstos se les mira con la misma sorpresa teñida de recelo con que suele mirarse a los poetas mismos. Lo que se fabrica al por mayor y es aclamado por una publicidad ensordecedora y ampliado hasta la deformación por la crítica, son las novelas. Las novelas llenan las librerías y ahogan nuestras bibliotecas. En el campo, donde se tiene un poco de tiempo para la lectura, se leen novelas; y lo que se recorre con la vista, saltando capítulos enteros, cuando se regresa a la ciudad, donde no tenemos tiempo para nada, son también novelas. Y tales novelas no consisten en las grandes novelas imaginativas, que desde el siglo XVI hasta hoy han venido ampliando nuestro conocimiento del hombre, o aquellas de sus sucesores actuales que más se acercan a la verdadera literatura, sino la quincallería literaria que no podrá vivir ni quince días. "¿Qué está usted leyendo?, preguntamos un día a una amiga inglesa, mujer de admirable carácter, demostrado a lo largo de toda su vida. -Una novela- ¿De quién? -De Fulano." (*Una sonrisita de niño cogido en una picardía, de la que no piensa enmendarse*).

Se leen novelas "para matar el tiempo", que es la expresión más sacrílega de todas las lenguas. Y la palabra "leer" no solamente ha perdido su antigua majestad, sino que además ha cambiado de sentido. Hoy figura entre fumar y jugar, en la lista de los pasatiempos que el hombre moderno no se atreve a calificar entre las diversiones espirituales. La idea de un plan meditado en el hombre que abre un libro, parece excluída de la palabra leer. La verdadera finalidad que se esconde bajo la acción gregaria de emprender una lectura, es la de NO PENSAR. Esto se ve claramente cuando el que mata el tiempo se sirve para ello de un periódico. No me refiero a las revistas, ni siquiera a los "magazines". El que en trance de procurarse algo que leer ha descubierto un día en el

campo un polvoriento legajo de números de la *Revue des Deux Mondes*, la *Atlantic Monthly* o siquiera *Les Lectures pour Tous* o la *Saturday Evening Post*, sabe que en esos ligeros folletos puede hallarse algo sustancioso. En la tercera parte de este libro tendré ocasión de referirme aún a la capacidad que ciertos periódicos de la mañana tienen para transformarse en instrumentos mentales de primer orden. Pero es preciso una necesidad especial, un talento especial o una formación especial también, para elevar un periódico a ese nivel. Lo más frecuente no es leer el diario, sino tan sólo hojearlo. Muchas veces, al atardecer, el periódico aparece todavía plegado sobre una mesa, intacto, esperando que los criados lo quiten de allí. Y la manera como sus desperdigadas hojas cuelgan de los brazos de un sillón, revela a menudo el caso que se le ha hecho.

Sin embargo, ocurre a veces que se le lee, y entonces, si observamos al lector, especialmente en los ferrocarriles, veremos de cuánto el periódico es capaz para debilitar el pensamiento. Recuerdo que un día estuve espionando, por decirlo así, entre Filadelfia y Nueva York a un caballero que viajaba sentado en la butaca frontera a la mía. Los dos teníamos sobre las rodillas sendos ejemplares del *Philadelphia Ledger*. Hice en el mío algunas señales con lápiz rojo, y luego fijé mi atención en el caballero. Estaba éste leyendo la reseña de una hazaña natatoria realizada por una dama en el río Hudson. Era una historia bastante larga, por lo cual se interrumpía al finalizar una columna, y allí se indicaba que la continuación seguía en la página once, columna tercera. Pero mi compañero no se sintió con la fuerza necesaria para volver las grandes páginas. Leía, más sin fatigarse. En lugar de seguir, pues, la estela de la ninfa pringada de sebo⁴⁵ por el río Hudson, el caballero pasó bonitamente a la parte superior de la columna siguiente, donde se leía el interrogatorio a una vendedora de puercos, en el Tribunal de Nueva Jersey. Era un verdadero tiroteo de esas preguntas sin contenido alguno, en las

⁴⁵ Alusión a la costumbre que tienen los nadadores deportistas, de untarse de grasa el cuerpo para preservarlo de la humedad en las grandes travesías. - (*N. del T.*).

que son maestros los abogados de Norteamérica. "Todo eso no son más que cuentos chinos", había replicado la vendedora de puercos, con harta razón. Mientras tanto, el caballero seguía leyendo, bostezando y moviéndose de un lado para otro, pero sin saltarse una sola línea. Las treinta y dos páginas del *Ledger* fueron así ingeridas por un hombre que oscilaba entre el cansancio y el sueño. De cuando en cuando tenía una especie de cortos y enérgicos sobresaltos, irguiendo el busto y lanzando por la ventanilla una mirada de águila. En la página once la nadadora reapareció, infatigable, luego la vendedora de puercos, en tupidas columnas, después un mensaje presidencial, más adelante los artículos de fondo, y finalmente las noticias bursátiles, la última hora deportiva y el movimiento del puerto. Todo esto fue leído con atención idéntica, con una falta de interés absoluta, hasta que nos acercamos al túnel del Hudson. En aquel momento el caballero, agotado y con la lengua pastosa, arrojó al suelo, barajadas y manoseadas, las grandes hojas del periódico, se puso de pie sobre ellas y buscó tabaco por todos sus bolsillos: había acabado la lectura.

Imagínense los efectos que a la larga produce una operación llamada intelectual que consiste en presentar a la mente cien objetos distintos y ninguno de ellos interesante. ¿Qué ocurre cuando tomamos un libro o abrimos una enciclopedia, con la urgente necesidad de hallar un dato determinado, es decir, cuando nos encontramos en las condiciones ideales para realizar una perfecta lectura? ¿Estamos seguros, siquiera en este caso, de no distraernos? De ningún modo: la subconsciencia continúa enviándonos sus imágenes, y ya podemos darnos por satisfechos si para nuestra lectura podemos disponer al menos de las dos terceras partes de nuestra atención. De ahí resulta que el método practicado por el caballero del *Ledger* y por las innumerables personas que sólo leen para pasar el rato, es un método para no pensar. Al cabo de cierto tiempo de seguirlo se reblandece el cerebro, y esto es lo que precisamente les ocurre a la mayoría de los hombres, incluso los cultivados. Salen del colegio a los diecisiete o dieciocho años, y de las escuelas superiores o facultades a los veintidós o veintitrés. Hasta entonces la obligación de

rendir los exámenes les fuerza a leer sobre todo libros sustanciosos, y a leerlos en serio. Este es el buen camino. Pero llega la libertad, y la primera cosa que el mundo pretende inculcarles es que las obras maestras son fastidiosas, los manuales y libros de texto, soporíferos, y que la libertad sólo consiste en poder leer la literatura de pasatiempo. Desde aquel momento, el acto de leer constituye para el joven ex estudiante una fuerza destructora más, añadida a las que ya de ordinario minan la inteligencia. En especial los periódicos, con su frivolidad, introducirán el desorden en su mente y le conducirán, por medio de sus contradicciones, a un triste escepticismo.

Representémonos, un instante, el rostro cansado y pensativo del hombre de múltiples negocios, para quien la cultura intelectual es un paraíso perdido, y que se tiene por dichoso si puede robar media hora cada día a sus ocupaciones, para emplearla en releer a un filósofo, a un poeta, o la *Imitación de Cristo*. ¡Qué noble y conmovedor es ese rostro! ¡Cuántas veces nos han maravillado lo que pueden valer esos treinta minutos redimidos para el pensamiento! Pero ¡cuán raros son esos hombres, en comparación con los que se arrojan de cabeza y alegremente a su aniquilamiento! Y abrumba pensar que a él puedan contribuir los impresores y los libros.

Otro derroche -tan conocido y desgraciadamente tan inevitable, que bastará dedicarle cuatro palabras- es la conversación. "La conversación nos hace agudos", decía BACON. ¿Agudos para qué? Los antiguos, lo mismo que muchos orientales de hoy, parece que sólo hablaban cuando tenían algo que decir. Y su medida para determinar lo que valía o no la pena de ser dicho, no debía de ser muy distinta de la que guiaba a sus escritores. Esto explica por qué nosotros citamos tantas frases famosas de la antigüedad. Cuando a un escritor, aunque no sea de los mejores -GALSWORTHY por ejemplo-, se le ocurre reducir los diálogos a las dos o tres frases por las cuales dos personas bajo la influencia pasional terminan una conversación, produce un efecto tan desacostumbrado que nos parece estar en presencia de un poder literario excepcional.

Y ahora pensemos en la charla insustancial de todos los días, en las habladurías de las peñas, en los maliciosos chismes salpimentados con un poco de gracia, de los salones franceses, o en el placer que eternamente encuentran los anglosajones en oír o contar anécdotas resobadas, y dígame si no es burlarse de la realidad el considerar la palabra como el vehículo del pensamiento, cuando lo cierto es que se ha convertido en la simple satisfacción de una necesidad física. Si BACON pudiese escribir de nuevo, a la luz actual, las dos frases que citamos, diría que la lectura despoja al hombre de su personalidad, y que al hablar con sus semejantes demuestra que, en efecto, la ha perdido.

La conclusión general de esta segunda parte tiene que ser, por fuerza, melancólica. Venimos al mundo libres de aprensiones y complejos, con una natural inclinación a preferir las imágenes que engendran el pensamiento. Dura ello algunos años. La vida, reforzada por influencias como la educación y la literatura, que deberían ser preciosas, destruye esta tendencia, con la misma seguridad con que una helada de abril mata las flores del cerezo. La imitación y el innoble conformismo se instalan donde brotaba la originalidad. A semejanza de Herculano, la humanidad está cubierta por una dura costra, bajo la cual se halla escondidos y olvidados los despojos de la vida. Los poetas y filósofos encuentran siempre el camino de esas misteriosas moradas donde la infancia vivía libre y feliz, sin saberlo. Pero la multitud sólo conoce la espesa lava de la rutina y la costumbre. Algunos hombres le dicen lo que hay que pensar, y entonces ella lo piensa.

TERCERA PARTE

CÓMO AYUDAR AL PENSAMIENTO

1. - VIVIR

a) Soledad exterior

Muchos son los que la temen, de ahí que la llamen deprimente, egoísta e inmoral: raros los que la buscan; y, sin embargo, casi todo el mundo piensa en ella con agrado. Su mismo nombre suena deliciosamente, y ni siquiera el consabido juego de palabras: *o beata solitudo, o sola beatitudo!* ha logrado alterar ese sonido. La idea de la soledad es encantadora. Nos dan envidia MADAME DE SÉVIGNÉ, abandonando corte y amistades para retirarse a su castillo bretón, BOSSUET y MEREDITH en su cabaña aislada en lo más hondo del jardín, ROUSSEAU en su selva, SILVIO PELLICO en su cárcel y ALAIN GERBAULT en su balandro perdido en la inmensidad del océano. DICKENS entre sus amigos, según aparece en los tomos del biógrafo FORSTER, nos atrae; pero ¿por qué nos interesa más todavía cuando oímos hablar de sus paseos nocturnos por las calles desiertas? Sólo vemos un hombre buscando Dios sabe qué en la noche, y sin embargo el cuadro nos fascina.

Y es que hasta los mundanos más empedernidos se cansan de la vaciedad de su existencia y acaban por sentir tedio. Aunque procuren mantenerse firmes, con un tesón digno de mejor causa, llega un momento en que se reconocen vencidos y quieren hallar alivio confesando tristemente que "ni siquiera su alma les pertenece". Suspiran por la soledad, aunque sólo sea por unos días en París o en Nueva York durante la canícula, en Newport o en Trouville durante la primavera. No siempre pueden permitirse el soñado descanso, e intentan entonces escapar de la presión intolerable del mundo, en el semiaislamiento de un concierto, oyendo rezar las vísperas en alguna iglesia humilde o devorando kilómetros en automóvil.

Hay en todo hombre un sentimiento de hostilidad contra las cosas, tanto las que ocurren como las que existen. Odiamos el amontonamiento y el desorden del cuarto de los trastos viejos, huimos de las aglomeraciones inútiles, procuramos reducir las cosas al mínimo, tal como hace el cartujo en sus tres estancias, sin casi otro mueble que una cruz negra sobre el muro blanco. La idea del vacío nos horroriza, pero si en torno y encima de nosotros hay espacio para aislarse, respiramos libres y satisfechos. "Nos hallamos", como suele decirse, esto es, hallamos nuestro propio yo, nuestro amigo del alma, pero arrastrado por todas partes como un perro, olvidado, ignorado, yendo adonde no quiere; hasta que por fin se rebela nuestra naturaleza, y durante algunas horas vivimos de veras, en lugar de hallarnos únicamente en vida.

El Arte de Pensar es el arte de ser uno mismo, y este arte sólo puede aprenderse cuando se está consigo mismo. La sociedad no produce otra cosa que pensamientos sociales, vale decir, fórmulas, esto es, palabras; pero palabras que tienen la fuerza de órdenes. La soledad determina la euforia de la conciencia hasta su fondo íntimo, sea cual fuere. Y nunca deja de producir este efecto. Tome usted por la mañana un café fuerte, para desvelarse bien; échese no sobre la cama sino sobre un diván, por espacio de dos o tres horas, y pruebe a simplificar en todo lo posible sus problemas, acordándose de que es cristiano y no lo que MADAME DE SÉVIGNÉ se lamentaba de ser cuando se llamaba a si misma *une jolie*

payenne.⁴⁶ No tardará en comprender por qué DESCARTES realizaba sus descubrimientos por la mañana y en cama.

¿Cómo gozar de la soledad, cuando se está cercado por un centenar de importunos? Si no se experimenta la necesidad de aislarse es imposible hallar una respuesta a semejante pregunta. Pero si se siente la necesidad de estar solo vendrá la soledad, porque nada hay tan magnético como esta convicción íntima. El día en que al hacer una larga antesala se dé cuenta con satisfacción de que está a gusto en vez de impacientarse, será señal de que habrá comenzado a amar de veras la soledad, y ya no tendrá que desearla más, porque ella se hallará donde esté usted. En la vertiginosa Nueva York conozco a una dama, madre de familia, que todas las mañanas se ingenia para pasar cinco horas escribiendo en una buhardilla. Sé de otra que alquiló una misteriosa habitación en los bajos de la casa, donde no han podido hallarla ni siquiera sus sirvientes. Pero conozco a otra, que en apariencia es el tipo perfecto de la dama de sociedad inteligente, acogedora y amable; acostumbra quedarse en casa y su puerta no se cierra a nadie; sin embargo, lee incesantemente libros antiguos y modernos, como si de continuo le sobrase tiempo. Por lo menos yo nunca la he oído quejarse de que le faltara. ¿Cómo es esto posible, en una de esas casas norteamericanas donde el timbre del teléfono no cesa nunca? A sus amistades les intimida su pasión por estar a solas con sus libros, y de ahí que no se atrevan a llamarla por teléfono.

b) Soledad interior

Se la llama concentración. Así como la soledad exterior es la máxima reducción posible de los seres humanos y hasta de los objetos que nos rodean, la concentración consiste en la eliminación de nuestra mente de todas las imágenes ajenas a una determinada cadena de pensamientos. Cuando esta cadena es espontánea, la concentración se llama absorción. En el lenguaje corriente implicamos en la palabra genérica

⁴⁶ "Una bella pagana", vale decir, "impía". - (N. del T.).

"pensar" todos los estados intelectuales de esta categoría. Mientras nuestro cerebro se halle lleno de torbellinos de imágenes involuntarias, no podemos decir que pensamos. Y al contrario, apenas las imágenes adquieren una trabazón entre ellas y dejan de escapar a nuestra atención, nos damos cuenta de que pensamos; al mismo tiempo disminuye nuestra conciencia de las cosas extrañas a nuestro pensamiento.

¿Quién no ha visto a un hombre caminando entre una multitud, sin hacer caso de otra cosa que de sus propios pensamientos? Había que vigilar a GEORGE TYRRELL⁴⁷ si se quería que permaneciese en el lugar visible donde estaba sentado: un minuto de distracción, y ya se hallaba a cien leguas. Los poetas, los artistas y toda suerte de personas cavilosas pueden aislarse de este modo en compañía de otras personas. ALFONSO DAUDET jamás cerraba a nadie la puerta de su casa. Sólo que, fuese quien fuese el visitante, no tenía más remedio que apechugar con el relato que el novelista le hacía del último capítulo que estaba escribiendo. En apariencia, el espíritu de DAUDET aumentaba su actividad hablando de sus propios pensamientos, y su inventiva parecía estimulada, más bien que cohibida, por la presencia de un interlocutor. Los que están dominados por una pasión exclusiva, como los apóstoles de todo género, viven en la idea que les obsesiona, y para pensar no necesitan en manera alguna de la soledad exterior. El contraste evidente que se advierte entre la vida errante de SAN PABLO y la condensación de sus escritos es cosa que sorprende. Sabemos que solía dictar sus cartas en frases muchas veces rimadas. La presencia del secretario o intérprete no le molestaba en lo más mínimo. Y ello era debido a que estaba acostumbrado a vivir en compañía, y probablemente ésta le era mucho más grata que la soledad. Durante la guerra de 1914 a 1918, cierto día un tipo extraño vino a sentarse junto a mí, en un banco de la terraza de

⁴⁷ Famoso escritor irlandés (1865-1909) que se convirtió al catolicismo, se hizo jesuita, salió más tarde de la orden y acabó excomulgado. - (N. del T.).

Saint-Germain.⁴⁸ Era un obrero ruso, que seguramente no conocía más allá de un millar de palabras francesas, y no obstante, se me presentó como un prodigio de elocuencia. Durante una hora estuvo haciéndome la apología del pacifismo, y aunque el lugar y el momento eran harto intempestivos, no pude menos de admirarle. Al parecer, mi presencia no fue otra cosa que un pretexto o estimulante para este adorador de una idea fija.

Muchos deben a su profesión la costumbre de concentrarse. Napoleón pasaba sin esfuerzo de un tema a otro completamente distinto; de la estrategia, por ejemplo, a los estatutos de la Comedia Francesa. Diríase que era un hombre múltiple, pues en su espíritu había lo que él mismo llamaba a veces cajones y otras veces atlas; de ellos sacaba todos los datos que le hacían falta. Los abogados, los directores espirituales y los médicos nos asombran por la atención exclusiva que pueden prestar a veinte visitas, una tras otra. Es porque se limitan a su especialidad, y su virtud, más que la concentración, puede decirse que es el recogimiento. No obstante, es cierto que hallan la manera de aislarse en una soledad interior no turbada por los veinte visitantes. Sin duda están más cerca de pensar que los menos atentos a sí mismos, del mismo modo que un bibliotecario está más cerca de los libros que el que los vende en la calle.

La queja que más a menudo se oye es ésta: "No puedo concentrar mi atención en nada"; o esta otra: "No tengo memoria". Si pregunta usted, se dará cuenta de que las dos cosas que al parecer hacen imposible la concentración son: una inteligencia obtusa, que resiste a todo esfuerzo, o por el contrario, una frivolidad que sólo permite a la atención tocar con la punta del dedo el objeto de que se trate. Los que padecen esa frivolidad apenas intentan fijar su atención, cuando de sí mismos, socarronamente, se levanta una bandada de imágenes absurdas, y si intentan reaccionar, la confusión se convierte en nerviosidad, en

⁴⁸ Se refiere a la magnífica obra arquitectónica de Le Nôtre erigida en el valle del Sena, de Saint-Germain-en-Laye, no lejos de París. - (*N. del T.*).

cuyo caso la víctima se dice que vale más ser frívolo que desgraciado. Por eso son tantos los que temen el suplicio de pensar más que cualquier otra cosa. He visto a muchos colegas ponerse nerviosos e inquietos tan pronto como en la clase se comenzaba a leer un libro interesante, y en cambio parecían estar en la gloria con las monótonas tareas habituales. La razón de ello reside en que el libro interesante les repugnaba porque les impedía pensar en otra cosa, mientras que la rutina escolar no les importaba en lo más mínimo, desde el momento que dejaba libre su imaginación.

¿Podemos aprender a concentrarnos? Por sí sola esta pregunta presagia ya un complejo que ha debido malograr muchos esfuerzos. De cada diez personas capaces de plegar sus alas y ceñir su atención, nueve deben tal costumbre a ejercicios pacientes. Tal como indicamos en la primera parte de esta obra, nuestro espíritu tiende naturalmente a superponer las imágenes, y para eliminar el mayor número posible de ellas se necesita un esfuerzo que únicamente la necesidad o el deseo aparente son capaces de proporcionar. La atención es más bien un hábito que una facultad y esto debe animar a todos los que se esfuerzan por ver en el interior de su alma.

Huelga decir que la nerviosidad es un obstáculo formidable para la concentración. Los que se sienten cohibidos en sociedad y creen que los demás son siempre más guapos o más inteligentes que ellos, y los que no pueden soportar los fingimientos, harán mal en culparse de la dificultad que encuentran para conseguir su propia concentración y seguir siendo ellos mismos en medio del mundo. Es indudable que GOLDSMITH escribía como un ángel;⁴⁹ nada más lógico, a pesar de su gracia indolente, que *El Vicario de Wakefield*. En cambio, cuando hablaba como una cotorra, era víctima de su nerviosismo, y soltaba cualquier gansada antes que soportar en silencio su tensión nerviosa. Pero no habló como una cotorra el día en que, al escuchar el elogio que hacían de otro es-

⁴⁹ *Goldsmith, who wrote like an angel, but talked like poor Poll.* - En inglés se llama Poll a la cotorra. - (N. del T.).

critor, interrumpió diciendo francamente que esa alabanza le resultaba insoportable. Lo que GOLDSMITH debió haber hecho era rehuir la compañía de los otros literatos, cuya irritabilidad suele acompañarles como su propia sombra. Si es usted de los que echan chispas al más leve roce, busque la compañía de personas buenas y sencillas y evite las deslumbradoras. Si se le acerca alguien cuya conversación sabe de antemano, y por experiencia, que ha de sacarlo de quicio, sonríale y sopórtelo con cristiana resignación, pero no abra el pico hasta que el importuno magnetismo de su interlocutor se haya polarizado. Llegará un instante en que se dará cuenta de que ya es capaz de disputar con él mano a mano.

Todo interés produce naturalmente la concentración. Los egoístas se concentran en su goce del momento, y los idealistas en su ideal. Basta permanecer cinco minutos con un desconocido para adivinar la naturaleza y el nivel de lo que le interesa: ganancias, vanidad o placer, o, por el contrario, una forma cualquiera del anhelo de mejorar el mundo. El desinterés tiene su recompensa en sí mismo, porque satisface el alma de muy distinto modo que un esfuerzo concreto. La nobleza de una idea o de una resolución, la indiferencia por las ventajas personales, la verdadera caridad cristiana, la contemplación incesante del místico: todo ello nos parece que otorga a su poseedor la superioridad intelectual y, al mismo tiempo, los goces del paraíso.

Si descendemos al nivel puramente intelectual, vemos que aquí también un verdadero interés es necesario para la concentración, y además la crea instantáneamente. El mismo estudiante que divaga cuando se le obliga a escribir una composición literaria, se aplica con toda el alma durante un día entero a un detalle de telegrafía sin hilos o a un problema de matemáticas. Las mismas personas que sólo se creen capaces de leer novelas, leerán también con sumo agrado toda clase de memorias, más interesantes, por otra parte, que la mayoría de aquéllas. Les parecería ridículo confesar que concentran su atención en novelas, y en cambio no vacilan en decir que lo hacen en crónicas cortesanas. Y ¿por qué, en efecto, no serían capaces de concentrarse tanto por lo menos como los historiadores? "Salid cien pasos a derecha o a izquierda del camino

trillado -dice DOUDÁN- y hallaréis infaliblemente una límpida fuente en sitio umbrío." Conocí a un sacerdote que no tenía, por raro que pareciera, más afición que el teatro, y sin embargo no iba nunca, porque vivía en el fondo de una provincia, en una soñolienta obispalía. Comenzando por las obras publicadas en el suplemento de "L'Illustration", este sacerdote algo mundano fue reuniendo poco a poco una extensa colección dramática. En pocos años llegó a ser una autoridad en teatro moderno, y cuando la muerte interrumpió esta ocupación, que se había convertido en una especialidad sin haber dejado nunca de ser un pasatiempo, la venta de los tomos adquiridos para satisfacerla constituyó una especie de acontecimiento literario. Coleccionar es especializarse, y especializarse es sinónimo de concentración. En resumen: estamos seguros de poder concentrarnos, en cuanto nuestro interés o nuestro gusto lo exijan. El Arte de Pensar consiste, en gran parte, en descubrir lo que satisface nuestra inteligencia con el mínimo esfuerzo y la menor agitación posible.

Sin embargo, no siempre podemos seguir nuestra inclinación en materia de pensamientos, tal como lo hacemos con nuestros actos. Hay problemas enojosos que es necesario, no obstante, resolver: tenemos deberes intelectuales tan difíciles de cumplir como los morales. Podemos, como SHELLEY, amar la poesía y desamar la historia, pero tenemos conciencia de que haríamos muy mal imitando a SHELLEY en su desamor, pues sólo el genio puede pasar por alto las normas generales de la cultura.

Mas, ¿cómo es posible concentrarse en cosas que, por no interesarnos, producirán inevitablemente nuestra distracción? Dedicaremos un capítulo a los ejercicios mentales destinados a crear en nosotros la capacidad de concentración. Pero hay mil métodos para ello, incluso los acertijos, los problemas y las palabras cruzadas de los periódicos. MADAME DE MAINTENON,⁵⁰ con su manera sencilla y concreta de tratar

⁵⁰ La hermosa e inteligente favorita de Luis XIV de Francia, que acabó siendo su legítima esposa. - (*N. del T.*).

las cosas, describe la reflexión diciendo que "es pensar con atención varias veces en la misma cosa". Esta definición marca un camino excelente cuando el objeto de nuestra concentración es uno, no múltiple, y cuando se encuentra en el campo de nuestro microscopio mental. Pero las cosas suelen ser más complicadas que simples. Con frecuencia también vamos en busca de pensamientos que no tenemos, en vez de repasar los que ya se hallan en nuestro poder, y en este caso el problema de la concentración es muy distinto de la atención que un alumno puede prestar a su tarea.

Ante todo, es indudable que la concentración se hace imposible para un espíritu fatigado o pasivo. Un exceso o una falta de sueño dejan igualmente vacío el cerebro, y lo mismo ocurre con la falta o exceso de comida y también *con el ejercicio* defectuoso o excesivo. Si siente usted embotado el espíritu, no crea que un ejercicio violento, con pesas demasiado grandes, lo desvelará. La tensión de los músculos pondrá sus ideas en movimiento, pero el latir de las arterias sólo deja pasar al cerebro un chisporroteo de imágenes. La lectura no le dará mejor resultado. Una inmovilidad absoluta, un cigarrillo fumado sin prisa, diez minutos de asomarse a la ventana abierta o paseando bajo los árboles, y algunas veces una taza de té, lo aproximarán mucho más a las fuentes vivas del pensamiento.

Cuando tenga calmado el corazón gracias a la inmovilidad del espíritu, y cuando las mariposas de la distracción hayan sido ahuyentadas del todo, será apto para concentrarse, pero tal vez se encuentre antes con un vacío interior. El esfuerzo para eliminar lo superfluo se habrá llevado todo lo esencial; y entonces se pregunta uno: "¿En que quería pensar? ¿Qué es lo que me interesa? Pero, ¿es que me interesa algo?".

Cuando se tiene buena memoria, es raro que se produzca esta esterilidad. A la primera señal los cajones o el atlas se abren y los temas de pensamiento se presentan en tropel. Pero el mal de esta abundancia reside en que sus datos, tomados de cosecha ajena y abandonados luego, se hallan esterilizados desde hace tiempo. Por el contrario, los que logran concentrarse en materia viva, sobre impresiones, intenciones o

sentimientos, y un día, se sienten satisfechos de sí mismos y asqueados al día siguiente, cohabitan, por decirlo así, con la naturaleza, y su vida mental es un drama. Su falta de memoria les obliga a buscar la continuidad. Procuran alcanzarse a sí mismos, ponerse al corriente de su existencia consciente o subconsciente, desde su infancia hasta la hora actual. Su memoria no se parece a un mármol cubierto de signos indelebles, sino más bien a algunas cimas que descuellan dispersas y con las cuales se relacionan por sí mismos los datos secundarios. Los historiadores del tipo de MICHELET o CARLYLE es evidente que tienen la memoria organizada de esta suerte. Y en cambio, en las mismas líneas esenciales de *La Cité Antique*, de FUSTEL DE COULANGES, o de *La Decadencia de Roma*, de GIBBON, libros más intelectuales, se adivina ya un interés productivo de cristalización. Por el contrario, MOMMSEN - a quien yo debo demasiado para no respetarle- tenía una memoria infalible, pero inorgánica. Si deseamos ayudar nuestra memoria y al mismo tiempo impedir que su desarrollo nos perjudique, es necesario volver a tomar un tema en el punto mismo donde nos interesaba de una manera activa y vital. He aquí el diario de la mañana. No lo despleguemos sin recordar que lo que nos interesa de la política actual, es decir, de la historia de nuestro tiempo, no debe ser un puro pasatiempo.

Queremos que el mundo sea más sensato y menos cruel, y si hay un hombre o un país que nos esperance en el progreso anunciado por los Isaías de todos los idiomas, debemos procurar seguir la influencia de ese hombre o de ese pueblo. Nuestra continuidad en este orden ayudará a nuestra memoria, porque será el canal de nuestra concentración.

A primera vista parece que a ella debe llegarse por vía eliminatória, descartando las imágenes que no estén en armonía con nuestra meditación. Sin embargo, se obtiene con más seguridad invocando una perspectiva poblada de imágenes que se refieran a lo que nos ocupa. Supongamos que yo quiera concentrarme, con ánimo de comprenderlo (com-prenderlo habría impreso PÉGUY), en el aislamiento norteamericano, ¿qué debo hacer? Ante todo, obraré cuerdamente si me quito de encima toda irritación causada por la estrechez de criterio que revelan

las apologías de ese aislamiento. Llenaré en seguida mi imaginación con ideas-imágenes pertinentes. Me imaginaré en rápida sucesión la inmensidad de Norteamérica, sus mares interiores y sus inmensos desiertos; su carencia de vecinos molestos; su capacidad para bastarse a sí misma; su tendencia al conformismo, su curioso apartamiento de todo lo que le es ajeno. Me acordaré del chofer rumano que un día me hablaba de sus Balcanes nativos, abandonados veinte años antes, como si hubiese salido del purgatorio para entrar en el paraíso. Ese hombre me hizo comprender lo que fueron los "Peregrinos"⁵¹ de 1629, que también a su vez habían sacudido el polvo de sus sandalias en el viejo mundo y ni por pienso se tenían por colonos. Y los Peregrinos, a su vez, me hacen comprender el tono de irritación y de anticipada rebeldía que se percibe ya en la palabra "norteamericano", tal como la empleaban antes de la revolución francesa los periódicos de Nueva Inglaterra, hojeados por mí algunas veces. Y esto basta. Si recuerdo que para los norteamericanos el oeste de Europa es un monstruo de cien bocas hambrientas, mi concentración será completa, y no obstante, únicamente habré visto imágenes fáciles de evocar. Durante cierto tiempo sólo podré pensar en el aislamiento norteamericano, y comprenderé también que, a no ser por otra serie de imágenes opuestas y contiguas, estaré a punto de sentirme dispuesto a defenderlo. Multiplique usted las visiones de este género: la distracción no sabrá por dónde agarrarlo.

He aquí la manera natural y vital de pensar. Todos nuestros pensamientos son el producto de grupos de imágenes de esta clase, y cuando queremos animar una idea que ya comienza a endurecerse tras las palabras, instintivamente recordamos las circunstancias inconfundibles de donde nació. Eso es también lo que hacen los oradores que no quieren aprender de memoria sus discursos; las imágenes, y sólo las imágenes, les vuelven al estado de ánimo de donde brota la verdadera elocuencia, que equivale siempre a vocación exacta. El desarrollo de esta suerte de

⁵¹ Se refiere a los emigrantes ingleses que fueron los colonizadores de los Estados Unidos. - (*N. del T.*).

película cinematográfica interior no está a merced de las distracciones, como el razonamiento abstracto. Incluso un banquete animado o el paisaje siempre cambiante que se divisa yendo en ferrocarril, únicamente logran interrumpirlo un momento.

Otro método infalible para concentrar o, mejor dicho, templar la atención, consiste en coger papel y pluma y prepararse a escribir lo que va a dictarnos nuestro espíritu. En este simple gesto hay algo imperativo que ni el ánimo más distraído es capaz de resistir. En cierta ocasión pregunté a una norteamericana, autora de cuentos muy bien remunerados, qué método empleaba para trabajar. Y me contestó: "Me siento ante una mesa desembarazada por completo, con sólo papel y lápices delante de mí, y en seguida comienza a ocurrírseme un argumento". Lo mismo hacía ANTÓN CHEJOV, que escribía para las revistas cuentos menos efímeros que los de mi amiga. Pero, sobre todo cuando tenemos interés en ver claro un asunto cualquiera o un negocio, y tomar en consecuencia la resolución mejor, el método de la pluma y el papel se impone.

Aparte de los objetos que para nosotros tienen un interés inmediato y vital, y respecto de los cuales nos sentimos concentrados sin tener necesidad de recurrir a la concentración, pasamos la vida sumergidos en una bruma ideológica. La mayor parte de los hombres viven y mueren sin saber a punto fijo lo que piensan sobre la vida y la muerte, sobre la religión y la moral, sobre la política, la literatura y el arte. Es verdad que, incluso en asuntos puramente prácticos, a menudo nos encontramos en el mismo caso. Solemos creer que los demás saben con precisión en qué sentido encaminar el porvenir de sus hijos, abrirles paso en el mundo, o emplear su propio dinero. Esta creencia implica otra, a saber, la de que nosotros mismos sólo estamos separados de una visión tan clara de las cosas, en materia tan esencial, por una leve cortina de incertidumbre. Pero tales creencias fallan por su base. Los que suponemos que están en posesión de ideas claras, viven tan a tientas como nosotros mismos, y al igual que nosotros se forjan la ilusión de que piensan alguna cosa importante, cuando a lo más sólo se proponen

pensarla. Cuando esta sombra de comienzo ha dormido durante algún tiempo en nuestra subconciencia, nos parece que el pro es tan considerable como el contra, desde el momento que ninguna solución se impone por sí misma, y entonces obramos bajo la presión de las circunstancias, siguiendo el consejo trivial de un amigo o de las ideas "que están en el ambiente". Nos asombraríamos si pudiésemos saber cuán pocas veces el testamento de los hombres puede calificarse de su última voluntad. En realidad jamás supieron lo que querían, y el testamento no representa otra cosa que la voluntad del notario o de un pariente.

Si tuviésemos la fuerza de voluntad de tomar una hoja en blanco y escribir a dos columnas los argumentos en favor o en contra de una idea que se nos ocurre, no tardaríamos en ver claro. Nos sorprenderíamos al comprobar la evidencia de determinados extremos, mientras nos daríamos cuenta de que respecto de otros no estamos lo bastante enterados y necesitamos nuevas consultas. ¿Con quién? Nada de volver a pensar que ya pensaremos en ello más tarde. Venga otra hoja, dos columnas más, y los correspondientes argumentos en favor y en contra de los que pueden aconsejarnos. Sin darse cuenta guardará esas hojas en un sobre o carpeta, y el conjunto formará un expediente exactamente igual a aquellos de que depende la suerte de los más grandes imperios.

ROBINSÓN recurría a este método siempre que no tenía a mano otro mejor. SAN IGNACIO DE LOYOLA lo describe en detalle y ha hecho de él una de las bases de la vida espiritual de su Compañía. Casi nadie sabe que los cincuenta infolios que dejó un incomparable consejero, el príncipe ALBERTO DE SAJONIA-COBURGO, no son más que el borrador escrito de los consejos dados por él a la reina VICTORIA. Pruebe este método, y no lo dejará. Es preciso advertir, no obstante, que puede tiranizarlo. Una vez acostumbrado a él, buscará maquinalmente papel y lápiz, no solo cuando tenga intención de vender la casa, sino también cuando se trate de hacer la maleta. Toda medalla tiene su reverso, y más adelante hablaremos de los inconvenientes que puede ofrecer la costumbre de fijar, esto es, inmovilizar el pensamiento. Pero saber decidirse

es una necesidad, y vale más ser maniático sin que nadie lo note, que ser una veleta a la vista de todos.

En resumen: la concentración es un estado natural que puede lograrse fácilmente, por métodos sencillos. Tal estado parece excepcional únicamente cuando no se ha experimentado y ocurre, como en tantas otras cosas, que uno se deja morir de inanición ante una alacena bien provista. Cuantos probaron este método jamás se llamaron a engaño; lo único que en ocasiones les extrañó, fue su propia insuficiencia.

-Sólo se me ocurren trivialidades- suelen lamentarse.

-Es verdad, pero al menos son propias, y vale más tener ideas, aunque sean vulgares, que no pensar nada,

-Tengo asomos, a veces, de cosas profundas, y hasta relámpagos geniales, pero unos y otros se apagan como fuegos fatuos.

-Dichoso usted, que si no es brillante, al menos será fosforescente.

Hace algunos años, en un banquete me tocó sentarme junto a una dama norteamericana que me encantó con sus agudos juicios. Lo único malo era que, apenas su espíritu emprendía el vuelo y yo esperaba verle remontarse como una alondra, se abatía en seguida, defraudándome. No he podido olvidarlo, y siempre que releo a JOUBERT⁵² me acuerdo de ella, lo cual no deja de ser halagüeño para una dama. MONTAIGNE confiesa sin ambages que le era imposible dar a una dificultad más de "una o dos vueltas", pues por fuerza luego tenía que pensar en otra cosa. Los muchachos que leen la hora en un reloj de campanario, a más de un kilómetro de distancia, saben bien que es inútil obstinarse. Cumplimos, pues, con sacar el mayor partido posible de nuestras facultades.

⁵² JOSÉ JOUBERT (1754-1824), moralista francés, autor de unos *Pensamientos* muy estimados por lo exquisitos, y uno de los espíritus más selectos del grupo de discípulos y seguidores de Chateaubriand. - (N. del T.).

c) *Tener tiempo*

¿De veras que no tiene tiempo? ¿Es sincero o repite sólo lo que dice todo el mundo? ¡No tener tiempo! ¡La mayor de las pobreza! Pero quizá su idea de tener tiempo no signifique disponer para sí de determinado tiempo, sino poseerlo todo, no tener nada que hacer. Haga examen de conciencia y responda.

Axioma: los que están muy ocupados tienen tiempo para todo.

Y, a la inversa, los que no tienen nada que hacer no disponen de tiempo para nada. Tal vez ignora usted lo que es la concentración. En tal caso venda todos sus bienes, despídase de su familia y de sus amigos, relea el capítulo precedente y consagre tres días, o siquiera tres horas, a hacer ejercicios de concentración. Seguramente no necesitará tanto tiempo para averiguar de una vez si sabe o no concentrarse.

Mientras tanto, hará muy bien en formularse algunas preguntas:

1.- *Sobre la economía del tiempo.*- ¿No dispone siquiera de un cuarto de hora, sin tener que quitarlo, no ya de su trabajo, del paseo, de los momentos que pasa en casa, sino tan sólo de sus diversiones que no constituyen verdaderos placeres, por ejemplo, la charla con los amigos, las comedias mediocres, de los sábados de semana inglesa, en compañía de personas fastidiosas, o de las vacaciones sin provecho?

¿Sabe negarse a los ociosos? ¿Sabe resistir la tentación de complacer a aquellos cuya pereza anda en busca de cofrades? ¿Sabe distinguir entre la bondad y la debilidad, no rehusando nunca un favor, pero negándose enérgicamente a hacer el primo? ¿Es esclavo del teléfono?

¿Sabe recoger las migajas de tiempo, para evitar que se pierdan? Uno de los Lamoignon estaba casado con una dama que le hacía sistemáticamente esperar a la hora de la cena, que en el siglo XVIII se efectuaba a media tarde. Un día se dio cuenta de que durante esos intervalos se podían muy bien escribir ocho o diez líneas, y en consecuencia mandó que le pusieran recado de escribir en sitio a propósito. Con el tiempo -ya que los años son cortos, pero los minutos largos- de esas breves meditaciones salieron con regularidad numerosos volúmenes. Los hom-

bres podrían dividirse en dos clases: la muchedumbre que no puede soportar la espera porque le fastidia, y los que no se incomodan por tener que esperar, pues que esto les proporciona un poco de tiempo para sus propios pensamientos. Ya supondréis quiénes son los inteligentes.

¿Qué hace cuando va en ferrocarril, en su automóvil o en taxímetro? Si no hace nada y le complace ese descanso, de primera; pero si se pone nervioso, usted tiene la culpa. TROLLOPE,⁵³ que vivía en las afueras de Londres, tenía la costumbre de escribir en el tren los capítulos de sus novelas. Haría bien en leerlas, porque valen la pena. Huelga decir que es imposible leer o pensar sin huir de toda compañía. Algunos le dirán que es un orgulloso. Peor para ellos. Si quiere pensar, resígnese a vivir un poco solitario y un mucho por encima de las murmuraciones humanas. Así hicieron los santos.

¿Lleva, por casualidad, uno de esos "pequeños grandes libros" de las bibliotecas de obras maestras o, mejor todavía, un libro predilecto que usted mismo ha descubierto? "¿Quién va a llevar eso encima? - ¡Dispense, hombre, dispense! Quise decir una baraja".

¿A qué hora se levanta? ¿Se enfermará haciéndolo media hora más temprano? Si renuncia a leer en la cama -cosa condenada lo mismo por los oculistas que por los moralistas- verá que es cosa fácil. Jamás se ha podido explicar por qué la formación clásica da a quienes la poseen esa extraña superioridad que, sin embargo, es un hecho. El mismo misterio preside el trabajo matutino. FENELÓN escribía a una dama: "Desembarazad las primeras horas del día". No importa saber por qué esto da resultado; el caso es que lo da. Las horas matinales valen por dos, y si sabemos emplearlas bien, la aridez de las horas ociosas que vengan tras ellas en el transcurso del día, le parecerá menos estéril.

2.- *El roer del tiempo.*- ¿No exclama a menudo: "¡Ay! ¡Lo he olvidado!", o bien: "¡Vaya! ¡No me he vuelto a acordar!"? Estas exclama-

⁵³ ANTONIO TROLLOPE, escritor viajero, de nacionalidad inglesa, que recorrió durante largo tiempo los Estados Unidos (1815-1882). - (N. del T.)

ciones significan que pierde el tiempo y le es necesario, por culpa suya, retroceder. Es imposible no olvidarse nunca de nada, pero sería deseable que cada olvido fuese para uno una sorpresa.

Olvidará raramente, no andará a tientas ni tendrá que recomenzar sus pasos, si posee dos cualidades que pueden adquirirse sin dificultad: la previsión y el orden. Prever, es ver; vale decir, imaginar las cosas antes de que ocurran. Le será muy fácil economizar un cuarto de hora en el coche-cama si ha previsto que los objetos de tocador o de noche deben ir en la parte superior de su maleta, en lugar de hallarse donde los dedos tendrán que buscarlos a tientas, mientras se fruncen las cejas y rechinan los dientes. Cuando vaya a Norteamérica necesitará prever que el registro en la aduana presupone llevar en un bolsillo determinado y bien sabido las llaves de la maleta. Cuando se trate de desfilar ante los agentes del servicio de emigración, no se fíe únicamente de su pasaporte, sino tenga preparada una carta de la dueña de la casa donde piensa hospedarse en Nueva York, carta en que se hable de banquetes, paseos, teatros, pero no de conferencias, porque si el agente lee la palabra "conferencia" en seguida creerá que se trata de bolcheviquismo o de ateísmo. Si no se acuerda de escribir a tiempo, para que esta carta llegue a su poder por lo menos cuatro semanas antes de embarcar, llegará al día siguiente de su marcha. Si ya la ha recibido, pero la olvida en el camarote, adonde tendrá que buscarla, parecerá usted un individuo sospechoso; y luego, al llegar al camarote, lo encontrará vacío y con todos los equipajes camino ya del dock letra D.

Se curará en salud si procura representarse con anticipación los acontecimientos más importantes, tales como casamientos, enfermedades, ancianidad, muerte, invalidez o ceguera, tal contratiempo en esto o tal catástrofe en aquello, errores que cometerá, engaños o imbecilidades de los que será víctima. Lea en el porvenir, no sea como el cordero retozón o la oveja que bala por balar, y a medida que su imaginación le represente las cosas, sin duda hermosas, anótelas y no pierda luego las notas. Con una rapidez sorprendente se hallará en posesión de cua-

dernos que le dirán claramente y en detalle lo que hay que hacer con vistas a la mayoría de los acontecimientos de la vida.

"¡Qué suplicio!, exclamará, ¡qué esclavitud!" -¡No! ¡Qué libertad! ¡Qué independencia y tranquilidad! Mi cuaderno vale un Perú. Y nada digo de cierto librito titulado "Tonterías", cuya lectura me es sumamente útil.

El orden, como ya ve, es hermano de la previsión. Se es un anormal cuando al ver en la imaginación la visita que se va a hacer a Fulano, no se pone en el bolsillo del saco o junto al sombrero el libro que se le pidió prestado hace tiempo. Si en el recibimiento tiene un banco de objetos que llevar al salir, y hasta si la alfombra de su estudio está salpicada de notas caídas de su mesa, ello no significa desorden, sino todo lo contrario: las cosas tienen que estar donde no pueda olvidárselas.

¿Sabe usted, señora mía, la diferencia que hay entre ordenar y arreglar? Sin duda el tocador está acicalado y pulido a las mil maravillas, pero, ¿dónde anda esa carta, de bastante interés, que ha recibido de su administrador? Si me atreviese a abrir ese delicioso bargueño, ¿qué vería? ¡Qué montón de cartas, unas con sus sobres, otras sin ellos; qué revoltijo de invitaciones, billetes, programas de fiestas pasadas y otros incontables papeles! ¡Cuánto tiempo se necesitaría para encontrar la carta del administrador! ¡Cuántas veces los ágiles dedos se hundirían bajo un montón de papelotes, con la seguridad de que la carta tiene que estar allí, para salir luego irritados como el pájaro mosca cuando no encuentra paso!

¡Un poco de orden, nada más! Encima de ese velador las cartas abiertas; las otras, encima de la mesa; las facturas, sobre el almohadón. Y todo lo demás, al cesto.

-¡Espere! ¡Espere un momento! En uno de esos programas..., si, en uno de esos programas hay dos versos de Carlos de Orleáns, que me interesa conservar a todo trance.

-Aquí están, ¿dónde los pongo?

-¿Cómo, donde los pone?

-Naturalmente, para luego encontrarlos.

-¡Ah!... Póngalos en la Historia de la Literatura en el siglo XV, ¿no le parece?

-No, créame: tome un sobre grande y fuerte, escriba encima *C. de Orleáns*, con lápiz rojo, y métalo en la estantería de su biblioteca. Dentro de poco tendrá allí cincuenta sobres, que indican lo que hay dentro y su marido quedará extasiado. Vamos ahora con las cartas abiertas. Ni un rasgo con lápiz rojo. Bueno, habrá que releerlas todas. ¿No sirven éstas de nada...? Entonces ¿para qué guardarlas...? ¡Romperlas, y al cesto!

-No, estas dos de la señora de Orival las quiero guardar.

-Bien, venga un sobre grande. *Orival*, con lápiz rojo. Póngase al lado del *C. de Orleáns*. Orden alfabético. Nada de subdivisiones; hay que simplificar.

-Pero aquí hay dos, tres, cinco, nueve, que hay que contestar.

-¡Ah! es verdad: dicen por ahí que usted acostumbra a no contestarlas nunca. No puede ser. Las damas como usted tienen que contestar las cartas. Tome nueve sobres grandes, meta dentro las nueve cartas en pena, y aunque le cause alguna molestia, escriba las nueve direcciones correspondientes. En adelante, cuando reciba una carta subraye con lápiz rojo los pasajes importantes, y luego habrá tiempo de ver si deben ir al cesto o a la serie *Orleáns-Orival*, o al montón de las incontestadas. En este último caso, meta usted la carta en un sobre y escriba encima la dirección. Cuanto más alto sea el rimero de cartas por contestar, mayores serán también los gritos de su conciencia, y de este modo el remordimiento le hará ser puntual.

En fin, ya tenemos el bargueño vacío, el cesto lleno y una sonrisa de agradable sorpresa en el rostro de usted. Ahora conoce la diferencia que existe entre arreglar, que sólo es superficie e hipocresía, y ordenar, que significa dar un sitio a cada cosa y poner cada cosa en su sitio, tanto si se trata de una estantería como de un sobre o de la papelería.

No me diga que, al fin de cuentas, ha bastado media hora para poner en orden sus cosas, y que, por consiguiente, la falta de método le ha hecho sólo perder treinta minutos. La misma mezcolanza que había en

el bargueño era también la de su mente, señora mía, y aun la de su vida; perdía usted el tiempo, mas también la energía: era usted como una flácida raqueta incapaz de un solo *smash*.⁵⁴ Nuestro ideal debería consistir en no perder jamás ni un paso, ni una palabra, ni un gesto. La negligencia es contraria a la elegancia, no lo olvide. En todas las cosas un aspecto de negligencia es el comienzo de un aspecto harapiento.

Una de las maneras más seguras de perder el tiempo y diluir nuestra personalidad es, además de la falta de orden, la incertidumbre en la acción. Cierta amigo mío, después de la guerra regresó del campo de concentración donde había estado prisionero en Alemania, con esa incapacidad nerviosa de decidirse que se llama abulia. Recuerdo que un día le vi en un vestíbulo, dudando largo tiempo en qué percha colgaría el quepis. Daba pena.

Pero es sólo molesta cuando la duda no proviene de falta de salud, sino de falta de energía, de inteligencia o método. Los hay que pueden vestirse en menos de tres cuartos de hora, porque se han acostumbrado al automatismo que el filósofo BERGSON recomendaba con una sonrisa tan persuasiva. Otros necesitan hora y media, ya sea porque no han sabido adoptar el orden invariable que pronto se convierte en automatismo, o bien porque vacilan ante varias resoluciones que sólo deberían ser gestos. Comienzan a mirar de un lado y de otro, como si se dijeran a sí mismos: "¡Bueno! ¿Y ahora qué?"; o se asoman a la ventana, o encienden un cigarrillo, para poner en claro sus ideas, y finalmente se quedan plantados ante la luna del armario, sin saber decidirse entre un par de cuellos o de corbatas.

En mi tierra todavía se usa un viejo modismo para indicar esta manía de la indecisión. Allí decimos *tourniquer*, "darle vueltas", con lo cual parece que se vea al dubitativo rodando en torno a su objeto, en espera de la inspiración que decidirá sus actos. Naturalmente, cuanto más se acostumbra uno a esperar de esta suerte, tanto más tarda en llegar la inspiración, y por eso hay hombres que se pasan la vida entera para

⁵⁴ Golpe seco y vigoroso que se da a la pelota en el juego del tenis. - (N. del T.).

decidirse a comenzar alguna cosa, aun en los trances más graves. Cinco minutos ante una hoja de papel, con la famosa pregunta que solía hacer el mariscal Foch: "¿De qué se trata?", y un lápiz en la mano para escribir al punto la respuesta, bastarían para romper este lamentable embrujamiento; pero la duda crónica no gusta de remedios. Su respuesta es siempre: "Ante todo hay que reflexionar", mas la reflexión no empieza nunca. A decir verdad, la palabra "reflexión" asusta. Nada tan verdadero ni tan alentador al mismo tiempo, para los que luchan entre el deseo de obrar bien y la pereza, como la máxima griega: "El principio es la mitad del todo". Los escritores lo saben bien, y a los estudiantes se les debería enseñar que no hay nada más cierto. En el colegio o en la Facultad le dan a usted a componer un tema sobre RONSARD. No pierda ni un minuto: diríjase directamente a alguien que esté enterado, y pregúntele cuál es el fragmento en el cual RONSARD muestra lo más sublime, lo más grandioso y lo peor de su musa grecorromana. Regrese en seguida a su estudio y lea esos pasajes, anotando al mismo tiempo en algunas papeletas lo que más le interesa de ellos y por qué le interesa. Clasifique esas notas sin pérdida de tiempo. Repáselas hasta que esos esqueletos de ideas comiencen a recubrirse con un poco de carne, y luego, inmediatamente, escriba lo que se le ocurra, y nada más.

Este método puede servirle durante toda la vida, lo mismo si se trata de redactar su testamento, como de preparar la respuesta a una proposición comercial, o bien de urdir una campaña maquiavélica encaminada a que Fulano, que desea un socio, piense en usted. Acostúmbrese a abordar las cosas con valentía, pero siguiendo siempre los métodos más científicos. Sea como el Lindbergh de todos los océanos en miniatura que tenga que atravesar. Nuestra vida debería componerse de mil dramas pequeños, formando un todo y rápidos como una partida de naipes. En los Estados Unidos algunos hombres de negocios me han proporcionado un verdadero placer artístico por la rapidez y la intención con que les oía dictar a su mecanógrafa. En cambio otros...

¿Ha empezado alguna vez a aprender el alemán o el italiano? ¿Sí? Y ¿le quedan todavía ganas de reincidir? Si quiere seguir mi consejo, no lo

haga. Basta con una tentativa. El demonio de la duda se divierte enormemente aconsejando aprender idiomas. Pero vale más que se dedique a coleccionar cajas de fósforos, como lo hacía el príncipe ruso en *Silvestre Bonnard*.⁵⁵ Sólo le faltaba un ejemplar de cierto tipo, y su busca y captura absorbía su vida. También usted podría emprender desde ahora, esta misma mañana, alguna obra benéfica que le proporcionaría esta noche el derecho de cenar sin remordimientos. Es posible, por tanto, "ganar tiempo", como suele decirse. Si tiene preparadas unas listas de las cosas que hay que hacer en determinadas circunstancias (al ir de viaje, al marcharse al campo, al comenzar un tema de estudio); si su cuaderno de bolsillo es como un cuadro dividido en secciones claras, cuya sola vista le presentará, clasificadas debidamente, las cosas que debe hacer, sin duda estará ocupado, pero se sentirá dueño de sus ocupaciones, en vez de ser dominado por ellas. Y si además sabe concentrarse, es decir, si sabe manejar el filo de su espíritu, con tiempo y una buena herramienta, sólo le faltarán materiales para pensar. A esto dedicaremos los capítulos siguientes.

2. - VIVIR LA PROPIA VIDA EN UN PLANO MÁS ALTO

a) Imágenes productoras de pensamiento

Recordemos que nuestro espíritu obra sobre una sucesión ininterrumpida de imágenes mejor o peor trabadas. Ya dijimos que estas imágenes dan a nuestra mentalidad el carácter que le es propio. Si del museo del Louvre se pasa a la sección de cuadros de unos grandes almacenes, en seguida se advierte que la mediocridad ha venido a sustituir lo selecto. La imaginación humana es una galería de pinturas. Si éstas

⁵⁵ *El crimen de Silvestre Bonnard*, famosa novela de Anatole France. - (N. del T.).

pudieran verse, en vez de deducirse únicamente del lenguaje o la conducta del sujeto que las produce, podríamos fijar un precio a nuestros semejantes, del mismo modo que se pone a las prendas en las tiendas de ropas hechas.

Volvamos a lo dicho en el párrafo segundo de la primera parte de esta obra, acerca de la inferioridad de las imágenes que pueblan la mente de la mayoría de los hombres. A menudo apenas son superiores a las que constituyen la mentalidad del animal, pues no debemos olvidar que muchos animales aventajan al hombre por su sensibilidad y su capacidad de amar y de sacrificarse. El espíritu de un borracho empedernido o el de un toso campesino sólo se ve frecuentado por imágenes relacionadas con las necesidades elementales. Los erotómanos -más numerosos de lo que se cree-, incluso en su tipo medio, el caballero bien vestido que sigue e importuna a las mujeres por las calles, tampoco son capaces de producir más que una sola categoría de imágenes. Los avaros, como se decía antaño, los que reúnen una fortuna, como decimos hoy, están también hipnotizados por una categoría única de imágenes tiránicas. El "arribista", que procura introducirse en la buena sociedad, ve sobre todo en su película interior los recortes de los periódicos que mencionan su asistencia a las ceremonias públicas; se harta de publicidad, de condecoraciones y títulos. Son muchos, en fin, los que viven prisioneros en su raquíca existencia mundana y sólo ven de ella los más vulgares detalles. JANE AUSTEN,⁵⁶ con su aspecto de mosquita muerta, es casi feroz en las descripciones que hace de ejemplares típicos de ese hombre inferior, el mismo con quien tropezamos a cada paso.

Probablemente todos tenemos en nuestro vocabulario personal una palabra para designar esta medio-cridad que abarca todas las latitudes. Cuando yo era muchacho había en mi aldea una tienda de un tal señor Maillat, que al mismo tiempo era propietario e incluso no estaba desprovisto del todo de ese aspecto de distinción que caracteriza al hidalgo. Era pequeño y rechoncho, y caminaba extraordinariamente de prisa

⁵⁶ Novelista inglesa (1775-1817). - (*N. del T.*).

con sus minúsculas piernas. Mientras, indiferente a mi presencia y sin sospechar que le estaba observando, daba vueltas como un trompo, en busca de la barra de regaliz que le había pedido, prestaba atento oído a lo que en la trastienda estaban hablando su mujer, alta y huesuda, y sus flácidas hijas. Y yo me iba desilusionado, si alguna vez el buen hombre no refunfuñaba con asco el juicio que le merecía aquel cotorreo femenino: "¡Cháchara, pura cháchara!" Este murmullo se me ha quedado grabado en la memoria, y toda mi vida me ha servido para caracterizar las nueve décimas partes de lo que oigo decir y una excesiva porción de lo que yo mismo digo,

Pero ¿se puede pensar como se quiere? ¿Acaso nuestro pensamiento no es tan ajeno a nuestro libre arbitrio como lo es la propia respiración?

Cae de su peso que no es tan imposible dejar de pensar como dejar de respirar. Pero así como podemos buscar el aire puro de un pinar en la montaña, del mismo modo somos capaces de guiar nuestra mente en la dirección donde halle imágenes que no sean vulgares.

Nadie me impide reemplazar las comadrerías de las Batuecas por las noticias de Europa. Es imposible interesarse siquiera un poco por las noticias del mundo sin dar una realidad a los grandes personajes que aparecen en el drama de la historia; las viejas naciones europeas, las del Asia resucitada, América ya adulta, consciente de su juventud y de su fuerza. Puedo hablar de Inglaterra y de los Estados Unidos lo mismo que hablaría de dos vecinos míos, e incluso más fácilmente, pues para dar un valor general a lo que sé de Sánchez o de Pérez necesito una tenaz observación de la naturaleza humana, mientras que, por el contrario, si digo de Gran Bretaña que un hábito secular de poderío mundial ha preparado a sus mejores hombres para cargar con toda clase de responsabilidades sin temor alguno, en tanto que a Norteamérica, apenas encumbrada en su nueva grandeza, le asusta aun empuñar las riendas de la historia, habré expresado un pensamiento. Tal es la influencia de un vasto escenario, en comparación con uno exiguo.

Claro está, Mussolini era personalmente tan interesante hace veinte años como ahora, pero lo que yo sé de él es historia y no simple anéc-

dota. Igualmente también hay poca diferencia entre los intereses, las ambiciones y rivalidades de familia y las internacionales -cosa que ya debería enseñarse a los bachilleres- y, no obstante, los negocios internacionales parecen del dominio exclusivo de unos cuantos privilegiados. Y esto es falso. Ni MADAME DE SÉVIGNÉ, ni SAINT-SIMÓN, ni la mayoría de autores de memorias gozaron de un sentido político extraordinario, ¿Por qué, pues, nos parece que miran tan por encima del hombro a sus contemporáneos? Por la sencilla razón de que las cosas que les interesaban pertenecían a un orden superior. No se necesita un gran esfuerzo para elevarse a su nivel, de suerte que si alguno es incapaz de hacerlo sólo debe culparse a sí mismo. Durante la primera guerra mundial millones de personas lo hicieron con la mayor naturalidad, porque lo que interesaba a la gente, aun a la más humilde, era historia pura. Pero de entonces acá se ha recaído en la anécdota, y el pensamiento de la mayoría ha bajado otro tanto. No obstante, los periódicos siguen conteniendo los mismos elementos para procurarse una visión elevada. Nunca he podido olvidar el caluroso domingo de 1914 en que las sucesivas ediciones de los periódicos de la noche anunciaban a los parisienses el drama de Sarajevo. En los bulevares pude oír a cinco o seis personas que se expresaban en lenguaje histórico, pero en aquellos momentos la muchedumbre se desinteresaba de la gran tragedia, para enterarse de todos los pormenores del *Gran Prix*.⁵⁷ No pasa ni una semana, durante los años cargados de historia que estamos viviendo, sin que se ofrezca a nuestra meditación algún acontecimiento de gran alcance. Sin embargo, seguimos hablando de Fulano y de Zutano.

Siempre me ha admirado ver que los críticos cometan tan a menudo la falta de buscar a sus héroes entre los personajes secundarios de la historia literaria. Los hay, no lo niego, que son capaces de interesar a los historiadores, por el hecho de que de una manera torpe, o incluso sin saberlo, se encontraron envueltos en el origen de un movimiento

⁵⁷ La gran carrera de caballos que en la capital de Francia se celebra hacia mediados de julio. - (*N. del T.*).

importante. ARTHUR YOUNG figura en la historia del romanticismo y CHAMPFLEURY aparece antes que FLAUBERT en la del realismo; pero basta un volumen para hablar de YOUNG o de CHAMPFLEURY, mientras que se pueden escribir bibliotecas enteras acerca de BYRON, BALZAC o FLAUBERT. Cuando un joven estudioso me pide que le indique un tema sobre el cual quede todavía mucho que decir, le contesto sin vacilar: HOMERO, PLATÓN, VIRGILIO, MILTON, RACINE, HUGO, o bien Alejandro, César, Napoleón, o la Era apostólica, o la Revolución francesa, o el amor, o la muerte. La piedra de toque es: "¿Interesará eso a un muchacho inteligente?", puesto que mientras el hábito no les ha embrutecido, los muchachos sólo suelen interesarse por las cosas grandes.

Las pruebas de ello, a posteriori, abundan ¿Hay algún libro sobre Napoleón que no haya sido leído? ¿Cree usted que una joven como MADAME DE STÄEL hubiera llamado la atención en el grado que lo hizo desde sus comienzos, si su elevada inteligencia no hubiese sido atraída por temas tan vitales como las pasiones humanas, los cimientos de la literatura, la Revolución o el romanticismo alemán? ¿Qué es lo que volvemos a leer en la enciclopedia de SAINTE-BEUVE, y qué lo que olvidamos? ¿Preferimos una colección de cajas de cerillas a una colección de cuadros de RAFAEL? La verdadera desdicha del periodismo cotidiano es que la vaciedad de su tema habitual trae consigo la indiferencia por la manera de tratarlo. En cuanto los grandes titulares tienen que anunciar algo importante, el reportero se vuelve poeta.

Resulta imposible permanecer un cuarto de hora en compañía de un gran hombre sin comprender que la elevación de pensamiento es algo contagioso. Pero esta clase de hombres es poco frecuente, y nuestras probabilidades de dar con uno de ellos son ínfimas. Sin embargo, con un mediano conocimiento de la historia universal, de la literatura, el arte o la moral, aún descontando los santos y los reformadores religiosos, siempre es posible poblar nuestra imaginación de grupos de hombres superiores de todas clases. Ya diré más tarde lo fácil que resulta, cuando nos sentimos solitarios, llamar a algunos grandes hombres para que

vengan a hacernos compañía; a nada mejor podemos consagrar nuestras horas que al estudio de las grandes vidas o las grandes ideas.

Las *Vidas paralelas* de PLUTARCO procuraron un alimento inmejorable a la flor de todos los países occidentales, hasta que tuvieron la inmensa desgracia de ser creadas un libro clásico, en vez de lo que son sencillamente: un libro ameno. MADAME DE MAINTENÓN, que en Norteamérica pasa por haber sido una favorita real, y en Francia, gracias a la misma superficialidad, por una mujer fastidiosa, cuenta que su madre estaba empeñada en que ella y su hermano mezclasen continuamente en sus juegos a los héroes de PLUTARCO, y añade que ninguna orden fue obedecida con más gusto. Los colegiales franceses sólo leen de PLUTARCO lo que les pide el programa de bachillerato, pero completan este conocimiento mediante su manual de Historia de la Literatura: y es que los muchachos son amigos de lo extraordinario, porque detestan lo vulgar en las vidas ajenas tanto como en las propias. Esto tiene sus inconvenientes. La enseñanza moral que se desprende de la vida de MUSSET no puede compararse con la de DEMÓSTENES; pero, como las debilidades de MUSSET terminan al fin y al cabo con la *Noche de Octubre*,⁵⁸ el colegial saca de ello la conclusión de que hay una manera elegante de ser vulgar y que es ello lo que debe imitarse. Tal vez sea ésta la idea que embarga su espíritu cuando se advierte una desusada gravedad en su frente. ¿Puede negarse que la mentalidad de este muchacho de dieciséis años esté ahora más cerca del verdadero pensamiento que diez o doce años más tarde, cuando, joven abogado, industrial o financiero, ponga sobre todo su atención en el dinero, en el triunfo o en las mujeres?

Contra la vulgaridad que nuestros deseos imprimen a los pensamientos no hay remedio comparable al de la meditación de las vidas de grandes hombres. Abra usted el *Demóstenes*, de CLEMENCEAU, y verá palpablemente el efecto de una constante preferencia por los grandes patriotas y los grandes pensadores, en medio de una existencia que el

⁵⁸ Una de las más bellas poesías de MUSSET, obra maestra del género elegíaco. - (*N. del T.*)

periodismo, los desafíos, los placeres y toda la vana efervescencia de la vida política habrían de otra suerte marcado con el sello de la mediocridad. He observado también que ciertos políticos, muy por debajo de Clemenceau, consiguen dar a sus discursos una cierta dignidad entroncándose, aunque sea hartamente, con la familia de los grandes revolucionarios. La sola palabra "grandeza" tiene una fuerza mágica, porque por experiencia sabemos el efecto infalible que nos produce.

Por el mero hecho de que en un momento determinado ningún grande hombre ejerza o acabe de ejercer una influencia directa en la conducta de usted, la calidad de sus actos y pensamientos ha de ser forzosamente ORDINARIA. Y viceversa: cíteme las declaraciones públicas de tal o cual hombre político, y al instante le diré si está obsesionado por algún recuerdo de irresistible grandeza, o solamente movido por los vulgares intereses cotidianos. No sabe Norteamérica cuánto debe al hecho de que la presencia de Lincoln continúe viva en la colina del Capitolio. Es posible rehuir allí el recuerdo de ese grande hombre, pero no evitarlo.

-¿Dice usted, joven y amable lectora, que eso de Lincoln, de Plutarco y Demóstenes la deja fría? ¡Ah! ¡Qué vulgar es la vida! No obstante, no hay que desesperarse, y haría usted muy mal en consumir su ruina consagrándose por completo al tenis y a las excursiones. Es indudable que ama la naturaleza. Alguna vez la he hallado sola y, sin embargo, dichosa junto a las murallas de Aguas-Muertas.⁵⁹ Le gustan también la música y la pintura, y admira los encajes. Experimenta una leve emoción cuando ve el tren de Roma parado en cualquier estación. Esto basta. ¡Qué distinguida sería, qué delicioso jardín su espíritu, si se decidiese a abandonar cosas que no le proporcionan los goces más altos que puede alcanzar! Pero uno de los misterios de nuestra naturaleza es que cuando nos encontramos ante una mesa cargada de cosas exquisitas nos vamos a llorar ante una alacena vacía.

⁵⁹ Aldea francesa situada en el delta del Ródano, conocida por sus ruinas históricas. - (*N. del T.*).

b) La elevación moral, condición del pensamiento

"Los grandes pensamientos vienen del corazón", dijo VAUVENARHUES, y JOUBERT añadió: "No hay luz en las almas donde faltan las brasas".

A pesar del Romanticismo, los franceses modernos sienten una creciente inclinación a aproximarse a los griegos en su manera puramente intelectual de considerar la producción del pensamiento. No es raro, empero, que desmientan su filosofía con afirmaciones como las que acabo de citar. Ello se debe a lo difícil que resulta pasar por alto la esterilidad del espíritu, cuando le concedemos la parte del león, en perjuicio de nuestra alma. Por otro lado, todos los días damos con hombres que intelectualmente se hallan por debajo de nosotros, pero cuyos pensamientos despiertan, sin embargo, nuestra admiración. Léase la biografía de Benoit Labret⁶⁰ el harapiento mendigo que pasaba su vida en las gradas de las iglesias de Roma. Y también la del humilde Cura de Ars, Jean Baptiste Vianney, hombre de tan pocas luces que estuvo a punto de que se le rehusaran las órdenes en una época en que los obispos, faltos de clero, tenían la manga muy ancha. Ninguno de ellos sabía nada, pero lo veían todo, y su visión del mundo -lo que se habrían extrañado mucho de oír llamar su filosofía -era de una suprema distinción. Contemple usted sus retratos. En sus ojos y en sus rostros verá una luz que no tendría sentido alguno si no reflejase la de su pensamiento.

El amor -ya sea la atracción de la verdad o bien el amor puro, sencillo y elemental- despierta siempre la inteligencia y hace que se parezca al genio. La maternidad obra de idéntica manera. Huelga decir que la vida de los animales lo prueba maravillosamente, e incluso (dicho sea sin ninguna paradoja de mal gusto) las mujeres más frívolas lo demuestran también. Esta transformación dura mientras la corriente amorosa conserva su fuerza.

Las grandes impulsiones altruistas producen el mismo efecto. Para millares de hombres y mujeres la guerra ha sido una ocasión única de emplear sus reservas de sacrificio. Me acuerdo de una norteamericana muy conocida, que vino a verme hacia 1908, al colegio Stanislas, de París. Quería informarse acerca del *Sillón*,⁶¹ que entonces se hallaba en su plenitud. Pero era evidente que esa señora se habría igualmente interesado por cualquier cosa capaz de dar libre expansión a las energías de su alma. Me acuerdo de las preguntas apremiantes que me hacía, con su voz un poco gutural, pero distinguida; cada palabra revelaba una aspiración contenida hacia algo en que el alma y el cerebro hallasen su liberación. Y lo halló en la guerra. La dama se prodigó, y obtuvo pronto su recompensa. Volví a encontrarla en California, el año 1919. Su transformación era parecida a la que producen los matrimonios felices. La pasión contenida que diez años atrás hacía de ella algo distinguido y conmovedor al mismo tiempo, había desaparecido, para dar paso a una plenitud magnífica, a una facilidad en el trabajo espiritual y a una singular maestría en el lenguaje persuasivo. Hasta los más pequeños matices indicaban que la finalidad perseguida había sido lograda.

Este es un ejemplo entre mil. Un verdadero misionero, una enfermera modelo, una sincera visitadora de pobres; todos los que, en una palabra, prestan un servicio, aunque su ideal parezca cifrarse únicamente en la acción, quedan sin embargo transformados intelectualmente por ese mismo ideal. Tal como lo hizo Madame Guyón,⁶² podrían consagrarle sin esfuerzo páginas y más páginas. Los complejos, al acercarse al amor, se funden como la nieve al sol, y la liberación del alma es completa.

En ninguna parte se está tan cerca de esa liberación como en los Estados Unidos. A pesar de que el primitivo impulso hacia la cooperación y el progreso general persiste desde hace doscientos años, no ha

⁶⁰ Santo mendigo cartujo francés (1748-1783). - (*N. del T.*).

⁶¹ Movimiento católico francés que a principios de siglo adquirió cierto relieve político. - (*N. del T.*).

⁶² Famosa mística francesa, defensora de la actitud espiritual llamada "quietismo" (1648-1717). - (*N. del T.*).

perdido su fuerza. Quien se haya visto en la necesidad, aunque sólo fuese una vez en su vida, de buscar más allá del océano los recursos necesarios para una obra cualquiera, no ignora que, al contrario de lo que suele creerse, los norteamericanos acomodados, e incluso los ricos, saben rehusar su óbolo. En cambio, no ignora tampoco que en ninguna parte una idea noble hallará el número de colaboradores que encuentra allí. La generosidad intelectual -y la caridad es solamente un corolario de ella- constituye un verdadero instinto en Norteamérica. No hay por qué extrañarse, pues, de que hombres que pasan por prácticos hallen tantas ocasiones de entregarse al entusiasmo puro, ni de que el sentimiento nacional, lo que se llama ideal norteamericano, adquiera en los Estados Unidos una rara calidad.

Pero, aun suponiendo que nos quitaran esas ocasiones, o que no nos fuese dado procurárnoslas; suponiendo que todos los hombres fueran felices y que no hubiese millares de animales mártires, ¿nos sería acaso imposible elevar el pensamiento gracias a un esfuerzo moral? Interrumpa el flujo de su conciencia por un instante, asómese a su alma y detenga las imágenes que incesantemente se forman y se desvanecen en ella. ¿Qué ve? Un poco de egoísmo, como es natural, y más seguramente aún algunas mezquinas molestias. Nuestra naturaleza no es noble ni generosa. Nos acordamos de las ofensas recibidas y olvidamos los beneficios. Somos capaces de pasar semanas enteras en casa ajena, o viajar por todo un país, sin encontrar más que atenciones. Basta que surja una leve molestia o una sombra de ofensa para que en seguida olvidemos las finezas recibidas y nos concentremos exclusivamente en los malos tratos. Somos quisquillosos y siempre estamos a punto de dispararnos. La vanidad nos domina. A medida que envejecemos, en vez de volvernos más desinteresados somos, por el contrario, más egoístas. El barniz de franqueza que adquirimos con los años vela un fondo de realidades que mantenemos secretas. JOSÉ DE MAISTRE dijo, en cierta ocasión, que no sabía cómo debía ser el alma de un granuja, pero que sabía muy bien cómo era la de un hombre honrado, y que le parecía espantosa. Cada uno de nosotros se confiesa lo mismo, en voz

baja. No es extraño, pues, que en lugar de imágenes nobles, en nuestra alma haya una copiosa cosecha no solamente de palabrería (como decía el tendero de mi infancia), sino también de visiones harto rastreras. Pensamientos que sean dignos de tal nombre, no podrán brotar jamás de una vegetación malsana. Pero, del mismo modo que fácilmente preferimos ir bien acompañados a ir en mala compañía, o los libros buenos a los libros sosos, también podemos con facilidad cerrar la puerta a los pensamientos indignos y dar entrada a los otros. Nos acostumbramos perfectamente a mantenernos erguidos y, aun cuando estamos solos, a no traspasar cierto grado de negligencia. Este modesto comienzo de santidad será recompensado por un juicio más recto y por esa amplitud de simpatía que constituye una de las formas de la inteligencia. Las personas honradas, por lo general, suelen pensar rectamente. Si ocurre lo contrario, nuestra conciencia se extraña, mientras que las zonas inferiores de nuestro ser, rebeldes siempre dispuestos a la asonada, triunfan y nos subyugan.

c) Pensamientos superiores mediante los libros

Si tiene usted la bondad de remontarse a la segunda parte de esta obra, que trata del peligro de las lecturas sin sustancia, adivinará la materia de que vamos a tratar ahora. La lectura, para la mayoría, es un modo hipócrita de matar el tiempo, disfrazado con un nombre antiguo, lo mismo que un ladrón bajo un título nobiliario. Jugar de esta manera con la letra impresa disminuye rápidamente la elasticidad de la inteligencia y es cosa que se contradice con el arte de pensar. Si quiere que los libros sean para usted los auxiliares del pensamiento, es preciso que no se trate de libros que diviertan o adormezcan su espíritu, sino que, por el contrario, lo mantengan despierto y vigilante.

¿Qué libros son esos? Yo lo ignoro, pero usted mismo lo sabe perfectamente. Un libro, como un paisaje, es un estado de alma que varía según el lector. sin duda en alguna parte hay un libro, folleto o artículo de enciclopedia, ¡qué sé yo!, tal vez un viejo recorte de periódico, que

un día le hizo pensar. Tal vez también sea usted de esos hombres felices a los cuales bastan algunas líneas impresas para que sus pensamientos, como decía LAMARTINE, se piensen solos. Lo evocador para usted puede ser la poesía o la historia, la filosofía o las ciencias, o bien las imágenes morales, es decir, el progreso humano. El mismo que se queda dormido ante un libro tal vez leerá con interés una revista, de menos peso material y lectura más condensada. Si ello lo estimula a pensar, lea revistas, a condición de que dejen en su espíritu imágenes que sobrevivan cuando haya olvidado de dónde proceden; lea una antología de PASCAL, a razón de tres líneas diarias, si es que las citas de este autor ejercen sobre usted el mágico efecto que suelen producir en algunos cerebros; lea la vida de los grandes inventores, de los grandes industriales; lea física, o, en fin, la clase de libros que por experiencia sabe que excitan su pensamiento, cosa que nadie más que usted conoce.

Se puede extraer más poesía de diez versos de las *Saisons*, de SAINT-LAMBERT, que de todo SHELLEY,⁶³ a condición de haber leído esos diez versos durante la infancia o en un estado excepcional de receptividad. Incluso puede hallarse un manantial más profundo de sentimiento romántico en la melancolía sin consecuencia de un minué del siglo XVII que en un drama de WAGNER. Nadie puede pensar por nosotros, nadie puede decirnos lo que será luz o rocío para nuestros pensamientos. El libro que nos hace pensar es aquel que no podemos abandonar después de haber leído una página; pero es también el que se nos cae de las manos desde esa primera página, porque lo que nos dice nos obliga a dirigirle preguntas, a discutir con él o a ponerle apostillas. No espere de nadie más que de usted mismo el conocimiento de las lecturas y las clases de libros hechos para usted. Lo que voy a decir no debe en manera alguna hacerle dudar de usted mismo, La contestación a la pregunta: ¿cuáles son los libros que me ayudan más a pensar?, sólo puede venir de nosotros mismos.

⁶³ SAINT-LAMBERT (1716-1803), fue un mediocre poeta francés racionalista, de la escuela de VOLTAIRE; y SHELLEY, uno de los primeros líricos universales. - (*N. del T.*)

WALTER SCOTT planeaba sus obras leyendo libros completamente ajenos a ellas, y nadie puede dudar de que KANT⁶⁴ haya experimentado verdaderas iluminaciones metafísicas durante las veladas que se pasaba leyendo las narraciones de viajes que tanto le gustaban. ¿Ha analizado alguna vez lo que ocurre en su espíritu cuando un discurso o un concierto le encanta? A veces nuestro goce procede de que seguimos con más claridad que de ordinario la argumentación del orador o la melodía de la música; pero más a menudo el discurso o la música no han hecho más que dar rienda suelta a una actividad que llevamos, escondida en nosotros; esa actividad misteriosa ha podido ejercitarse sin trabas y de ahí que durante una hora nos hayamos sentido plenamente nosotros mismos. El arte de pensar consiste en esto precisamente: en ser uno mismo, lo más fácilmente y lo más a menudo posible.

No lea jamás un libro por su estilo. Newman,⁶⁵ según cuenta, leía todos los años el *Manfield Parck*, de JANE AUSTEN, por su forma encantadora. Pero dudo de que esto sea verdad. Sin duda Newman, que poseía a su vez un estilo inglés opulento y perfecto, debía apreciar el delicioso estilo de JANE AUSTEN, pero estaba demasiado por encima de las palabras y la elegancia verbal, para preocuparse demasiado de lo que se llama el estilo de un autor, es decir, los gestos de su pensamiento. Debemos imitar en esto a Newman, para no caer en el vacío del pedante hipnotizado por las palabras, y cuya obra maestra no será nunca otra cosa que un centón. Una actitud clara a este respecto nos colocará inmediatamente en el grupo viril de los que estiman que lo importante es la sustancia de las cosas, Lo que un hombre quiere decir, la tendencia de sus ideas, la utilidad que pueda reportarnos a nosotros y a nuestros semejantes: he aquí lo que queremos saber. El arte no es más que una añadidura, y si la cristiana costumbre de considerar las cosas *sub specie*

⁶⁴ WALTER SCOTT, el famoso novelista escocés (1771-1832), autor de *Ivanhoe* y de *Quintin Durward*; EMMANUEL KANT, el gran metafísico alemán (1724-1804), que derribó definitivamente la antigua escolástica. - (*N. del T.*).

⁶⁵ El famoso cardenal inglés, una de las más resonantes conversiones modernas al catolicismo (1801-1890). - (*N. del T.*).

aeirnitatis eleva esa actitud nuestra a la finalidad y a la caridad que rebasan el orden puramente intelectual, tanto mejor para nosotros.

Según esto, ¿qué libros deberemos leer?

Hay un principio cuya aplicación no ha dejado nunca de conceder la superioridad al pensamiento de un hombre y asegurarle a los treinta y cinco años la fuerza y la autoridad que de otra suerte no tendría a los sesenta. Es el antiguo precepto: NO LEA LOS LIBROS BUENOS -porque la vida es demasiado corta-, LEA TAN SOLO LOS MEJORES. Este simple consejo es tan infalible como los axiomas más seguros de la higiene física. No obstante, el hecho es que de cada veinte personas, diecinueve le temen. "¡Una vez más las obras maestras!", exclaman, lamentándose; "¡siempre VIRGILIO, DANTE y CORNEILLE, la eterna monserga! Prefiero vivir vulgarmente que morirme de tedio".

Esta opinión de que las obras maestras sean fastidiosos libros de clase comentados por pedagogos aburridos, pura materia de exámenes, es un singular producto de la educación. Sin duda, la ignorancia sería menos catastrófica, porque no habría creado el complejo que para el estudiante representa la idea de que nada hay de común entre él y las obras maestras; pero este fantasma puede exorcizarse en un instante. Basta modificar la sentencia más arriba citada, en el sentido siguiente: LEA SÓLO LOS LIBROS QUE LE PROPORCIONEN EL MAYOR GOCE POSIBLE.

Había en Londres, durante el pasado siglo, un modesto funcionario amigo del aislamiento propio de un hombre sin medios de fortuna, pero que, no obstante ello, amaba el brillo de la civilización moderna y en especial el teatro, las grandes actrices, el talento y la elegancia. Huelga decir que ese individuo acostumbraba asistir a los estrenos, pero además, durante las horas libres que le dejaba su labor ordinaria, se dedicaba también a leer obras teatrales, de todos los tiempos, países y clases. Sólo les pedía una cosa: que le gustasen, y jamás ha habido otro lector que pusiese como él su goce por encima de toda otra consideración. Conocemos sus impresiones, y de muy pocos hombres las conocemos mejor que de este perfecto aficionado. Y es tan sólo por su infatigable aplicación a no hacer nada más que lo que quería, y por el goce que le

procuraba el analizar su contentamiento, por lo que ese hombre alcanzó una rara originalidad. Si se hubiese limitado a leer sermones célebres, como solían hacerlo todavía muchos de sus contemporáneos, su vida hubiera sido no solamente fastidiosa, sino también inútil. Se llamaba CARLOS LAMB,⁶⁶ y su nombre goza de bastante relieve en la literatura inglesa. Si examinamos de cerca lo que este hombre leía incesantemente, veremos que ello era la flor de la dramaturgia de su país, los clásicos del teatro; y dicho esto, experimentaremos una decepción -¡hasta tal punto está arraigado en nosotros el prejuicio contra los modelos literarios, adquirido durante los años del colegio!- y se desvanecerá el deseo que sentíamos de imitar a ese aficionado.

No obstante, LAMB experimentaba un placer magnífico en husmear entre el montón de obras del siglo XVI, y el agrado que nos proporcionan las novelas contemporáneas no puede compararse ni remotamente con aquel goce.

Hace algunos años emprendí el viaje de Montreal a Boston en un *pullman* que, salvo raras excepciones, no lleva más de tres viajeros durante las doce horas del trayecto. Delante de mí viajaba una muchacha estudiante de Mc Gill, que a juzgar por lo que habían dicho dos amigas suyas que fueron a despedirla a la estación de partida, era una estudiante de tercer año. Al otro lado del pasillo estaba el tercer viajero, uno de esos jóvenes norteamericanos tan perfectamente guapos, tan maravillosamente vestidos, tan llenos de atractivos, que al verlos, uno está tentado de atribuirles un talento excepcional, aun dejando aparte sus múltiples perfecciones menores. Este semidió estaba leyendo. La estudiante de Mc Gill miró hacia él, hasta que los ojos de uno y otro se encontraron. "¿Lee usted?", preguntó la muchacha, después de un intervalo de mutua y muda presentación, terminado con una sonrisa. -"Sí" - respondió una voz muy vulgar; "lo que más me gusta son las historias de amor en que un muchacho hace toda clase de majaderías". Siguiendo

⁶⁶ Estuvo empleado durante treinta años en la Compañía de las Indias Orientales. Escribió poesía y prosa. Alcanzó gran popularidad por sus ensayos, especialmente los dedicados a dramaturgos ingleses

el rito norteamericano, corriente en tales casos, el libro atravesó en seguida el pasillo y la muchacha se puso a hojearlo. La voz había revelado un desagradable contraste entre ella y su propietario, y ahora el libro hacía otro tanto, pues la muchacha iba ensombreciéndose a medida que lo examinaba, pasando por alto páginas enteras y hasta mitades de capítulos. Al cabo de un rato mi conciencia profesional ya no pudo contenerse más; me incliné hacia el libro y dije en voz baja: "¿Ha leído usted *Vanity Fair*?" La muchacha levantó los ojos, se sonrojó ligeramente y contestó: "¿*Vanity Fair*, de DICKENS? -No, dije yo, de Thack... -¡Oh, sí! ¡De Thackeray, naturalmente! Pues no; no lo teníamos en el programa".

¡Qué no habría dado yo por llevar *Vanity Fair* en mi maleta, abrirlo y ver el entusiasmo de una muchacha que no tenía un pelo de tonta, ante la presentación de Becky Sharp en casa de Sir Pitt y a su inmortal ama de llaves!⁶⁷

-¡No ha leído *Vanity Fair*, obra que una vez empezada ya no podría usted dejar, y en cambio, pierde una hora entera en la historia de amor de un muchacho imbécil que le aburre soberanamente! -exclamé.

La muchacha estaba realmente aburrída con el libro, pero también me di cuenta de que no lograba convencerla. Mientras las obras maestras sean "libros que están en el programa", la gente preferirá leer folletines. Vale más bostezar ante éstos que arriesgarse a la conquista de los grandes libros

Las lecciones, los "deberes", los libros de texto con notas pedantes, los programas y exámenes han producido esta aprensión. En efecto: tan pronto como un gran libro deja de ser tenido por tal, recobra su primitivo valor de lectura cautivadora. Otro lance que me ocurrió también en el tren vino a demostrármelo palpablemente. Era antes de la guerra. Me dirigía a Orleáns. Frente a mí un hombre de aspecto campesino, pero de rostro inteligente, examinaba unos papeles. En el rincón, al lado de mí,

(1775-1834). - (N. del T.).

⁶⁷ Alusión a uno de los mejores pasajes de la famosa novela de TACKERAY, *Feria de Vanidades*, en la que se describen maravillosamente las costumbres de la burguesía inglesa de su tiempo (1811-1863). - (N. del T.).

la hija de aquel desconocido estaba leyendo. Era una niña de doce años, vestida de negro, y su libro, un tomo pequeñín y gordito, había sido también enlutado por algún encuadernador casero. Jamás había visto leer de aquel modo. Hubiérase dicho que la fina y delicada silueta de la muchacha quería sumergirse en el libro.

Al cabo de un momento, mi curiosidad acerca de un tomo que tenía la rara virtud de hacerse leer de aquella suerte, era ya irresistible. Esboqué una ligera escaramuza de introducción, dirigiendo cuatro palabras al padre, y en seguida, volviéndome hacia la hija, le pregunté:

"¿Qué está usted leyendo con tanto ahínco?" La carita absorta se alzó poco a poco, como si volviese de regiones remotas. "Es la historia de Roma, caballero (y aquí hizo una pausa), y ya voy llegando a Julio César. -¿Cómo sabe usted que Julio César está por llegar? -¡Vaya! ¡Porque he leído el libro muchas veces!"

Quien haya oído el tono con que la niña decía: "y ya voy llegando a Julio César", puede decir que no ha vivido en vano. Ninguna perspectiva de vacaciones, de título del magisterio o de bachiller, del primer baile o incluso de noviazgo, ha producido jamás un acento semejante. En un abrir y cerrar de ojos me imaginé el cuadro: una casa de campo, en la venteada Sologne, con algunos magros y esparcidos viñedos, el comedor de familia, con la amplia chimenea; en uno de sus lados, bajo los frascos de pólvora ancestrales, la mísera biblioteca con tres o cuatro libros de devoción, rezumando humedad, un tomo de jardinería, un tratado de agrimensura, *El Médico de las Familias*, un Petit Larousse y, en un rincón, la *Historia de Roma*, encuadernada en tela negra. En medio de una biblioteca moderna, de novelas y revistas ilustradas, nuestro tomito habría producido a un niño de hoy el mismo efecto que un viejo monje sombrío. Junto a *El Médico de las Familias* y al tratado de agrimensura, la *Historia de Roma* recobraba su mágico esplendor y Julio César volvía a ser el héroe de la novela que fue durante varios siglos. Por un azar increíble, la muchachita llevaba en sí los sueños, aspiraciones y admiraciones de las princesas de tiempos remotos. Tenía perfecto derecho a su aspecto distinguido.

He aquí lo que consiguen los clásicos, cuando no quedan disecados en las manos de los encargados de enseñarlos, y sobre todo cuando no padecen la vecindad de las frivolidades modernas, que los convierten en algo así como el pan moreno de Auvernia comparado con las artificiosas golosinas del confitero. Ninguna de las desdichadas lecturas que acechan a nuestros niños, sin que podamos evitarlo, es capaz de proporcionarles el entusiasta asombro ni siquiera el esparcimiento que los grandes libros han producido siempre.

Por tanto, si usted que no es un niño desea poseer la fuerza necesaria para pensar verdaderos pensamientos; si desea que su lectura no se vea jamás turbada por un momento de fastidio, haga lo que han hecho desde que existen libros en el mundo los hombres más dignos de este nombre: lea sólo lo mejor. Si hay en usted algo que se rebele contra este consejo, tenga cuidado; no está en el estado de ánimo adecuado para leer el presente libro, pues no le interesa el Arte de Pensar y sólo desea algo así como una especie de comprimidos de pensamientos, cosa que no hay en mi botica y, por tanto, ¡váyase con Dios! Pero no; no nos despidamos hasta que tenga hecha una lista de algunos grandes libros que le interesaron antaño, es decir, que no solamente lo instruyeron, sino que además lo deleitaron. Vuelva a esos quince o veinte tomos; esa es su biblioteca, es decir, su manantial de pensamiento, su delicia y - cuando vea que le envidien el goce así recibido- su orgullo.

¿Quiere esto decir que le es necesario abandonar toda la literatura contemporánea y encerrarse entre los monumentos del pasado? No, y mil veces no, pues nada incita tanto el pensamiento como los temas candentes, y si no es de su tiempo, ¿de que tiempo será? Hay que leer a los poetas contemporáneos y a los novelistas del día, e incluso hay que seguir el arte en sus más avanzadas manifestaciones. Seguramente hubo hacia 1840 viejos londinenses que no quisieron leer *Pickwick-Papers*⁶⁸ porque sus capítulos no se parecían a los ensayos de ADDISON.⁶⁹ Esos

⁶⁸ La más famosa de las novelas de CARLOS DICKENS (1812-1870) - (N. del T.).

⁶⁹ JOSÉ ADDISON, ensayista inglés muy celebrado en su tiempo (1612-1719) - (N. del T.).

chapados a la antigua salieron perdiendo, lo mismo que nosotros perderíamos si ahora dejásemos de leer a ARNOLD BENNETT o a MAURIAC, aun en el caso de que dudemos de que ambos, dentro de un siglo, sean para nuestros descendientes el DICKENS y el BALZAC de los comienzos del XX, pero, por otra parte, si se pretende estar al tanto de la producción literaria industrializada de estos tiempos, hay peligro de perderse ¿Será imposible hacer una selección?

No, y no faltan métodos para ello. He aquí un sistema sencillo. Nadie podrá tacharlo de indiferencia por su época, si aspira a descartar aquellos libros que se olvidan a los tres meses, o poco más, de su publicación. Declárese más al día y más al minuto que los más exaltados vanguardistas, negándose a retroceder ni siquiera tres meses en pos de libros fracasados, y verá qué poquísimos libros contemporáneos va a tener que leer. Puede hacer la lista de memoria. Muchos no se dan cuenta de que la febril curiosidad que se produce en el momento de aparecer los libros, y a la cual no sabe resistirse el público incauto, es un espejismo comercial producido por la publicidad. Se cree que es sólo el libro quien mete tanto ruido. Pero el libro es incapaz de armar tal estruendo, y los editores no pueden prolongarlo más allá de una o dos semanas. Cuando otras diez semanas más han dejado caer su pesada carga sobre la fiebre inicial, hace ya tiempo que ésta ha desaparecido. Haga una lista de las obras en prosa o verso publicadas antes de los tres años últimos, hacia las cuales su mano se tiende todavía de vez en cuando: ésas son las que importa que no vayan al cuarto de los trastos viejos; sería imperdonable abandonarlas, incluso por autores de más peso, pero más antiguos. Mas, ¡qué corta es la lista! La notoriedad, por muy encima que esté respecto de la simple boga, se halla todavía muy por debajo de la gloria. Si alguien le reprocha su ignorancia de cientos de libros que no han hecho famosos a sus autores, habla por boca de ganso, a través de los reclamos editoriales o según los entusiasmos de cenáculos, y debe usted oírles como quien oye llover.

Todo lo que acabamos de decir se refiere a la literatura, y es necesario confesar que la literatura, sobre todo la poesía elevada, que debe ser

el alimento cotidiano del hombre culto, nos ofrece el pensamiento en su forma más accesible. No obstante, la literatura no es nuestro patrimonio exclusivo. La filosofía, las ciencias, la historia contemporánea y las ciencias morales nos dan del mundo y del hombre explicaciones eminentemente productoras de pensamiento. Todas ellas tienden a las generalizaciones, que vienen a ser pensamientos portátiles. Y estas disciplinas también tienen, como la literatura, sus clásicos que no podemos ignorar. PLATÓN, SANTO TOMÁS y DARWIN no pueden estar ausentes de nuestra biblioteca. Pero es precisamente en este género de literatura donde no sólo es lícito sino necesario buscar la más moderna información y no los métodos más actuales. La historia pretérita nos interesa sobre todo por la luz que proyecta sobre la historia contemporánea. La política y la economía de nuestro tiempo, el carácter y las ideas de los hombres que influyen en aquéllas, y las tendencias de los partidos modernos, constituyen un campo de conocimientos al cual debemos volver sin cesar. Es necesario que los problemas del mundo podamos leerlos sobre un mapa, como en un libro.

Lo mismo ocurre en filosofía. Nos importa más conocer la posición actual de los problemas eternos, que leer las soluciones que se les dieron antiguamente. Las materias religiosas, conviene saber estudiarlas en su aspecto más reciente, y lo mismo los escritos de reformas sociales, como también, y muy especialmente, la filosofía científica.

Los grandes libros, los grandes hombres, los grandes problemas y las grandes doctrinas, los grandes acontecimientos y lo que significan; es decir, todo lo que se opone a la *cháchara*, es productor de grandes pensamientos. Cuanto menor sea el tiempo de que disponemos, más severa debe ser nuestra elección. No faltan hombres de negocios cuya cultura, no obstante, nos asombra. La explicación de esta aparente anomalía es siempre la misma. En parte se debe a que el trabajo intensivo, y hasta la fatiga que produce, llevan consigo una especie de nobleza, pero sobre todo a que en una vida agobiada de negocios no queda lugar para las ocupaciones intelectuales de clase inferior.

Los padres, preocupados por dar a sus hijos lo mejor en todo, deberían apartar de ellos los libros sin sustancia y los enervantes, con tanta decisión como si se tratase de un veneno ¿Es posible que no comprendan que por las manos de los niños no debe pasar ningún libro inferior a *Robinson Crusoe*, a los *Cuentos* de PERRAULT o *Las mil y una noches*? ¿No quiere que sus hijos sean demasiado precoces? ¿No quiere que sean como las damiselas del antiguo régimen, que a los doce años hablaban ya como marquesas? Abra la ventana y escuche lo que hablan mientras juegan en la arena del jardín, y sabrá a qué atenerse. Estará satisfecho si, a medida que van creciendo, esos niños prefieren la distinción a la vulgaridad. JOSÉ DE MAISTRE nos dice que cuando era pequeño su madre le recitaba largos trozos de Racine, y que "habiendo sus oídos gustado desde muy temprano esa ambrosía, jamás pudo soportar el vinillo". ¡Admirable resultado de una idea elemental!

d) *Cómo hay que leer para pensar*

Este título hubiera carecido de sentido para un hombre de la antigüedad, y ni siquiera para uno de los siglos del clasicismo francés. Para ellos leer era sinónimo de pensar. Es necesario, pues, repetir que la idea y la costumbre de leer distraídamente, tal como escuchamos el rumor del arroyo que nos adormece, corresponden a una época de decadencia intelectual y quedan fuera de toda existencia basada en el pensamiento. Muchas veces estuve tentado de apropiarme la máxima de SCHOPENHAUER en su *Paralipómena*: "¡No hay que leer, sino pensar!", o más bien transformarla en la siguiente: NO LEA NUNCA, ESTUDIE SIEMPRE. Puede esto parecer un poco duro, pero no lo es, si se sienta el principio de que no estudiaremos nada que no nos interese, y que estudiar sólo quiere decir extraer de lo que nos interesa lo que nos interesa más todavía. Así estudian los artistas un rostro hermoso, en vez de echarle solo una mirada. No me cansaré de decirlo: nada inteligente se hace contra Minerva, es decir, en un plano que no tenga algún atractivo para nosotros. La primera condición de toda operación mental es, en el

hombre sano, trabajar sin esfuerzo penoso, con una sensación de facilidad y holgura. No se preocupe de los problemas algebraicos, si lo que le gusta son las comedias, y si las farsas le atraen más todavía, deje las comedias y póngase a leer farsas. Sólo que debe ESTUDIARLAS. A no tardar, descubrirá que es un placer mayor y más profundo estudiar *El Misántropo*, que leer *Scapin*⁷⁰.

Siendo esto así ¿cómo hay que leer? Como quiera usted. Si le satisface leer de prisa, lea de prisa; si lee despacio y no siente la necesidad de leer más de prisa, lea despacio. PASCAL, con gran razón, dice que se puede leer o demasiado de prisa o demasiado despacio; pero lo que él condena no es el método, sino el resultado o la manera caprichosa de llegar a él. El frívolo hará mal en leer demasiado de prisa, pero al sesudo le conviene casi siempre leer con vivacidad. MONTAIGNE se quejaba de la manera formalista de leer: "Mis pensamientos se duermen cuando están sentados; por eso los saco de paseo". El trabajo metódico sigue su camino lento, la curiosidad vuela con las alas de Mercurio. En cuanto a la lectura apasionada, avasalladora, no suele volar, sino que salta, y esto puede hacerlo porque sabe escoger, lo cual indica un alto grado de inteligencia. ¿Como lee usted la *Guía de Ferrocarriles*? Va dando saltos hasta que halla la página que necesita, y una vez en ella, sólo le preocupa su tren, su hora de salida, y la de llegada a los empalmes. Del mismo modo, si yendo en bicicleta se halla en el trance de dudar entre dos caminos solitarios, lee el mapa que le prestan unos automovilistas que pasan. Su alma entera queda absorbida por las líneas encarnadas y negras. Lo mismo ocurre con un dato confidencial, referente a valores bursátiles, que nos comunican en una carta esperada con ansiedad. Y con toda fórmula de piedra filosofal sucede otro tanto.

Sea lo que fuere lo que está leyendo, si lee con intensa curiosidad realizará el modelo de la lectura perfecta. El lector plúmbeo, pegado a las líneas, página tras página, no ve más que las palabras. Y sucede que

⁷⁰ *El Misántropo* es una de las más altas y hondas comedias filosóficas de MOLIÈRE, y *Las picardías de Scapin*, una de sus primeras y más alegres farsas - (*N del T.*).
lee

la excesiva atención en las palabras no produce pensamiento, sino que lleva directamente a la distracción: a veces un magnífico esfuerzo se aniquila por haber sido concienzudo en exceso, y por lo mismo falta de inteligencia,

Tengo un amigo, escritor famoso en materias muy graves, que siempre me ha parecido el modelo del lector activo. Sus libros los escribe únicamente para sí mismo y el prepararlos constituye su goce mayor. Apenas barrunta el más leve peligro de fastidio, se pone en seguida a estudiar con la mayor atención el objeto de sus sospechas, lo mismo que el piloto, ante un iceberg a la vista, lo observa con el catalejo y habla de él brevemente, con repugnancia. Si, por el contrario, un tema, o uno de sus aspectos, le encanta, se acerca a él con ternura y sostiene con él una especie de exquisito diálogo. No precisamente con ustedes, sus lectores. Ustedes y yo no pintamos nada. Se nos permitirá entrar en la biblioteca donde el autor va y viene incesantemente, desde los anaqueles hasta su mesa, y viceversa; oiremos las observaciones admirativas, humorísticas o impacientes que se le escapan de los labios, mientras en una hora compulsiva una veintena de volúmenes, para que coadyuven a su idea favorita del día; pero, descontando este goce reflejo, lo único que nosotros recibimos del autor, de cuando en cuando, es un guiño malicioso al notar nuestra inútil presencia. Escritor delicioso, sin duda alguna; pero lector incomparable, nunca pesado, nunca aburrido ni soñoliento. Siempre de pie, como MONTAIGNE, siempre alerta y dispuesto a escaparse del libro, si deja de complacerle, como se huye de cualquier importuno. Sin duda media un abismo entre esta manera de leer y aquélla, de la cual algunos desdichados profesores aseguraban que era la única buena: "Hay que calentar la silla", decía DU BELLAY. Pero es HENRI BREMOND⁷¹ quien está en lo cierto.

¿Resulta aplicable esto a toda clase de libros? ¿Hay que leer a un poeta lo mismo que se lee una guía de sociedad? A veces, sí. Un día

TISCHELDORF⁷² se puso a leer de esta suerte el *Nuevo Testamento*, en medio de dos prelados romanos que con su charla intentaban distraerle del manuscrito. Pero huelga decir que este método no debe ser el ordinario. La poesía, como una reina, dicta el modo como se debe seguirla, con cortos o largos pasos. El estilo sentencioso de la sabiduría es igual en todas las lenguas. Y está clarísimo que importa distinguir entre lo que leemos sólo para nuestra información, entre lo que nos es útil en sentido práctico, y lo que nos lo es en sentido moral. La historia, tanto política como artística, de la filosofía, de las religiones o las ciencias, y los hechos y las conclusiones que de ellos se derivan: todo lo que es susceptible de ser abreviado en enciclopedias o manuales, debe leerse como el "snob" una guía del gran mundo, cuando busca ávidamente datos sobre una duquesa, o una actriz de moda: nada importan ni libro ni autor; todo el interés se concentra en el tema, procurando absorberle en el menor tiempo posible. Las grandes obras informativas, incluso GIBBON o MACAULAY, y no hay que decir MOMMSEN, merecen sin duda alguna nuestro respeto, pero son instrumentos y hay que tratarlos como a tales. Cuando los datos que buscamos se contienen en veinte páginas, si leemos treinta no somos más concienzudos, sino más pasivos. Cuando sólo se desea refrescar la memoria con una ojeada a un capítulo ya conocido, no hay que perder tiempo volviendo a leer línea por línea. Lo mejor es, caso de tenerlo, repasar el resumen que hicimos de él en otro tiempo. Se dice a los colegiales que estén atentos a sus libros, y se les debería decir también que piensen, y no sólo lean, o que lean con un ojo abierto y con el otro cerrado, de manera que lean en su propia memoria y sólo miren al libro cuando hayan perdido el hilo del pensamiento. Es un derroche leer una página entera cuando bastan dos líneas para tener una idea de ella.

De muchos libros será muy cuerdo leer sólo el índice. Su lectura dará ya una idea general del asunto. Pregúntese entonces cómo lo trataría

⁷¹El amigo suyo a quien acaba de aludir el autor, Henri Bremond (1865-1933), era uno de los sacerdotes católicos más cultos de Francia, eminente historiador de las ideas y del sentimiento religioso en su patria. - (N. del T.).

usted y qué desarrollo acertaría a darle. Hecho esto, repase el índice. Si no se limita a una de esas bromas editoriales, que dicen: *Capítulo X, Emerson; Capítulo XI, Nietzsche*, bromas de las cuales deberían avergonzarse tanto los editores como los autores, una lectura rápida, pero intensa, de siete u ocho páginas del índice le dirá en seguida lo que puede esperar del nuevo libro, dónde encontrará lo que le interesa en él, y a partir de qué punto ya no le servirá de nada. Así entendida, la lectura no adormece ni deja en el espíritu sombras de ideas que luego se desearía poder desechar; sino que mantiene alerta, como si el libro fuese un autor vivo, que es lo que siempre, en efecto, debe procurar ser.

Los libros están mal hechos. Si sus autores quisiesen ser útiles de verdad, pondrían un poco más de imaginación en servir a los lectores, en vez de desplegar delante de ellos su cola de pavo real. A menudo no cabe duda alguna de que la estadística o el diagrama que utilizan ilumina su tesis mucho mejor que el comentario con que la sobrecargan; no obstante, van echando páginas y más páginas. La independencia y el deseo de ser útiles son raros. PÉGUY ha sido tenido por excéntrico a causa de los artificios tipográficos modernos con los cuales aclaraba su pensamiento. Y hace muy poco que un punto y coma al terminar un párrafo, aunque dé a éste todo su sentido, ha dejado de ser una herejía. Al editor le parece que un índice de materias bien hecho es demasiado útil al lector, para que no perjudique la venta del libro. En resumen: se necesitaría renovar completamente el concepto que tenemos del libro.

En muchos casos sacará usted más provecho del análisis de un libro, hecho por un secretario o un amigo suyo, que de su lectura, porque usted dirigirá a aquél varias preguntas, en lo cual estriba la actitud viril por excelencia, y su interlocutor estará al tanto para contestarle. Los hombres muy ocupados que echan mano de este método rápido nos desconciertan a menudo por la extensión de sus conocimientos. Eduardo VII, que no leía nada, estaba sin embargo al corriente de la literatura de dos o tres países. Mientras se peinaba la barba, se vestía o fumaba, le iban leyendo pasajes representativos, y a su vez interrogaba al lector,

⁷² Insigne teólogo y filósofo, muy estimado en Alemania, su patria (1815-1874). - (*N. del T.*).

siguiendo así un verdadero camino real para llegar al saber. A este método alude LA BRUYÈRE cuando dice: "Los hijos de los dioses y de los reyes lo saben todo sin haber aprendido nada". La enseñanza oral es la más humana y provechosa de todas. Los esfuerzos hechos para crear en las universidades norteamericanas "los estudios colectivos", y la costumbre, creciente en los Estados Unidos, de que los estudiantes traten personalmente a pensadores famosos, están magníficamente orientados. A veces es sorprendente el resultado que obtienen los alumnos "empollando" en los "repasos de curso". Este resultado es debido únicamente a la superioridad del método, que obliga al alumno a dar un rendimiento extraordinario. Dos estudiantes que se ponen a "empollar" juntos, ocho días antes del examen, aprenden quizá por primera vez en su vida lo que es tener la mente despierta. Si los métodos del "empollón" se empleasen regularmente en los colegios e institutos que cultivan la somnolencia calificándola noblemente de "cultura amplia y general", ya no serían necesarios los repasos de curso.

A los veinte años, un hombre formado según estos métodos debería poseer lo esencial del saber enciclopédico de nuestros días. Debería haberse procurado a sí mismo, o haber adquirido, una memoria lo mejor posible. Debería también haber contraído la costumbre de tomar notas, sin las cuales SAINTE-BEUVE decía que se lee lo mismo que si se comiesen cerezas: si este sistema se generalizase, dejaría el género humano de ser menor de edad

Este modo resuelto, casi agresivo, de decir a un libro: "¿Tienes algo dentro?", conduce espléndidamente a la información; pero la formación no se somete a un método tan violento. Necesita tiempo, calma y una mezcla de crítica y reverencia, difícil de definir, que sólo se adquiere con la experiencia.

Los escritores que se ocupan del alma en sus operaciones más sutiles y ocultas, es decir, los poetas, los dramaturgos, los psicólogos (in-

cluso los que se sirven de una ficción como *Adolphe*),⁷³ y los autores espirituales de toda clase, crean en torno de ellos una zona de respeto, de la cual nos damos cuenta en seguida. El tono y el ritmo de su primera frase ya nos advierten que aquí el *sturn und drag*⁷⁴ no se lleva. La inteligencia ya no basta; hace falta además la comprensión -que significa simpatía y reverencia- y no tener prisa. Puede un medievalista saber cuánto se ha escrito sobre los cistercienses, Vézelay, el canto gregoriano y el arte románico, y no obstante abrir tamaños ojos al oír que alguien, mucho menos sabio que él, afirma haber comprendido la vida de los monjes del siglo XII al escuchar cierto paradisíaco *Regina coeli*, o bien contemplando la misteriosa luz que se filtraba por un arco entre dos bóvedas desiguales. Se necesitan numerosas experiencias de goce musical o arquitectónico, sin contar el sentido de la belleza espiritual, para comprender una afirmación de esta clase.

Por otra parte, ocurre también que las palabras que expresan semejante afirmación, cuando penetran en una inteligencia ya no salen más de ella, modelándola y dilatándola hasta ser comprendidas. Un ritmo, una imagen y un pensamiento contenidos, de esta suerte, en algunas palabras, pueden bastar para producir una meditación que los incidentes cotidianos serán tal vez capaces de interrumpir, pero no de suspender. Nunca he podido olvidar un verso de cierta canción que un corro de niños cantaba, una noche de verano, bajo mi ventana:

*Un jour l'amour nous blesse*⁷⁵

Las voces infantiles eran despreocupadas y burlonas como la vida misma y, no obstante, había un dejo de compasión en la insistencia con que se apoyaban en las sílabas largas, de suerte que aquella vez me entró por el oído y no ha salido ya nunca más de mi alma. ¿Quién no ve el abismo que separa el mero enterarse, de una poesía así sentida? A la

⁷³ Se refiere a la novela autobiográfica de este nombre, debida a Benjamin Constant, célebre escritor francés (1767-1830). - (*N. del T.*).

⁷⁴ Lema del movimiento renovador alemán que precedió al romanticismo, a fines del siglo XVIII y que se caracterizaba ya por el espíritu de independencia y rebeldía - (*N. del T.*).

⁷⁵ Un día el amor nos hiere (*N. del T.*).

poesía, para comprenderla, hay que pensarla o vivirla de nuevo, y esto es imposible sin añadir algo personal a lo dicho por el poeta. Cuando los tratadistas de estética hablan de crítica creadora, aluden a esta reconstrucción de las grandes inspiraciones. La crítica creadora pertenece a la más encumbrada literatura y al pensamiento superior, que serán objeto de la cuarta parte de este libro.

e) *Comprender y leer con espíritu crítico*

Sea cual fuere nuestra lectura, lo que importa ante todo es comprender, y criticar después de comprendido.

La comprensión es el primero y más esencial de nuestros pasos cuando leemos, y esto lo olvidan muchos. Comprenden, o creen comprender lo que no ofrece dudas, y en cuanto a lo restante, les parece que son caprichos de escritor. Un día, en los Estados Unidos, quise probar a una veintena de personas, mediante un pasaje de *Aurora Leigh*,⁷⁶ en el que MISTRESS BROWNING define la felicidad llamándola "la simpatía con Dios". Uno solo de los lectores se fijó en estas palabras; los demás, evidentemente arrastrados por el ritmo o deslumbrados por la aparente abstracción de la frase, no se fijaban en ella para nada. Y cuando los invité a reflexionar sobre esa "simpatía con Dios", la mayoría me dijeron que semejante expresión, aunque un poco complicada, era perfectamente clara. Pero, apremiados a declarar lo que significaban aquellas palabras, que tan claras les parecían, tuvieron que confesar que no las entendían. Únicamente dos o tres mostraron deseos de que se las explicase. Ni uno solo se arriesgó a proponer la menor conjetura. La actitud general fue la misma de las personas incultas, persuadidas de que quien no se sirve del lenguaje corriente no debe extrañarse de que no se le entienda ni se le escuche.

⁷⁶ Novela de Isabel Barrett (1806-1861), poetisa inglesa, esposa del célebre poeta y autor dramático, también inglés, Roberto Browning (1812-1889). - (N. del T.).

Media un mundo entre las personas para las cuales un poema ha de ser tan accesible como un artículo de periódico, y aquellas otras que tienen o aspiran a tener una cultura. Hay eruditos que se pasan años enteros estudiando un fragmento recién descubierto de algún autor antiguo, leyendo o deduciendo de su lectura los más interesantes detalles. Yo he presenciado cómo ANGELLIER, después de una hora de esfuerzos inútiles, se negaba a abandonar un pasaje difícil de HERBERT, y conseguía al fin extraer de él su pleno sentido de metafísica poesía. Uno de los ejercicios de primer orden a que los profesores inteligentes someten a sus discípulos, consisten también en hacerles pasar un par de horas revolviendo en todos sentidos veinte líneas de SÉNECA. Los extranjeros que visitan la clase y se asombran de este método, acaban por reconocer su eficacia. En cuanto a los alumnos, con el tiempo no deja nunca de llegar el día en que se acuerdan de semejante ejercicio con verdadero deleite. Si conoce usted dos idiomas, entreténgase en intentar la traducción artística e inteligente de algunos pasajes que valgan la pena, aunque sólo sean cuatro versos diarios. Para ello es necesario hacer un esfuerzo, pero éste queda magníficamente recompensado por una perfecta comprensión.

-Es demasiado lento, me dirá, y demasiado difícil. -Pero, ¿no está probando a pensar?

La crítica es otro aspecto del esfuerzo comprensivo. Etimológicamente, crítica significa juicio, y realmente el crítico parece que debe ser un juez, y no un juez caprichoso, sino despierto y concienzudo. La capacidad de resistirse a las frases ajenas, y sobre todo a las impresas; la independencia intelectual necesaria para tener una opinión personal acerca de una idea, de una doctrina o de una obra de arte, así como el talento de expresarla con claridad, constituyen verdaderas excepciones. La mayoría de los hombres suspenden su opinión hasta que otro haya declarado la suya; entonces repiten lo que acaban de oír. El lenguaje corriente hace alusión a esa debilidad intelectual, con la frase tan sobada: LA GENTE ES TONTA. Estas cuatro palabras bastan para retratar la cobardía intelectual que hace del género humano un verdadero rebaño.

Hay que reaccionar lo más pronto posible contra semejante pasividad. Si esto se hace con inteligencia y método, no habrá peligro de que esa pasividad se convierta en arrogante certidumbre y al mismo tiempo el espíritu infantil se fortificará durante los años esenciales de su formación definitiva, Nunca los profesores darán una importancia excesiva al análisis literario, que es el complemento escrito y más reflexivo de la lectura comentada. El alumno se encuentra en presencia de un fragmento literario notable y procede a examinar su estructura. Esto quiere decir que lo lee y lo relea, hasta que llega a descubrir la idea matriz y a seguirla en todo su desarrollo. El día en que el alumno se entrega a este ejercicio, sin pensar en su maestro, y al mismo tiempo se da cuenta de que lo ejecuta con facilidad, instantáneamente pasa a ser un hombre. Son muchos los que al cabo de largos años se acuerdan de la deliciosa impresión de desarrollo o crecimiento que acompañó a esta revelación. La historia, con la apreciación acerca de un gran período o de un grande hombre, el progreso o la decadencia de una nación, pueden proporcionar a los profesores temas tan interesantes y menos especializados que la literatura. También se sacará gran provecho de criticar cualquier refrán o una opinión corriente.

Es necesario infundir al alumno la costumbre que DESCARTES y SCHOPENHAUER estiman como el fundamento de la filosofía: no aceptar nunca nada por verdadero o por bueno, sino considerarlo todo como si fuese un problema. En el mismo sentido CHESTERTON aconseja que concentremos nuestra atención en los objetos familiares, hasta que dejen de serlo para volvérsenos desconocidos; solamente entonces, dice, los vemos en realidad, pues hasta entonces los veíamos como nos habían dicho que debíamos verlos. Seguramente pensaba, al darnos este consejo, en un hecho frecuente, que todo el mundo podrá recordar. Es de noche y vamos en tren o en auto. El paisaje, especialmente si hay luna clara, nos parece desconocido, y vamos observando con interés sus rasgos principales. De pronto, un detalle cualquiera nos revela que estamos en un error: esa comarca que nos parecía nueva, la hemos visto docenas de veces; nos hemos engañado con la convicción de que es-

tábamos en otra parte. Al propio instante, los árboles, las colinas y casas se nos aparecen reducidos a una escala menor y los contemplamos con la indiferencia que engendra la familiaridad. Todas nuestras ideas del mundo, la vida material y la ideal, están de esta suerte viciadas, hasta que consagramos el tiempo y la energía necesarios para examinar de nuevo las cosas y verlas tal como son.

Deberían habernos inculcado tal costumbre de atender críticamente, de modo que nuestro primer contacto con cualquier cosa interesante nos dejase una viva impresión ¿No le ha ocurrido trabar conocimiento con el nombre de un autor extranjero, GORKI, por ejemplo, mucho antes de haber tenido ocasión de leerle? Con ello, como siempre, su curiosidad no hizo más que avivarse. Un día, por casualidad, en una revista da con un fragmento del diario de GORKI, veinte páginas nada más, que tratan del retorno de la primavera, con la admirable narración de la muerte de un niño y de la visita de un anciano obispo a una escuela. Cada frase, cada palabra nos produce una impresión profunda, a causa de la intensidad con que queremos sacar el mayor partido posible de esas veinte páginas; en todo el capítulo hay un encanto misterioso, como el de la música o el de los perfumes. Durante mucho tiempo, cuando hay ya en su biblioteca varios volúmenes de GORKI, se niega usted a leer ni una página más de este autor, temeroso de romper el encanto y porque aquel único capítulo le parece algo así como un talismán. Se da cuenta de que cien lectores que han leído toda la producción de GORKI no lo *poseen* como usted.

Cuando leemos, pensamos o sentimos de esta suerte, la crítica es inevitablemente lo que debería ser siempre: un equilibrio entre lo que veneramos y lo que repelemos. Someter a un gran pensador o a un gran escritor a semejante prueba no es ofenderlos, sino todo lo contrario. ¿Ha visto alguna vez a un pintor, a un verdadero artista estudiar en un museo las obras maestras de su arte? ¡Qué diferencia entre él y la gárrula muchedumbre que desfila a su lado! A medida que los ojos del artista van percibiendo los detalles del cuadro, revelan la penetración habitual en los ojos de los pintores, a los cuales nada se les escapa. Pero

luego, súbitamente se cierran, señal de que el artista hace un esfuerzo para asimilarse la obra, para revivirla, y al fin lo consigue. Ha sido necesario un acto crítico. No se extrañe si un extranjero acostumbrado a SHAKESPEARE, por ejemplo, no se atreve a llamar poeta a RACINE, que empezaba por escribir en prosa sus tragedias. ¿Qué importa esa vacilación, si al observar las cosas más de cerca siente la perfección del dramaturgo francés, como pintor de estados pasionales?

Comprender es criticar, y crítica o juicio son sinónimos de PENSAMIENTO.

f) *Cómo leer el periódico*

Hay quien trata al periódico con un respeto ridículo y lo lee de cabo a rabo. Otros hacen todo lo contrario: "El periódico nunca dice nada; leerlo es tener ganas de perder el tiempo". Otros todavía, más escasos, se rodean de un montón de periódicos y, armados de un lápiz rojo y unas grandes tijeras, los tratan sin contemplaciones. Páginas enteras no obtienen ni una triste mirada. En otras páginas el lápiz rojo dibuja líneas quebradas y vertiginosas. En menos de una hora, los siete u ocho periódicos han sido despachados, es decir, hechos trizas, y sólo permanecen incólumes las hojas marcadas con rojo, esparcidas sobre la mesa, el sofá o el piano. Entonces entran en juego las descomunales tijeras. En pocos minutos los recortes quedan separados de la masa periodística, formando un montoncillo, mientras que las páginas inútiles, tratadas a punta-piés, van a parar al cesto. Entonces verá usted que el lector recoge lentamente, uno por uno, sus recortes. Los mira con profunda atención; nada se parece menos a la expresión ordinaria del lector de periódicos, que esa frente cargada de pensamientos. Poco después, los recortes desaparecen, perfectamente archivados en sus respectivas carpetas.

Más tarde, durante el mismo día, quizá vuelva a encontrar a ese hombre, pensativo y absorto. Es que está repasando lo que leía en sus recortes. Quizá lo encuentre también por la noche, después de cenar. Una atenta tertulia le rodea. Habla con claridad, sencillez y energía;

habla de política exterior. Diríase un comerciante tratando de sus propios negocios. De cuando en cuando le dirigen alguna pregunta, una de esas preguntas que todo el mundo desearía poder contestar. La respuesta es inmediata y convincente. Está basada en los menudos hechos que usted ha entrevisto en el periódico de la mañana, pero sin concederles importancia, mientras que ahora se le aparecen llenos de significado y le dan la clave de acontecimientos fundamentales. "Este es un hombre que piensa", se dice usted.

¿Qué le ayuda a pensar? Sencillamente: el tomar todos los días el periódico de la mañana por lo que en realidad es, por una página de historia. En efecto; si busca la historia en el caótico galimatías de los periódicos, la encontrará sin dificultad y tendrá pensamientos históricos. Busque en él las noticias mundanas, deportivas o teatrales, y hablará el lenguaje de los salones, de los hipódromos o de entre bastidores, pero no pensará nada.

-Comprendido: quiere usted que leamos el periódico como un libro de escuela.

-Eso es. Hay muy pocos manuales escolares que contengan en resumen tantos acontecimientos trascendentales como los que desde 1914 llenan nuestros periódicos. Se han visto muy pocos dramas políticos de tanta importancia. Tras de Europa, que recobra lentamente el equilibrio, viene el Asia, con sus conmociones espectaculares. Mientras tanto Norteamérica, empujada por necesidades de toda suerte, se adelanta despacio hacia el primer término de la misma escena que la tuvo asustada durante largo tiempo. En otras épocas se necesitaron siglos para producir los cambios que hoy presenciamos en sólo un año. A no dudarlo, el periódico es tan rico como un manual, y están completamente ciegos los que a diario le echan tan sólo una mirada displicente, sin darse cuenta de que desperdician una ocasión única para proveerse de imágenes capaces de convertirse al punto en pensamientos. Mas ¿cómo podría ser de otro modo, si tanto los que pretenden ser cuerdos como los locos, hablan sin respeto alguno del periódico, que leen sin pizca de inteligencia?

En las dos secciones precedentes se ha procurado describir:

1. La preparación de nuestra vida y de nuestra mente para las imágenes superiores;

2. La manera de almacenar esas imágenes.

Y así llegamos a la

3.- ELABORACIÓN DE NOCIONES EN EL ESPÍRITU

a) *Repasar lo sabido*

El joven CAZIN⁷⁷ me dijo un día que su padre solía llevarle consigo durante sus paseos por el campo con otros pintores. De cuando en cuando, los dos se paraban a mirar, casi nunca más de un minuto, y luego, volviendo la espalda al paisaje, se ejercitaban mutuamente en ver qué valores pictóricos podían recordar después de tan corto tiempo. El padre tenía una prodigiosa capacidad para captar y retener impresiones. Era capaz, después de varios meses, de probar que ciertos matices imperceptibles a la visión ordinaria estaban todavía grabados en su memoria. CAZIN lo había aprendido de LECOQ DE BOISBAUDRAN, quien a su vez lo había enseñado a otros artistas, entre ellos a RODIN.

Lo que los pintores hacen con los valores cromáticos, nosotros podemos hacerlo con las nociones ordinarias. Esta prueba, o simplemente la idea de ella, multiplica nuestra energía intelectual. MARONCELLI, en sus apéndices a *Mis prisiones*, de SILVIO PELLICO,⁷⁸ cuenta cómo se

⁷⁷ El autor alude en este párrafo a varios artistas franceses de tercera fila, menos el que nombra al final, Augusto Rodin (1840-1911), genial escultor, uno de los más grandes de la Europa moderna - (*N. del T.*).

⁷⁸ El admirable libro escrito en la fortaleza de Spielberg, por el patriota italiano Silvio Pellico (1788-1854). - (*N. del T.*).

ingeniaron ambos para procurarse los medios con que alimentar su espíritu, durante los primeros meses de su cautiverio, faltos como estaban de libros, pluma y papel. Narra cómo por separado repasaron todos sus recuerdos de historia, literatura o filosofía, alternándolos según los días. Y como el uno suplía lo que faltaba al otro, se asombraron de ver lo que eran capaces de proporcionarles sus memorias combinadas. Poco a poco, sus conocimientos, en vez de ser un caos inútil, quedaron ordenados y estuvieron prontos para prestar servicio en cualquier momento. Su espíritu, al propio tiempo, se hizo más libre, y así pudieron componer, sin papel alguno, largos poemas, varios de los cuales sólo vivieron en la memoria de sus creadores el tiempo que duró su prisión. Leyendo a MARONCELLI se adivina que los dos amigos, reducidos a valerse de métodos primitivos, y exaltados por su aislamiento, tal como después les ha ocurrido a muchos prisioneros rusos encerrados en las mazmorras bolcheviques, se hallaban más cerca de sí mismos y poseían mejor todas sus facultades, que en cualquier otro tiempo anterior de su vida.

Nosotros podemos echar mano de este método. No hay ejercicio capaz de llenar con mayor provecho una media hora inútil. La especial mezcla de repulsión y de añoranza con que recordamos la mayoría de nosotros cuanto aprendimos en el colegio, procede casi únicamente de una sola causa. Al terminar nuestros estudios, nos sentimos en posesión de una suma de conocimientos, y esto nos proporciona un placer; pero luego tenemos la sensación de no haber avanzado casi ni un solo paso, y esto nos entristece. Semejante contraste es lo que crea en nosotros la aprensión que nos produce un habitual sentimiento de inferioridad. Pero si se presenta una ocasión de completar, como hicieron PELLICO y MARONCELLI, lo que dejamos trunco, el fantasma se desvanece y volvemos a experimentar una sensación de alegría. Un padre que al cabo de veinticinco años se pone a leer nuevamente los *Comentarios* de CÉSAR, en compañía de su hijo, percibe palpablemente la elegancia de estilo que había apenas entrevisto cuando era un estudiante de bachillerato. Si el mismo, a los veinte años, hubiese hecho la reválida y releído a

CÉSAR, el resultado hubiera sido idéntico; pero dejó los estudios, y la lectura de CÉSAR no fue más que un placer embrionario. Lo mismo puede afirmarse, poco más o menos, de cuanto se lee o, mejor dicho, se roza durante la segunda enseñanza. Podemos comprobarlo abriendo de nuevo el *De Viris*,⁷⁹ o la breve cronología de historia patria que estudiábamos a los nueve años. Es seguro que haremos verdaderos descubrimientos.

¿Recuerda algún libro cuya lectura haya sido para usted un acontecimiento, en aquella época en que todas las impresiones son vivaces porque el alma no está todavía agobiada por nada? ¿Acaso no ha aprendido de memoria y oído leer alguna composición en verso, que luego ha representado para usted algo así como la encarnación de la poesía? En una ocasión vi a un hombre que sacaba de su cartera un trozo de papel cuidadosamente plegado. Era una poesía recortada de una revista y que llevaba consigo como un talismán. Sin duda alguna usted tiene también su poesía favorita. Cuando le sobren algunos minutos, cierre los ojos y repase mentalmente esos versos, del mismo modo que se reviven recuerdos preciosos. Muchas horas grises, en ferrocarril, en el hotel o a bordo de un navío, han sido iluminadas por este ejercicio mental, así como una habitación puede serlo por un ramo de flores.

También podemos recordar momentos o crisis bienhechoras, que han sido como las cumbres de nuestra vida interior. Éramos débiles y nos volvimos robustos; nos sentíamos agitados, y de pronto el sosiego vino a nosotros. Podemos revivir la impresión de esos momentos sublimes. Cuando vuelven, todas las fibras de nuestra alma se estremecen, como el champaña al contacto de una migaja. Creíamos recorrer tan sólo la cronología de nuestros actos y, súbitamente, nos encontramos en el meollo de nuestra propia personalidad.

Tampoco será perder el tiempo rehacer espiritualmente los viajes más importantes de nuestra existencia. En la actualidad, se viaja dema-

⁷⁹ El autor alude a las *Vidas* escritas por PLUTARCO, hasta hace poco libro clásico fundamental en las escuelas francesas, impregnadas de humanidades. - (N. del T.).

siado y excesivamente joven. Un clavo saca otro clavo, y esto lo saben ya, puesto que lo confiesan sin pena, incluso filósofos de trece años. Los que aparentemente son los menos favorecidos, sin embargo, resultan ser los más dichosos. CARLOTA BRONTË,⁸⁰ nacida a menos de ochenta kilómetros del mar, no lo vio, sin embargo, hasta los veinticuatro años. Y un año después hablaba de esta revelación tal como habría hablado de un primer amor, hasta tal punto le había impresionado. Recuerda usted su primer viaje, la primera vez que se sintió forastero al oír un idioma desconocido: le ha parecido, de pronto, que se encontraba muy lejos, débil y desamparado. Estas impresiones hay que revivirlas. Lo que nos dijeron una pequeña ciudad de Umbría, una caleta rodeada de pinos, a orillas del Mediterráneo, o el desierto de Arizona, visto a la hora del amanecer, jamás debería olvidarse.

Tampoco hay que perder lo que haya podido recogerse de belleza artística. ¿Por qué calcular la velocidad del tren multiplicando el número de intervalos de la vía cuando podríamos procurarnos media hora de goce puro recordando una sala del Louvre? Con un poco de costumbre es posible evocar la *Venus de Milo* o los *Desposorios de Santa Catalina*,⁸¹ con la fuerza suficiente para devolver la vida a la impresión que nos dejaron esas obras de arte. Si se entrega un poco a la contemplación, renacerá en usted la serenidad de Grecia o la gracia luminosa de Italia. Y así, sin el menor esfuerzo, no solamente se entregará a un ejercicio mental realmente útil, sino que además se encontrará en el estado de espíritu en que RUSKIN escribía acerca del arte.

Las grandes vidas y las grandes acciones pueden poblar nuestra soledad. La vida de los santos y, sobre todo, la de Jesucristo, han llenado la existencia de millares de pensadores. Los escritores franceses agudos, cuando hablan de esta especie de contemplación se sirven de una frase muy significativa: *s'entretenir de la vie des Saints*, que quiere decir, a la

⁸⁰ Una de las dos hermanas que fueron grandes novelistas inglesas, durante la primera mitad del siglo XIX. Carlota es la autora de *Jane Eyre*; nació en 1816 y murió en 1855 - (*N. del T.*).

vez, continuar un diálogo consigo mismo acerca de esas almas nobles, y al mismo tiempo alimentar con ellas la propia vida.⁸² No hay expresión reveladora de una psicología más rica ni más verdadera.

Los antiguos conocían las excelencias de este ejercicio. Recuérdese que PLUTARCO -el que antes de la difusión del cristianismo hizo más para popularizarlas- era sacerdote y moralista. Sus historias ilustran su doctrina. La pasión por la historia, característica de los siglos clásicos - no debilitada hasta que los narradores mismos suplantaron a sus propios héroes- se alimentaba con la admiración hacia los personajes excepcionales más que con el interés político. En sus encantadoras memorias, MADAME CAMPÁN cuenta que Madame Louise, la menor de las hijas de Luis XV, dedicaba largas horas a oír la lectura de la historia de Francia, porque antes de hacerse carmelita quería haber terminado una colección de memorias históricas. Y cuando MADAME CAMPAN añade: "Sólo una hazaña le era posible a esta princesa, y la hizo", comprendemos que los nobles ejemplos recogidos a lo largo de la historia de Francia influyeron, sin duda alguna, en el acto realizado por esa singular princesa.

Todos cuantos se interesan por los grandes seres, sin los cuales en vez de historia habría sólo una anodina monotonía, saben bien que, aunque muertos y sepultados hace mucho, hay en ellos más vida que en los autómatas que pululan en torno a nosotros. El recuerdo y la presencia espiritual de los personajes históricos nos serían familiares si el temor de ciertas palabras, creadas por la chabacanería para herir a la distinción, no obligara a un hatajo de borregos a refugiarse en la uniformidad. Ninguno de los ejercicios que acabamos de describir es un esfuerzo penoso, sino que, por el contrario, constituye más bien un descanso, seguido de una recuperación de la vitalidad. Sólo falta probarlo.

b) *La reflexión*

⁸¹ Magnífica pintura de CORREGGIO, existente también, como la Venus de Milo, en el Museo del Louvre - (N. del T.).

⁸² Porque "s'entretenir" significa a la vez "conversar" y "mantenerse, alimentarse". - (N. del T.).

Es lo que en el lenguaje corriente se llama pensar. Cuando los que están despiertos no hablan, ni escriben ni se entregan a tarea alguna, si nadie les dirige la palabra se sobreentiende que piensan.

En realidad, reflexionar es algo más activo. Recuerdo la definición que daba MADAME DE MAINTENÓN: "Reflexionar es pensar con atención varias veces en la misma cosa". Deliciosa sencillez de lenguaje que expresa, sin embargo, lo que quiere decir, mucho mejor que la jerga profesional de los psicólogos, por lo menos desde fines del siglo XVIII acá.

Se puede, no obstante, disentir razonablemente de ella: la reflexión, tal como la define, implica una simple repetición atenta, mientras que en realidad destaca siempre los múltiples aspectos de un tema. Se equivoca, pues, MADAME DE MAINTENON; pero su definición es justa, en el sentido de que indica la presencia en el espíritu de un objeto único que lo absorbe.

Todos conocemos la reflexión, primero espontánea y poco a poco más voluntaria y consciente. Apenas un niño tiene conciencia de algo que le atrae o le repugna, comienza a revolver en su cabecita los medios de que valerse para escapar a lo que teme u obtener lo que desea. Esto se hace, como de costumbre, mediante imágenes o grupos de imágenes que muestran al espíritu algunas escenas de lo que puede ocurrir. Por último, una serie de ellas, formando un argumento completo, parece ser más probable que sus rivales, y entonces la inteligencia deja de buscar otras posibilidades. Esta interrupción es lo que se llama una decisión, ya que el cuadro final pone en juego nuestras facultades volitivas. Se puede decir que, en definitiva, el objeto de la reflexión es el descubrimiento por parte del espíritu de algo satisfactorio que no existía al comenzar la investigación. No hay verdadera diferencia entre el descubrimiento y la invención científica. "¿Cómo ha encontrado la ley de la gravedad?", preguntaron a NEWTON. -Y contestó: "Pen-sando siempre en ella".

Pero no en todos los casos nos damos cuenta de esto, porque pensamos con más eficacia precisamente en los momentos en que creemos

no pensar, y porque las fases sucesivas de este pensamiento no pueden ir a pescarse en la subconciencia, Sin embargo, cada vez que conseguimos atisbar lo que ocurre en ésta, vemos largas cadenas de imágenes. Es frecuente levantarse por la mañana muy resueltos respecto de algo que la víspera, al acostarnos, era para nosotros completamente dudoso. Y si nos es posible volver a encontrar la última serie de imágenes que vimos antes de dormirnos y confrontarla con ésta que actualmente nos satisface, nos daremos fácilmente cuenta de su mutuo encadenamiento.

La reflexión, por tanto, es un estado natural, pero sólo en la excitación producida por el temor o el deseo. Si esta impulsión inicial es tan sólo epidérmica, las reacciones consiguientes serán también superficiales. Este es nuestro habitual estado de ánimo. Cuando nos aficionamos a la meditación o cuando las circunstancias exteriores nos obligan a reflexionar, para pensar necesitamos tener en cuenta nuestra inercia. La meditación matutina de las personas piadosas constituye para ellas una carga mientras depende de un libro, es decir, de algo externo. Pero todo cambia en seguida si ese movimiento anímico se hace personal o, por decir mejor, individual. Entonces no hay necesidad de que un libro o un director espiritual haga el esfuerzo de pensar por nosotros.

A los niños de las escuelas se les debería acostumbrar a ejercicios regulares de pensamiento. El sistema Montessori impone en las clases determinadas pausas, durante las cuales los niños esconden la cabeza entre las manos y se dedican a reflexionar. MADAME DE MAINTENÓN recomendaba también intervalos de silencio, y sus instrucciones pedagógicas se proponían sacar de esas pausas el mayor partido posible. Esta discreta dama observó que a las alumnas de Saint-Cyr no les gustaba buscar la solución de los problemas que se les proponían -ni siquiera los de puro pasatiempo- y los: "¡Señora, díganoslo!", se oían mucho más a menudo que los: "Deje usted que lo piense".

Pida a una clase de treinta alumnos la explicación de alguna cosa complicada, capaz de interesarles. Todas las manos se alzan al punto. Haga un signo negativo y dígales que la respuesta a su pregunta deberán escribirla en los cuadernos, con todo sosiego corporal y serenidad

de espíritu. En seguida verá en los rostros más inteligentes una sonrisita, que significa: "Iba a decir una tontería, y usted lo ha calado". En los demás rostros no verá nada, y podrá darse por muy satisfecho si hay en la clase siquiera un alumno que se entregue realmente al esfuerzo de reflexionar.

He visto clases enteras torturadas por un ejercicio facilísimo sin embargo, y sobre el cual es preciso insistir a menudo. Dicte a los alumnos un texto latino, lo bastante difícil para que no puedan leerlo de corrido - por ejemplo, un bello pasaje de OVIDIO- e impóngales las condiciones siguientes:

1° No podrá escribirse ni una sola palabra durante tres cuartos de hora;

2° Durante el mismo tiempo, no podrá abrirse el diccionario, y el texto será leído, releído, mirado y vuelto a mirar de manera que las dificultades que ofrece lleguen a percibirse con claridad perfecta;

3° Después de esto, se podrá recurrir al diccionario, pero únicamente durante ocho minutos;

4° Pasados los cuales se tomará la pluma y papel y se escribirá la traducción, tal como salga viva de la inteligencia del alumno.

Jamás he visto que falle el sistema, ya que obliga positivamente a la reflexión. Pero los espíritus jóvenes, que no están acostumbrados a ella, se muestran tan rebeldes a la concentración, que al principio el ejercicio constituye para ellos un verdadero suplicio. Una comezón irresistible empuja los dedos de los alumnos hacia la pluma y el diccionario. ¿Por qué? Porque tienen el hábito de no pensar en los problemas, sino de desembarazarse de ellos lo más pronto posible. El estudiante medio detesta el ejercicio de composición francesa, porque las pruebas que lleva hechas le han dejado un recuerdo desagradable. Sabe que escribir una composición equivale a escribir algunas líneas, después de las cuales se produce un vacío horrible, que hace más torturadora la necesidad de decir algo, cueste lo que cueste. Si desde la primera tentativa se le dijese que ni una sola palabra de una composición debería escribirse mientras ésta no se hallase clara y enteramente cuajada en el cerebro y

pronta a ser *recitada*, jamás conocería ese degradante suplicio. Nada hay, en efecto, tan satisfactorio para el espíritu como el poder pronunciarse en alta voz sobre un tema cualquiera. Por otra parte, nada tan fácil como escribir lo que de esta suerte se acaba de pensar en voz alta. Enseñe a sus alumnos a componer en dos tiempos, tal como queda dicho, y la aprensión de tener que escribir cuando no hay nada que decir desaparecerá en seguida. Será, además, una buena ocasión para librar a las cabezas jóvenes de otro fantasma: la superioridad del libro y de los que hacen libros. Basta hacer observar que un libro no es más que una serie de capítulos preparados según el método antedicho, de suerte que, como escribe LA BRUYÈRE, "se aprende a hacer un libro, como se aprende a hacer un reloj".

c) Escribir para ayudar al pensamiento

Debería conservarse durante toda la vida la costumbre de usar pluma y tinta para saber concretamente lo que se piensa y se quiere. Esta costumbre es útil no sólo porque favorece la reflexión, sino porque es elemento considerable de un importante inventario.

Hay una infinidad de temas de los que sabemos que son esenciales, pero muy poca cosa más. Por ejemplo: ¿qué sabemos de Dios, la inmortalidad del alma, el fundamento de la moral, la naturaleza y condiciones de la felicidad, el amor, el matrimonio, el empleo de la vida o los fundamentos de la literatura y del arte? Casi nada. Hemos visto tratar esas cuestiones tan a menudo, y nosotros mismos hemos hecho tantas alusiones a ellas, que acabamos por creer que nos son familiares. Pero es una ilusión, la misma de que somos víctimas cuando, después de haber diferido largo tiempo el examen de un asunto, lo bastante embarazoso y serio para tenernos preocupados, resolvemos cortando por lo sano. Estamos convencidos de que, sin saber a punto fijo cómo, hemos estudiado ya el pro y el contra más de lo que podría creerse, y del tiempo que hemos malgastado en tergiversar las cosas decimos que lo hemos gastado en reflexionar sobre ellas. Pero no hemos reflexionado

nada; sólo tuvimos el deseo de reflexionar. Si pudiésemos sumar los minutos que hemos consagrado a un examen crítico de lo que creemos ser nuestra opinión sobre la vida futura, por ejemplo, nos quedaríamos estupefactos ante lo mísero de la suma. Los millares de alusiones hechas por nosotros y por otros a la vida futura, no llegan a formar ni un pensamiento: significan tan sólo que la vida futura es un tema de tal importancia, que se hace forzoso tratarlo a menudo. He conocido a un alto dignatario de la Iglesia que siempre había deseado, pero también diferido, emprender la historia de su catedral, una de las más famosas de Europa. Cada vez que le oía decir: "Mi catedral", pensaba yo: No, la catedral no es tuya, eres tú quien eres de la catedral. Y lo mismo ocurre con esos grandes temas, de los que decimos fácilmente que estamos poseídos por ellos, pero de los cuales jamás nos atreveríamos a decir que los poseemos.

En la prensa figuran un gran número de escritores cuya especialidad es la de tener opinión sobre lo divino y lo humano. Un día sí y otro también dan su parecer en cincuenta o sesenta líneas, acerca de una infinita variedad de temas, la mayoría interesantes. Cuando se es del oficio, no hay cuidado de equivocarse al calcular el tiempo que han necesitado esos conspicuos colegas para tratar de cada asunto. La cifra se traduce más bien en minutos que en horas. Sin dificultad se advierte que raras veces los autores han consultado la bibliografía del tema, ni siquiera en una enciclopedia. Se contentaron con resumir su impresión superficial a base de los datos también superficiales de que disponían. Es poco: pero, como más vale poco que nada, los lectores nos tragamos esos artículos de cabo a rabo.

Sería un buen principio si nos dedicásemos también nosotros a resumir por escrito lo que sabemos, lo que nos mueve a duda y lo que queremos saber: bastaría para ponernos en el camino de la sabiduría o, cuando menos, de la comprensión. En el siglo XVII se usaba anotar de vez en cuando las meditaciones en un cuaderno. Hoy, para el caso nos servimos de un sobre o una carpeta, y guardamos allí la nota que, a manera del cristal madre de una solución, puede infundir orden y soli-

dez a nuestro pensamiento en torno a cualquier tema. Los resultados son sorprendentes.

Con el mismo provecho se servían de la pluma para saber exactamente lo que pensaban de sus contemporáneos. Esos retratos tenían a menudo el defecto de ser un poco preciosistas, pero les obligaban a ejercitarse en la observación y la crítica, y algunos de ellos, escritos por desconocidos, tienen todavía para los historiadores un valor excepcional. Ponga en práctica este método, en interés de sus amistades, para su legítima defensa o incluso por simple curiosidad, y pronto advertirá que está leyendo en el alma de los que le rodean, mucho mejor de lo que habría podido hacerlo después de varios años de una familiaridad menos activa.

¿Quiere esto decir que los escritores profesionales tengan la máxima probabilidad de pensar como nadie? De ninguna manera. En la segunda parte de esta obra he demostrado que el escritor profesional es el juguete de uno y otro fantasma. Sólo los grandes hombres son capaces de dominar su sensibilidad. Los talentos medianos están constantemente cohibidos por una sensibilidad excesiva. La idea de que se escribe para el público, para la crítica y a menudo para una interpretación errónea, produce desagradables efectos, que no son de temer cuando sólo se escribe para concentrar la atención. Pero incluso en el escritor profesional este inevitable inconveniente está compensado por la vivificadora influencia de la composición, y hasta el periodista que es digno cuando menos del instrumento que maneja su mano -pluma o máquina- la percibe y se aprovecha de ella. Se pone a escribir un artículo porque no tiene otro remedio, pero al poco rato se encuentra sumergido en el goce de escribirlo, pues al hacerlo sus facultades, puestas en libertad, adquieren una agilidad inesperada. El alma es un país encantado donde hay la certidumbre de ser sorprendido por maravillosas apariciones, como el pescador de los pantanos sabe que casi todas las noches ha de ver fuegos fatuos.

Pero hay más. Sólo se escribe bien o de manera aceptable si se tienen presentes en el entendimiento las líneas generales que se han de

seguir. Cuando el escritor prepara estos esbozos -por completo semejantes a los bosquejos del pintor- ya no piensa para los lectores, sino para sí mismo, y por tanto, escribe a sus anchas.

En la vida del escritor hay una época en que es completamente independiente, lo mismo de sus lectores, que a su parecer no pueden dejar de aplaudirle, que de sus colegas más antiguos, en las que sólo ve a precursores. Felices los escritores que, como BYRON, SHELLEY, BARRÉS y muchos filósofos, comenzaron a publicar sus pensamientos desde los veinte años, porque no sienten la tortura de "haber llegado tarde, y de que todo está dicho". Los grandes lugares comunes que continúan intrigando al mundo, como intrigan a los niños, les parecen cosas que nadie antes que ellos miró cara a cara. *Pereant qui ante nos nostra dixerunt!* Sus más triviales pensamientos se les ocurren dignos de ser conocidos y hasta publicados. Y no se engañan del todo, porque nunca dos músicos tocarán exactamente igual una misma pieza. Conforme caminan por la vida, sus verdes pensamientos convertidos en sólidos impresos les rodean como una muralla y les protegen contra la duda y el desaliento. Un hombre como BARRÉS, a quien solamente un aplomo exagerado le libraba de la timidez, habría podido agotar sus facultades en pura ironía, si desde la edad de diecinueve años no hubiese comenzado a considerar como sublime poesía todos sus pensamientos.

d) *Conservar los propios pensamientos*

No anotar nada de lo que se aprende o de lo que se piensa, es locura tan grande como afanarse labrando y sembrando la propia heredad. para luego, llegada la cosecha, abandonarlo todo y no volver a ocuparse más.

Ciertas personas dotadas de una memoria extraordinaria sólo tienen necesidad de tomar algunas notas; pero una golondrina no hace verano. Los hombres famosos en letras, política o negocios, casi todos han necesitado procurarse una memoria *de papel*, y los que se empeñaron en

sustraerse a esta servidumbre han acabado siempre por arrepentirse, porque los humanistas que definen la memoria diciendo que es la facultad de olvidar, apenas si exageran un poquito. Los hechos importantes y las impresiones fuertes, que creemos tener grabados para siempre en nuestra memoria, sólo perduran en ella unas semanas, a veces sólo días, a menos que tomemos nuestras precauciones para dotarlos de cierta permanencia. Esto es lo que una vida atareada acaba por enseñar incluso a la pereza natural. Los que se ven forzados a sacar a su cerebro un rendimiento activo, no tardan en caer en la cuenta de que no pueden perder ninguno de sus recursos si quieren caminar al compás de su propia existencia. Entonces inventan medios para evitar el derroche. Si son bastante ricos, compran la colaboración de un secretario particular. Si no, leen libros donde se exponen los métodos de la erudición o de los negocios (que son casi idénticos), o inventan ellos mismos sus métodos propios. A veces admiramos, por ejemplo, los inmensos conocimientos que ciertos escritores tienen de la política exterior, y nos imaginamos con asombro los vastos archivos que necesitan y la dificultad de orientarse en tal maremágnum de papelotes. En realidad, no tienen más que grandes infolios de papel corriente, en los que están pegados los recortes de periódicos, siguiendo alguna feliz combinación de líneas verticales u horizontales. Cuanto menos papel se ahorra, más se economiza el tiempo. Las notas escritas con tinta encarnada indican que hay que dirigirse a ciertas carpetas especiales y en extremo interesantes. El secreto está en recortar todo lo importante que se lee en los periódicos, pero *recortarlo el mismo día*. Los periódicos son documentos históricos preparados por prójimos que ni saben historia ni les importa un pito. Un acontecimiento de gran trascendencia puede encontrarse relegado al pie de una columna y reducido a un telegrama, que los *historiadores* de marras han redactado sin darse ni remotamente cuenta de la importancia que tenía. Si extravía usted esas cuatro líneas, pierde al mismo tiempo un eslabón importante de la cadena de los hechos.

Estos son sólo materiales del pensamiento. Los pensamientos mismos, es decir, la iluminación que se produce en nuestro espíritu con la

aparición de hechos relevantes, necesitan guardarse con más cuidado aún. Ya sé que no es cosa fácil y que aun puede resultar peligroso -pues paraliza el trabajo del cerebro- interrumpir una reacción intelectual so pretexto de anotarla. Pero no es imposible, mientras el resultado final de una meditación está todavía en el aire, impedir que sufra la inevitable suerte de nuestros sueños. Es preciso que la nota sea lo bastante rápida para descartar el peligro de lo que el Veda llama "intercalar palabras entre la Verdad y nosotros"; pero lo suficientemente amplia para que el hombre nuevo que seremos al releerla más tarde, pueda volver a encontrarse a sí mismo tal como era cuando la escribió. Si nos asalta el deseo de dar forma completa a una idea de que está lleno nuestro espíritu, no hay que resistirse ni hacerle esperar. Más de un escritor obligado por la vida a trabajar en condiciones desfavorables se ha felicitado de no haber cedido a la pereza cuando se le presentó la ocasión de fijar de esta suerte un esbozo o hasta un fulgor de idea. Así se libra de la torturante obsesión de pensar que antaño su visión de un objeto era clara y comprensiva, y ahora no lo es.

Escribir libros es cosa de especialistas, pero vivir es cosa nuestra, de todos. La vida moral, la vida sentimental y la religiosa: todo lo que está por encima de la vulgaridad vegetativa se halla compuesto, como la vida puramente intelectual, de destellos que una vez idos no vuelven jamás. Un periódico, algunas cartas viejas, unas cuantas hojas que contienen pensamientos o meditaciones, pueden mantener la continuidad entre nuestra sequedad actual y nuestra exuberancia de antaño. Cuando yo era joven me sorprendió el consejo de un piadoso autor, que aconsejaba releyésemos nuestros apuntes espirituales, con preferencia aun a los libros famosos. Así parece que lo hicieron los santos. Apenas sintamos que un pensamiento -propio o ajeno- es lo bastante rico para que valga la pena no dejarlo perder, o lo bastante original para que se nos vaya, y sea la idea del humo, hay que anotarlo a toda prisa. Nuestros manuscritos deben ser el espejo de nuestras lecturas, de nuestras meditaciones, de nuestro ideal y de los esfuerzos que hacemos para acercarnos a él. Quien haya adquirido la costumbre de doblar de esta suerte su

propia vida sabe que la pérdida de sus notas representaría una sensible disminución de sus facultades pensantes.

e) Tipo de inteligencia producto de este método

He conocido personalmente muchos hombres cuyo desarrollo intelectual me ha servido para escribir esta obra, y dos de ellos me llamaron sobre todo la atención, por las razones siguientes:

Uno colabora desde hace tiempo en una famosa revista y se ha hecho un nombre por su conocimiento de la política internacional y sus luminosos artículos sobre esta materia. Los que se interesan por las cuestiones coloniales esperan con impaciencia sus trabajos en revistas o libros. Su opinión es discutida con respeto por los especialistas y ejerce influencia en las decisiones del gobierno.

El otro es un historiador de las religiones. Abordar con gravedad y al mismo tiempo con independencia un tema semejante, y conseguir la atención de los liberales sin irritar a los conservadores, es cosa que sólo pueden hacer muy pocos escritores. Mi amigo lo ha conseguido. Los especialistas que se interesan por sus estudios demuestran, en el tono con que los discuten, que los conceptúan como el resultado de una actitud que merece siempre respeto: el sincero amor por la verdad.

A los dos los conozco desde nuestros años estudiantiles y, para decir toda la extraña e instructiva verdad del caso, en aquella lejana época no sólo no me parecían talentos, sino todo lo contrario. Eran, en una palabra, vulgares. Tenían todas las cualidades de la laboriosidad, eso que las notas necrológicas suelen llamar una indomable energía, y nadie habría podido negarles una buena dosis de sentido común. Poseían también esa especie de ambición, prima hermana del instinto de lo selecto, que acaba elevando por encima de su medianía original a quienes la experimentan. Pero sus características innatas eran, como he dicho, vulgares. Cuando hoy me encuentro con ellos, de tarde en tarde, en algún país extranjero, mi primera impresión es sentirme cohibido, como si temiese que a lo mejor diesen al traste con el respeto que siento por

ellos, diciendo algo que no se compagine con la admiración que me infunden sus escritos. Luego me voy sosegando, pero nunca del todo. Quizá una sonrisa, el tono de una frase o algunas palabras sueltas, me hacen percibir que continúo al borde del abismo. Sin embargo, no ocurre nunca nada, y a ninguno, excepto nuestros camaradas de colegio, producen una impresión semejante. Nadie dice que sean genios, pero casi todo el mundo está de acuerdo en que honran a las bellas letras.

Me consta que su visión natural es estrecha y, no obstante, veo que de continuo se interesan por los temas amplios. Incluso desprecian con exceso lo que les parece vulgar, y ésta es también otra de las causas que me inquietan. Su erudición es infinita. No hay duda de que poseen, innata, una memoria excelente, y que la tienen repleta de innumerables datos, desde las nociones filosóficas hasta los más simples detalles humanos o pintorescos. Confieso que en lo que dicen no se encuentra nunca nada inesperado o agudo, pero tampoco dejan duda alguna acerca de lo que piensan. Han manejado y visto criticar tantas teorías, que los argumentos ya no tienen ningún secreto para ellos, ni son capaces de conmoverlos. Su arsenal está repleto de hechos, de los cuales no pueden prescindir los argumentos, y de contrateorías que limitan el alcance de aquéllos. Si su manera de producirse no acostumbra a ser tan invariablemente fastidiosa, se diría que uno se encuentra ante la natural efervescencia de espíritus poderosos, pues los hechos escuetos que manejan, irradian una especie de luz, cuyo resplandor apaga nuestras reservas mentales.

Los hombres de esta clase son la demostración viva de que los auxiliares del pensamiento citados en los capítulos anteriores producen algo tan similar al pensamiento mismo, que apenas se distingue de él, y en todo caso conduce a pensar lo mejor posible, en vez de pensar de la manera más fácil. Son hombres ambiciosos y trabajadores, que han sustituido con los goces de la inteligencia a lo que el mundo llama los placeres, prefiriendo los temas elevados a los mezquinos, y estudiando aquellos en las mejores fuentes y según los mejores métodos. Su recompensa es no sólo la estima de sus colegas o la influencia de que son

capaces, sino también la conciencia de poseer una salud intelectual perfecta y de obtener de sus facultades el máximo rendimiento. Un resultado así vale, sin duda alguna, el esfuerzo inicial de preferir algo a nada y de renunciar a la vanidad universal.

A menudo he tenido ocasión de comparar esos hombres con otros que les han sobrepasado mucho por su talento, y de los cuales creí que estaban llamados a un brillante porvenir. Pero no hicieron más que comenzar, y pronto sus raras facultades se disiparon. El mundo llamado elegante está lleno de esas caídas, que él mismo semeja naturalmente preparar, pero existen. También en las profesiones que a primera vista parecen descartarlas. Hay muchos profesores, médicos, abogados o militares cuya juventud estuvo llena de promesas no cumplidas luego y que, finalmente, han acabado por destruir todo el interés que inspiraban, al ir acumulando los obstáculos en el camino de su pensamiento, en vez de alfombrarlo de facilidades.

¿Qué faltó a esos hombres? La afición a los libros buenos. Prefirieron las conversaciones vacuas, los juegos de naipes o la pereza de las excursiones campestres, a lo que parecían destinados al nacer, y de ahí vino su pérdida. SAINT-SIMÓN nos presenta toda una galería de derrotas semejantes, pintadas con implacable relieve; pero basta mirar en torno de nosotros para encontrar a granel las copias de estas grandes caídas.

Ya se que usted me dirá: el saber, la erudición no constituye, sin embargo, el pensamiento; el arte de instruirse no es lo mismo que el arte de pensar. Esto es verdad, realmente, cuando se trata del genio. Pero el único medio que las facultades medianas tienen para no aniquilarse, consiste en seguir el régimen mejor y la higiene más apropiada. Si quitamos los datos acumulados, inmediatamente la oscuridad reemplazará a la luz. ¿Acaso no decimos que Dios lo *sabe* todo, en lugar de decir que lo *comprende* todo? Imagínese la diferencia que se produciría en espíritus tales como los Malebranche o Rousseau, si en vez de contentarse casi siempre con su propio resplandor hubiesen procurado enriquecerse más todavía. Y ¿quién puede dudar de que la diferencia entre los siglos clásicos, tan serenos, y el nuestro, tan agitado, procede de la

diferencia de preparación espiritual? ¿Qué es sino la falta de información, lo que da a los jóvenes franceses esa rara candidez política de que se asombran los extranjeros? ¿Por qué BOSSUET, hombre genial, era tan inferior en la polémica a RICHARD SIMÓN, simple erudito, si no es por la sencilla razón de estar menos al corriente de la crítica? El genio puede ser cien veces genial, mas no podrá por ello sustituir a los hechos, cuando lo necesario sean hechos y no ideas geniales. Finalmente, el dominio absoluto de los términos de cualquier problema asegura a quien lo posee no solamente la firmeza, sino también la rapidez de argumentación que acostumbramos llamar "pensamiento brillante", cuando en realidad sólo se trata de un conocimiento excepcional.

f) *Cómo acercarse lo más posible al pensamiento original*

Para demostrar el valor de los métodos indicados en esta tercera parte, he escogido a propósito dos modelos de hombres medios que supieron elevarse por encima de su desarrollo normal, mediante la disciplina que se impusieron a sí mismos. La misma disciplina, aplicada al verdadero talento, produce resultados de que anda llena la historia de la literatura. RENÁN es un caso típico de esta clase.

Como se sabe, RENÁN no era un genio. Ni como filósofo, ni como sabio, ni como escritor se le puede comparar con los verdaderos grandes hombres. Pero ¡qué inteligencia la suya! ¡Qué amplitud de visión y qué agilidad de entendimiento! Pocos libros constituyen, como el *Marco Aurelio*, de RENÁN, a pesar de sus defectos, una introducción tan admirable a la lectura de la historia. La transformación que ha sufrido el significado de la palabra "inteligente", y esa aureola que la rodea, datan de RENÁN. Cuando el profesor LANSON⁸³ tuvo la debilidad de escribir,

⁸³ Gustavo Lanson, historiador de la literatura francesa, autor del manual más en boga en las escuelas de Francia y que es, sin disputa, uno de los más útiles que en su género se han escrito en el mundo - (*N. del T.*).

hablando de VICTOR HUGO, que era lamentable ver un genio tan poco inteligente, en seguida se vio de dónde el historiador había tomado ese matiz que con tanta audacia destacaba. RENÁN es el tipo, no de los hombres superiores, sino de aquellos que lo comprenden todo. Una falange de discípulos suyos, entre los cuales los más conocidos son ANATOLE FRANCE y JULES LEMAÎTRE, nos han mostrado con qué facilidad el método de RENÁN puede aprenderse y cuán infalibles son sus resultados.

1. Quien haya leído los mejores libros, críticos, científicos y literarios de las dos últimas generaciones, no sólo habrá acumulado mucho saber, sino que además habrá adquirido un método de pensamiento. La inteligencia es tan contagiosa como la gracia y el ingenio lo eran en el siglo XVIII. Pero hay más todavía: decía TAINE que el pensamiento depende de la colectividad tanto como del individuo, y un libro norteamericano que se titula *The Mind in the Making*,⁸⁴ de J. H. ROBINSON, justifica su título. Las doctrinas se confrontan y se desarrollan a millares y decenas de millares, los métodos se mejoran y las perspectivas se completan, en provecho de todos: el esfuerzo del mundo pertenece a los que quieren cosecharlo. En una palabra, se acrecienta el volumen del pensamiento.

2 Es inevitable que los instruidos, al absorber de esta suerte el resultado del esfuerzo colectivo, descubran constantemente relaciones entre las ideas o entre los hechos. También adquieren inevitablemente la costumbre de buscar por sí mismos estas relaciones. Un hombre actual no puede pensar en Mussolini sin acordarse al mismo tiempo de Napoleón; el estado de Francia después de 1871 le induce a explicarse ciertos aspectos de la mentalidad alemana posterior a 1919, y los métodos de colonización británica le aclaran los que empleaba Roma, y viceversa. RENÁN emplea esas comparaciones a cada paso. Su espíritu ágil recorre incesantemente enormes listas o grupos de datos, los yuxtapone o contrapone, y a cada instante, de esta aproximación o choque brota la luz.

⁸⁴ "La inteligencia en acción" - (*N del T.*)

La costumbre que tiene FERRERO⁸⁵ de ver el presente en el pasado y de obligarnos a verlo a nosotros también mediante su vocabulario, indica un método idéntico al de RENÁN. Es el mismo que emplean todos los historiadores modernos, y sus resultados son muy distintos de los del viejo método narrativo.

3. Esta costumbre de no ver jamás una cosa aislada, sino de percibir siempre, junto, otra que está a su lado o detrás de ella, es algo vital y que se parece a las concepciones del dramaturgo. A cada instante esa costumbre pone en movimiento la imaginación y la receptividad. Se pueden pasar horas deliciosas resucitando el pasado, reconstruyendo un gran acontecimiento histórico, haciendo hablar a un personaje celebre, imaginando las consecuencias prácticas de una teoría o representándose lo por venir. La imaginación creadora trabaja sin descanso.

Todo ello no es más que pensamiento y, sin embargo, estos ejercicios están al alcance de cualquiera. Basta apartarse de las niñerías que entretienen a las muchedumbres; llenar, por el contrario, de algo sólido el espíritu, y hurgar luego en esa provisión de detalles significativos, para que el pensamiento brote por sí solo.

-Estoy furiosa. Estoy rabiando. En estos capítulos hay muchas cosas que me gustan: la soledad, Spinoza, la alegría y la elevación, la música, métodos para recordar, una manera fácil de hacer la vida... si, de hacer la vida útil y, sin embargo, bella. Y, a pesar de todo, me siento desilusionada. ¿Quiere que le hable con franqueza? Pues yo había creído que esta tercera parte de la obra me proporcionaría una verdadera receta para pensar, es decir, un método rápido para dar al espíritu una actividad fascinadora, una fórmula a la manera del doctor Coué,⁸⁶ para encontrarme instantáneamente en un estado delicioso...

⁸⁵ GUILLERMO FERRERO, ilustre profesor italiano (1871-1942), autor de numerosos trabajos históricos, entre los cuales descuella su *Grandeza y decadencia de Roma*. - (N. del T.).

⁸⁶ Médico francés, inventor de la llamada cura por el método del optimismo - (N. del T.).

-Sí: una especie de comprimidos, ¿no? ¡Lástima que no haya pastillas de pensamiento! También yo las compraría. Pero, vamos a ver, ¿por qué no se toma usted una taza de té fuerte, cualquier mañana de éstas, y después se vuelve a acostar, como queda dicho en el capítulo primero, para ver si sus problemas se simplifican un poco? O bien, se embarca usted en un vapor italiano y se está sin despegar los labios hasta la vista de Nápoles. Nada más fácil ni de éxito más seguro, dice el libro.

-Si, pero yo no creo una palabra de todo eso. Lo que da resultado son los buenos libros, y leer sólo obras maestras, y nunca leer por leer, sino estudiar siempre, es decir, en resumidas cuentas, una cura completa de higiene intelectual, a la que por otra parte me consta que no podré resignarme, igual que si fuese a un régimen de verdad, con su regularidad y sus papillas... No obstante, sé que si repasase ese capítulo volvería a hallar en él docenas de cosas de esas que al leerlas me entran ganas de ejecutar al momento. La muchacha que leía la Historia romana me encanta, y me repugna la cháchara, no de ahora, sino de siempre: si yo fuese realmente frívola, no me entretendría leyendo esas filosofías suyas, que dan sed y no la apagan. ¡Ah, si las cosas fuesen tan fáciles como parecen...!

-A usted le repugna la cháchara, es decir, lo vulgar y ramplón, y en cambio le gustan la soledad, Spinoza, los cartujos en sus celdas encaladas, los buenos libros exclusivos de usted, la *Historia romana* y las muchachitas extraordinarias, la música, la filosofía y el entusiasmo contenido. ¿Qué significa esto? Que es usted una lectora perfecta de este libro, una candidata excepcional al pensamiento. Pero, la verdad, a lo que no quiere usted resignarse es a la higiene mental, con sus adiciones de calorías intelectuales.

-Eso es. Conoce usted todos mis síntomas. Sí; la higiene es odiosa. Prefiero la clínica con diez cirujanos, a un médico partidario del régimen. Venga el cloroformo.

-¡Ajá! Usted no odia la higiene, pues de lo contrario no se la vería paseando por el parque montada en esa jaca torda. Lo que le da miedo es el montón de consejos, la avalancha de frases que empiezan siempre:

"No..." Y, sin embargo, lo que precisamente parece que le gusta más de este libro, son mis consejos. Cada vez que encuentra uno se lo anota en la memoria. Sólo cuando quiere recordarlos todos a la vez se le echan encima como una tromba, y la aplastan... Bueno: y ¿si de momento tomara uno solo y olvidase el resto? Podría comenzar, por ejemplo, leyendo el periódico como si fuese una página de historia y...

-Sí, sí, voy a hacerlo en seguida. Estoy segura de llevarlo a cabo. No me diga usted más, y no diga nada a nadie. A ver cómo resulta.

-¿Cómo resulta? Sabe usted perfectamente que con la inteligencia todo resulta siempre bien. Quedamos en que el periódico el primero. Bueno. Pero, de este libro, no leerá usted, en adelante, más que un solo capítulo de una sola vez. ¡He aquí el comprimido que andaba usted buscando!

CUARTA PARTE

EL PENSAMIENTO CREADOR

NOTA PRELIMINAR

¿Debemos creer que "el pensamiento creador" quiere decir "el genio"? Si, pero conviene recordar también que toda creación, tanto la del artesano como la del superhombre, proviene de un estado anímico que debe llamarse genio.

Las palabras "pensamiento creador", ¿significan recreación literaria? Significan lo mismo ésta que cualquier otra creación, y el lector obrará cuerdamente si de algunos párrafos de la sección quinta de esta cuarta parte no deduce que las páginas siguientes están destinadas sobre todo a los escritores profesionales. Se equivocaría por completo acerca del fin del presente libro, que no es otro sino hacer accesible a todos el pensamiento, aun en sus formas superiores.

1. - LA CREACIÓN

Prestigiosa palabra. La idea de hacer algo de la nada, o de cambiar en movimiento la inmovilidad, son cosas que encantan hasta a los chiquillos.

No pocos escultores labraron ya sus respectivas Venus semidesnudas, antes que otro escultor acabase la de Milo: ninguna de aquellas estatuas de piedra había producido un efecto espiritual comparable al de ésta. Vemos su blanca forma realzándose del fondo de la Galería del Louvre, y en seguida tenemos conciencia de una energía superior. Millares de hombres, pensativos y arrobados, han visto fundirse la alondra en el azul del cielo: únicamente SHELLEY ha traducido ese éxtasis en una oda inmortal. La música es por entero creación. Nuestra alma se hallaba pasiva, desocupada: hela, de pronto, henchida de imágenes y emociones producidas por los medios más inmateriales. Cuando pensamos en la divinidad no nos detenemos mucho en los atributos de eternidad y de infinito, que son abrumadores; pero podemos, no obstante, reflexionar largo tiempo acerca del poder creador.

El respeto y a menudo el temor reverencial que experimentamos en presencia del genio, procede de la semejanza de ese don sublime con los atributos divinos. Nos sentimos empequeñecidos, más pequeños aún de lo que somos. Contemple el busto de un gran filósofo o un gran músico. ¡Qué frentes dominadoras! ¡Qué ojos escrutadores! Dirigimos entonces una inquieta ojeada al espejo; sí, somos de otra raza, y al comprobarlo una vez más sentimos pesar sobre nuestros hombros una montaña de desaliento. Y cuando leemos la vida o la correspondencia de estos hombres excepcionales, no nos extraña oírles decir en alta voz, de sí mismos, cosas que jamás osaríamos pensar de nosotros.

Con todo, es beneficioso leer cuanto se ha escrito sobre el genio y los genios. La vida de los grandes hombres, llena de esfuerzos soberbios, harto a menudo contrariados, actúa sobre nuestra mente como la vida de los santos lo hace sobre nuestras facultades espirituales. Nos sentimos orgullosos de ellos, y esto basta para probar nuestro entusiasmo, al mismo tiempo que para exaltar nuestros deseos. La presencia viva de estos hombres es también un tónico. Pero hay que resignarse a no encontrar la explicación de sus dones. Son lo que son, porque lo son. Pregúnteles por qué son así, y no tendrá otra respuesta que la risa de RABELAIS, y con ello se sentirá más apocado que nunca.

También es peligroso poner a los grandes hombres sobre un pedestal y admirar en ellos a un mito que nos descorazona. Los escritores, poetas, autores dramáticos, novelistas, y los artistas de toda clase, tienen más importancia de la que les corresponde, desde que uno de ellos, DIDEROT, empleó en exaltar las dotes que les caracterizan la capacidad de su vasto espíritu. No ha sido nunca beneficioso para un hombre como VICTOR HUGO, y mucho menos para otro como ALEJANDRO DUMAS, el verse transformados en profetas de su generación. El supersticioso respeto de que fueron rodeados creó en ellos un mito, contra el cual no pudieron defenderse y que les impuso determinadas actitudes.

Con harta frecuencia olvidamos que el genio también depende de las condiciones del siglo en que vive: los inventos de ARQUÍMEDES no podían ser los de EDISON. También olvidamos que el genio no lo es a todas horas: las grandes iluminaciones de PASTEUR estuvieron separadas por intervalos considerables. Los poetas saben lo que es la inspiración, pero también experimentan largos períodos de aridez absoluta, durante los cuales tienen que vivir de esperanzas, de fe y de recuerdos. Sin embargo, nosotros, los débiles, también tenemos nuestras intuiciones, nuestros momentos en que nos sentimos encaramados sobre la cresta de la ola divina, instantes en que pensamos lo mejor de que somos capaces y en que vivimos a un nivel que nos acerca a la grandeza. Si en esos instantes cometemos la locura de acordarnos de que nuestro don, en resumidas cuentas, es poca cosa, al momento se desvanecerá el encanto.

La preferencia -de que hablamos más arriba- que el siglo XVIII sintió por las cosas puramente intelectuales, tuvo funestos efectos, sobre todo en Francia. VOLTAIRE y DIDEROT jamás quisieron reconocer el genio encarnado en los fundadores de las religiones. Todavía hoy son demasiados los franceses que prefieren las cualidades brillantes a las perfecciones morales, incluso las sublimes, y a las de la voluntad, aún cuando sean capaces de transformar el mundo. Muchos críticos, mezquinos críticos de la literatura, miran de arriba abajo a los reformadores políti-

cos o sociales, a los divulgadores que están por encima del vulgo, a los grandes organizadores, apóstoles o misioneros, y a los grandes industriales, generales y navegantes. Con todo, el don de esos hombres es tan raro como el que poseen sus rivales literarios, y la intensidad que revela la fisonomía de aquéllos a menudo es muy superior a la de éstos. Sus creaciones están a la vista; muchos de ellos vivirán en la historia. Por otra parte, ¿existe en el mundo una sola comunidad, por alta que sea, en que no se dé la prueba tangible de lo que es capaz una vida de esfuerzo al servicio de un noble ideal? En mi infancia conocí a un inválido, casi en la miseria y cargado de hijos, que sin embargo edificó, céntimo tras céntimo, una linda capilla. ¿Por qué un esfuerzo de esta clase ha de ser considerado inferior al esfuerzo intelectual, con más frecuencia viciado de grosero egoísmo? ¿Quién se atrevería a afirmar que sor Rosalía⁸⁷ tuvo menos poder creador que GEORGE SAND? Vamos más lejos. Todas las vidas humanas algo notables son, incluso si su recuerdo no ha sido perpetuado por ningún monumento, creaciones artísticas o morales. Ha habido hombres de naturaleza delicadamente exquisita cuyos nombres nunca serán conocidos del mundo, pero cuya vida se reveló como una obra maestra a todos los que les trataron. Nacidos con las mismas facultades y probabilidades de buen éxito que nosotros, vieron cuánto partido podían sacar de ellas y pusieron manos a la obra. Aunque el diario de un JOUBERT o las cartas de un COWPER hubieran permanecido inéditos, quienes pudieron apreciar en el trato de JOUBERT y de COWPER un encanto superior al que nosotros hallamos hoy en sus escritos, habrían conservado como un tesoro el aroma que exhalan esas existencias calladas y esquivas. Hace ahora cien años que murió Madame Récamier, y son muchos más los que se paran a soñar ante su retrato que ante el de MADAME DE STAËL. Madame Récamier no escribía, no peroraba ni vaticinaba, como la otra; pero la vida que llevaba en sus tres estancias de la Abbaye-au-Bois sigue siendo un ideal para las innumerables mujeres que han oído hablar de ella. ¿Puede negarse que esta

⁸⁷ Religiosa francesa, famosa por sus obras de caridad - (*N. del T.*).

especie de aura haya sido su creación personal? Y los santos, ¿acaso tienen menos poder magnético que los genios?

Compare a esos hombres y mujeres que han hecho algo o que *han sido* ese algo, con los que jamás hicieran nada y que nada hubieran sido sin *su* minúscula facultad de escribir lo que los otros hicieron. ¿Quién es aquí el verdadero creador: el que produce la inspiración o el que la recibe?

2.- MANANTIAL DE LA CREACIÓN. - LAS IDEAS

La raíz de la creación, teórica, artística o práctica, es sin duda una idea. Poco a poco esta idea adquiere fuerza a expensas de sus vecinas, y se impone con autoridad irresistible. Un día, a lo mejor, se exterioriza en creación. TAINÉ tiene cariño a un gato; después a todos los gatos, y conserva en su memoria un sinfín de recuerdos sobre la fascinación de los gatos. Y he aquí que, cuando solo parecía un sabio viejecillo y momificado, se pone a escribir sus famosos sonetos de los gatos. Otro individuo encontró un día un gato perdido en pleno París; el pobre animal caminaba sin rumbo, ora dirigiendo una suplicante mirada a los transeúntes, ora prosiguiendo como si tal cosa, como si todo le saliera a pedir de boca, saltando alegremente, lo mismo que si la gatera de su casa estuviese a la vuelta de la esquina. Esta imagen actuó años y años, fortificándose con otras historias de perros vagabundos. Un escritor podría haber sacado del caso, bien que mal, su trozo de literatura. Pero nuestro hombre no sabía más que hablar con emoción de su encuentro, y emocionar a cuantos le escuchaban: el resultado del recuerdo y la impresión fue un refugio para animales sin amo.

Nada más simple. La sencillez caracteriza todas las ideas creadoras. Los dos franceses que han ejercido mayor influencia sobre sus compatriotas, durante los últimos años del siglo XIX y los de comienzos del XX, fueron sin duda ANATOLE FRANCE y MAURICE BARRÈS. ¿Qué influencia obró sobre sus espíritus, antes de que su propia filosofía actuase, a su vez, sobre millones de otras almas? ANATOLE FRANCE, al observar el cielo salpicado de miríadas de estrellas, se sintió sobrecogido

ante la pequeñez del hombre, sus ambiciones y anhelos, y ante la nada del átomo Tierra, con sus microscópicos imperios. BARRÉS, de pie ante la tumba de su padre, en el cementerio de Charmes, mientras sonaba el ángelus vespertino y la aldea cercana se iba sumiendo en solemne quietud, comprendió que existía una trabazón profunda entre su alma y la de sus antepasados, y que la tierra natal tiene también sus fueros. Estas imágenes llenaron la vida de ambos hombres y constituyen el alma de cuarenta tomos de obras suyas, que han influido en el pensamiento de millones de lectores.

¿Cómo procurarse ideas capaces de llenar de esta suerte el alma y la vida?

Nuestra alma es un océano. El misterio rodea sus posibilidades, su receptividad y elasticidad; no obstante, no dudamos de que existe. Misterioso también, y además infinito, es lo que se acumula en el alma a lo largo de toda una vida. Cierta vieja alsaciana, a los ochenta años, y en ocasión de haber enfermado de su último mal, rompe de pronto a hablar en hebreo. Hacía sesenta y cinco años que, sirviendo en casa de un rabino, había oído leer el Génesis en alta voz. La muchacha se hallaba en la cocina; no era judía; el hebreo representaba para ella un galimatías y, no obstante, una serie completa de sonidos extraños había quedado registrada en uno de los innumerables discos de su memoria. ¿Quién no ha experimentado una mezcla de regocijo y malestar si una frase oída en tiempo lejano revive, de pronto, a través de tantos años, en otra frase que decimos u oímos decir? Estas palabras olvidadas y además vulgares quedan también registradas en nuestra memoria.

En nuestra infancia o adolescencia hemos pasado por estados de alma de una dulzura tan aguda, que tuvimos miedo y huimos. Más tarde, unas notas musicales o el aroma de la reseda los resucitan. Basta que la inspiración poética nos estremezca, o que la elocuencia, la música o simplemente un poco de café fuerte haga vibrar nuestros nervios, para que veamos abrirse en el alma vastas perspectivas, por completo distintas de la desértica aridez de nuestra existencia cotidiana. También a menudo, aunque sólo periódicamente, descubrimos que nuestra visión

intelectual es más aguda que la de quienes nos rodean, o de lo que nosotros mismos creíamos. Hablan las personas de sus cosas, y detrás de las frases que cambian leemos sus secretos pensamientos, lo mismo que un zahorí sigue bajo la tierra la vena de agua. Oímos un discurso: a medida que se desarrolla, vamos criticándolo con una infalibilidad de la que no nos creíamos capaces. Grandes relámpagos cruzan nuestra inteligencia. Al mismo tiempo, tenemos conciencia de resplandores más misteriosos todavía, que se convertirán en claridad si nuestra atención los alimenta, sin forzarlos.

Lo que entonces vemos, lo que guardamos secreto en unos papeles, más preciosos para nosotros que los billetes de banco para el avaro, son los manantiales de donde brota la creación o de donde brotará una vida más fecunda. Estos atisbos, desvanecidos de pronto, y que el más leve contacto importuno basta para apagar, en nada difieren de lo que constituye en los cerebros mejor dotados la obra del genio. Cómo multiplicarlos e intensificarlos, cómo encontrarlos cuando se retiran a nuestra subconsciencia: he aquí el problema.

3 - CÓMO SE LLEGA A TENER IDEAS PROPIAS

Todos los filósofos aspiran a dar una explicación del universo. Sin embargo, en el mismo tono que emplean se adivina que sus propias hipótesis no les satisfacen. Pero, cuando recomiendan un método para alcanzar la verdad, ya es otra cosa. La palabra "verdad" ha servido mucho, está gastada y el escepticismo moderno desconfía de ella. No obstante, esta palabra nos parece clara al aplicarse a la especie de iluminación producida cuando nuestro espíritu se pone en contacto con la realidad. Una vez conocido ese resplandor, suspendemos nuestra indagación intelectual y el espíritu queda en reposo.

Los intelectualistas como ARISTÓTELES, los escolásticos, DESCARTES y la mayoría de los sabios modernos buscan esta iluminación por medio de la lógica formal. Aspiran al planteamiento claro y completo de las premisas, y dan reglas exactas para elaborarlas y para comprobar las conclusiones que de ellas se derivan. Su ideal sería una

colección científica, instalada a lo largo de una inmensa sala, y dispuesta según un orden tan lógico, que en ningún momento y ante ninguno de los ejemplares expuestos, el visitante experimentase la menor duda.

Pero hay otro método, por completo opuesto, en que se han complacido siempre las almas inclinadas a la religión y a la poesía. Es el contacto inmediato con las realidades espirituales. Un poeta lírico no consulta la enciclopedia cuando siente surgir la inspiración. Nosotros, los seres vulgares, estamos muy satisfechos de hallar en la iglesia un sermón o un libro que avive nuestras pobres meditaciones; pero las almas místicas prescindan de ello, porque en pocos instantes se remontan Dios sabe adónde y se sumergen en el éxtasis. No es que sean arrastradas por una alucinación, aun la más noble, sino que siguen las reglas de una lógica especial. Lea sus escritos y verá, en efecto, que a todos los místicos la contemplación les revela sensiblemente las mismas cosas y en el mismo orden. Otra cosa puede verse en esos libros: el vigor del método mental que implican. Lo peculiar de la literatura mística radica, como es sabido, en la sublimidad, pero además también en una facilidad prodigiosa. MADAME GUYÓN no exageraba al afirmar que podía escribir infinitamente acerca de las realidades espirituales: en esto no difiere en lo más mínimo de otros guías más seguros que ella en ese género de experiencia. No hay ni la menor huella de esfuerzo en el *Castillo interior*, de SANTA TERESA, ni en el cuarto libro de *La Imitación*. En las epístolas de SAN PABLO abundan los pasajes en que se percibe indudablemente un espontáneo lirismo. Abra los *Pensamientos* de PAS-CAL. Y compare la tensión febril de aquellos donde se percibe únicamente la labor de la inteligencia, con el estado de alma completamente distinto que revelan las líneas referentes al amuleto, recuerdo de una revelación. Desde PLOTINO hasta SWEDENBORG, todos los iluministas insisten sin cansarse sobre los torrentes de luz producidos por la contemplación. Y ¿habrá alguien en el mundo que no haya experimentado nunca algo semejante a lo que ellos describen?

Los intuicionistas contemporáneos, como NEWMAN y BERGSON son parientes cercanos de los místicos. Con su cultura y su erudición inmen-

sas es imposible que desconozcan el valor de los conocimientos exactos, pero creen que estos datos positivos están movidos por una lógica superior. PASTEUR experimentaba constantemente intuiciones cuya comprobación le costaba luego enorme trabajo, si quería efectuarla según las reglas ordinarias de la investigación científica. Las intuiciones de esta clase no son revelaciones, sino que constituyen la confrontación, rápida como el rayo, de series de imágenes o de fenómenos almacenados en el espíritu. Este procedimiento mental es infinitamente más elástico que la discusión de las fórmulas intelectuales, llamada por NEWMAN "nocional", por oposición a lo "real", que está mucho más próximo a las imágenes-matrices. Lea la *Gramática del asenso* o la *Evolución creadora*,⁸⁸ y en ellas descubrirá sin dificultad las líneas esenciales de un *Arte de Pensar* más cercano a la experiencia que los consejos de DESCARTES, de LOCKE y de HERBERT SPENCER, pero encaminado al mismo fin. En una de esas obras se recomienda a la conciencia que se asome afectuosamente a sí misma, y en la otra se aconseja un método más externo; pero en los dos casos se trata igualmente de llegar a la posesión de ideas ricas y nobles. También es difícil leer lo que los poetas dicen de su inspiración (SHELLEY, POE, BAUDELAIRE) o los artistas de su arte, sin darse cuenta de que, en constante busca de cuanto pueda dar a su arte la mayor intensidad posible, emplean para su uso personal los principios de un arte de pensar exclusivo. Examine, además, los escritos de esos dos perfectos modernos, NIETZCHE y BARRÈS: en cada página encontrará alusiones a la producción del pensamiento.

¿Es posible resumir lo que los maestros de la introspección vienen repitiendo bajo mil formas distintas? Sin duda alguna. Léalos, escúche-los, analice sus métodos, escrute sus actitudes, y verá siempre que viven y piensan encerrándose, por decirlo así, en estos dos principios fundamentales:

1. SÉ TÚ MISMO;

⁸⁸ Las obras fundamentales de NEWMAN y de BERGSON, respectivamente. - (*N. del T.*).

2. HÁLLATE A TI MISMO.

4. - "SÉ TÚ MISMO"

"Sé tú mismo, si quieres ser algo original", es una perogrullada, pues ¿cómo podremos hacer algo que sea verdaderamente nuestro, si no tenemos conciencia de nuestra personalidad, si somos otro, si somos cualquiera, o si sólo somos en parte quien deberíamos ser?

Dos principales obstáculos cierran el paso a quien aspira a ser él mismo; la insinceridad, que representa una farsa, y la desconfianza en sí propio, que paraliza. Pocos hombres dejan de ser víctimas de la una o de la otra, en algún momento de su vida.

La insinceridad o la *pose* no son lo mismo que el aplomo: el aplomo, unido a otras cualidades sólidas, ya no es sólo aplomo, sino brillantez. BALZAC acostumbraba manifestarse o, por decir mejor, derramarse en las conversaciones, con tanta franqueza que repugnaba a los escrupulosos, pero entusiasmaba a los psicólogos. El mismo defecto se da en muchos artistas, cuyas ideas, e incluso su misma personalidad, resultan encantadoras. Todos los hombres de imaginación o de vitalidad poderosas, la mayoría de los que nacieron con una pasión por la independencia, que la vida no ha conseguido apagar, no sienten nunca escrúpulos por colocarse en primera fila, donde no hay más remedio que escucharlos. La sencillez anglosajona, unida a la idea anglosajona de que de hombre a hombre no va nada, produce el mismo efecto. Los que creen que los anglosajones son taciturnos o reservados, es porque los han visto cohibidos, o de lejos.

Ni siquiera el cinismo constituye siempre una postura. En los individuos superiores no es más que un exceso de franqueza echado a perder por la vanidad o por la rousseauniana certidumbre de que nadie vale más que otro. Siempre me ha hecho gracia la confesión de una ingeniosa parisiense, de origen judío, cuando decía que "no se mostraría tal como era, si dejase de ser afectada". Son muchos los que mueren sin

haber dicho nada tan exacto como esta frase. MARÍA BASHKIRTSEV⁸⁹ pudo muy bien haber sido -ahora que conocemos una parte de su *Diario*, tal como ella lo escribió, y no como fue pulido por ANDRÉ THEURIET- la reina del *flirt* y de los *snoobs*, pero quedará como la autora de uno de los *más sinceros* documentos humanos que puedan leerse. ¿Acaso existe en toda la literatura inglesa un libro tan irritante como *Evelina*?⁹⁰ No; y, no obstante, la complacencia de sí misma que revela FRANCES D'ARBLAY es de tan maravillosa transparencia, que después de siglo y medio el libro sobrevive a sus propios defectos.

La *pose* es insincera, hasta tal punto que el que la practica no puede abrigar ni la más pequeña duda acerca del valor de sus propias actitudes. Es como jugar a parecer lo que no se es. Y cuando se emplea la propia vitalidad en este juego vano, ¿cómo es posible que todavía quede un poco para los pensamientos sinceros? No hay manera de ser creador, ni siquiera en grado modestísimo, cuando se es actor. Los que aparentan seguir sin esfuerzo un arduo debate; los que se apropian fórmulas gracias a las cuales se hacen pasar por entendidos en literatura y en arte; los que fingen conocimientos en política exterior porque han viajado un poco y se encontraban en Ginebra cuando la Sociedad de Naciones celebró su última asamblea; los que *se* envanecen diciendo: "Mi amigo Fulano", refiriéndose a un hombre notable a quien apenas entrevistaron; los innumerables que se creerían deshonrados si dijeran: "No, no he leído ni a Williams James, ni a Bergson, pero todos los años hojeo la colección *Para leer en el ferrocarril*"; los que aplauden a un orador extranjero cuya lengua no habían oído jamás: todos esos son comediantes, algunos tan hábiles como los más grandes actores, pero que en su vida dirán cuatro palabras que valga la pena recordar.

Los escritores son fácilmente insinceros; lo son a docenas y a centenares, y por eso mismo tienen muy pocas probabilidades de desarrollar-

⁸⁹ Joven rusa, admirablemente dotada para la fruición artística, que murió en la flor de su vida y dejó unas voluminosas e interesantísimas memorias autobiográficas. - (*N. del T.*)

se verdaderamente. Es necesario reconocer que un gran número de ellos fueron reducidos a la insinceridad. Eran hombres que amaban la literatura pero no tenían mucho que decir, y una vez dicho ese poco, las necesidades de la vida les han obligado a seguir escribiendo. ¡A escribir, escritor! Y, en efecto, escriben de todo lo que se presenta, sin ganas ni gusto. Su mísera literatura llena los periódicos. Su vacua abundancia, su barniz elegante, sus menudas habilidades y su ironía de prestado no engañan ni un segundo, no ya a los ilustrados, sino ni aun siquiera a los lectores que quieren instruirse y que cuando leen algo sin aprender nada se dan cuenta de ello. No obstante, es indudable que para millones de otros lectores esta verborrea es como la canción mediante la cual se hipnotiza su espíritu. Tales vaciedades aparecen a menudo firmadas con nombres respetables. En algunos periódicos sesudos se publican folletos científicos o arqueológicos cuyos autores, de nombre famoso, parecen sobre todo hábiles en decir que sí y que no en una misma frase huera. Esto quiere significar que los periódicos tienen ocho páginas en Francia, treinta y dos en Inglaterra y en Norteamérica, y que hay que llenarlas.

Las modas literarias destruyen rápidamente la personalidad de un escritor. ¡Cuánto se atormentaban los románticos en su afán de seguir el vuelo de VÍCTOR HUGO! ¡Cuánta gracia gala ha debido malograrse en las negruras del naturalismo! ¡Cuántos escritores, desde 1890 a 1920, han querido copiar el ritmo satisfecho de sí mismo, propio de ANATOLE FRANCE, sin tener ni la erudición, ni la sensibilidad, ni siquiera la gracia finamente libertina de su modelo! Y nada destruye tanto la originalidad de un pensamiento, por nutrido que esté de la experiencia de la vida, como la afectación de un ritmo. Esta cadencia de las palabras posee un extraño poder, pues todo el que se haya ejercitado en parodiar estilos sabe que el ritmo produce la inspiración y es como si dictara los párrafos, exactamente del mismo modo que un parodista burlesco penetra en la psicología de sus imitados. La imitación de las cualidades externas es

90 *Evelina or a young lady's entrance in the World (1778)*, primera obra de la escritora inglesa FRANCES BURNEY, conocida por FRANCES D'ARBLAY. - (N. del T.).

funesta para la originalidad creadora y, como ha observado HERBART, acaba por perjudicar incluso a la moralidad. Representada, hablada o escrita, la insinceridad es por sí misma destructora de la personalidad y conduce a la nada. Cuanto más se quiere aparentar lo que no se es, tanto más se disminuye la posibilidad de ser lo que realmente uno puede.

La desconfianza de sí mismo es el otro defecto que nos impide ser lo que somos. Huelga decir que este defecto resulta menos antipático y merece más interés que su contrario.

Hay que distinguir la desconfianza de sí mismo de la indolencia que fácilmente adopta el aspecto de modestia. Muchos no logran jamás ser ellos mismos porque nunca se sobreponen el tiempo suficiente para tener conciencia de su personalidad. Son siempre del último que llega o del libro que leen, pero nunca ellos mismos. Durante la infancia, la higiene puede luchar contra esta flaqueza, y los deportes también, ya que todo esfuerzo, aunque sólo sea físico, crea una conciencia de personalidad. Una vigilancia discreta, la emulación y el interés personal pueden ayudar eficazmente a la educación en el desarrollo del individuo. después será demasiado tarde. El indolente se podría salvar si fuese posible sugerirle la ambición de la personalidad o inculcarle la visión de lo que tienen de paradisíaco las fiestas de la inteligencia. Pero rara vez se consigue, ya que hasta las catástrofes dejan indiferente a la pasividad.

La desconfianza de sí puede ser también una forma de la vanidad: se prefiere meterse en su concha a mostrarse tal como se es, vale decir, inferior a lo que se querría ser. Con frecuencia igualmente la desconfianza no constituye más que la conciencia de estar mal preparado, por la índole de nuestro talento, por la educación o por las circunstancias, para hacer lo que se debe. Y a veces es como remordimiento de conciencia, cuando nuestra preparación inmediata resulta insuficiente por culpa nuestra. Un charlatán acalla estos escrúpulos, pero un hombre listo, especialmente cuando no pierde la esperanza de realizar una obra bella, se resiste a aumentar la lista de sus esfuerzos baldíos.

Las aprensiones de toda suerte hallan presa fácil en las naturalezas sensitivas: los artistas son los que los ajenos al arte llaman temperamentos mal equilibrados. Ocurre que no les descontenta lo que produjeron antaño; un poema o un capítulo de novela, escritos hace tiempo y lo bastante olvidados para que les parezcan obras ajenas, les causan verdadero placer. Pero en el momento en que escribían aquel episodio novelesco o aquellos versos experimentaron mucha más tortura que gozo. Ello es debido a que el artista lleva siempre en sí mismo la idea de una perfección imposible. Cuando se pone a trabajar, o inmediatamente antes de comenzar el trabajo, su espíritu está poseído de fugitivas imágenes, las cuales, al sucederse unas a otras, le encantan: estas imágenes son las que el artista tiene la eterna esperanza de llegar a traducir en palabras. Pero, apenas lo intenta, incluso no bien procura examinar más de cerca cada una de esas imágenes, se le desvanecen, no dejando en pos de sí más que los fragmentos expresivos con que empezaba a vestirlos. Y éstos bastan para enriquecer las obras maestras; pero, en comparación con las misteriosas visiones que los precedieron, son lo mismo que el capullo vacío junto a la crisálida. Lea el *Diario* de KATHERINE MANSFIELD,⁹¹ escritora cuyas más insignificantes pinceladas parecen definitivas, y verá los tormentos que pasaba esa mujer al comparar lo que hacía con lo que hubiera querido hacer. Ideas tales como: "esto podría decirse mejor", u "otros sabrían decirlo mejor que yo", son fantasmas paralizadores que la expresión "desconfianza de sí" sólo es capaz de evocar muy débilmente.

Con frecuencia el escritor piensa en un rival al que ama o aborrece, pero al que en el fondo admira, y se lo imagina apoderándose de su tema y tratándolo con sobrehumana maestría. Otras veces el escritor duda del tema elegido y lo estima inferior a muchos otros que sospecha están al alcance de la mano, pero que él no acierta a ver. O bien son escrúpulos morales los que le acongojan: exagera la pequeñez de sus

⁹¹ Escritora de lengua inglesa (1890-1923), nacida en Nueva Zelanda, y cuya obra más conocida es el *Journal of Katherine Mansfield* (1914-1922), publicado en 1927. - (N. del T.).

lectores, y esto le hace dudar. Es así como CARLOTA BRONTË nos dice, a propósito de *Wuthering Heights*,⁹² que su conciencia tal vez le habría disuadido de escribir este libro, aunque hubiera tenido ella la inspiración de hacerlo, en vez de su hermana Emily. Todas las ideas ajenas a la que debería ocupar por entero nuestro espíritu son otras tantas aprensiones que oscurecen la inteligencia y debilitan el esfuerzo creador. Basta que estos fantasmas se multipliquen o que tan sólo uno de ellos consiga convertirse en obsesión habitual, para que quien lo sufra deje de ser el mismo o se sienta empequeñecido.

¿Qué hacer, entonces? Domingo, en la novela clásica de FROMENTIN, abandona la partida y prefiere ser él mismo, limitándose a su papel de hidalgo rural, antes que resignarse a ser un poeta más. Es una solución desesperada. A su séptimo u octavo fracaso, BALZAC hubiera podido también tirar por la calle de en medio y no querer ser otra cosa que impresor, Y, no obstante, estaba a punto de llegar su hora.

¿Quién sabe, por otra parte, si el esfuerzo que empleó en los negocios salvó su voluntad de ser artista? Siempre se gana algo al ocuparse en alguna empresa, caritativa o de otro género, que imponga una responsabilidad y obligue a luchar por un ideal y a defenderlo públicamente. La mayoría de los escritores, sobre todo en Francia, se equivocan al no querer ser más que eso ni hablar más que de eso. El artista que sólo es artista y siente los escrúpulos profesionales que le abruman bajo su peso, es un mártir: nada hay que no sea preferible a tan trágica tortura.

Sea cual fuere el método adoptado, en seguida nos damos cuenta de que toda idea vigorosa, todo ideal dominador vence el miedo de sí mismo y crea no solamente la fuerza, sino también el magnetismo. Con la conciencia de esta energía va emparejada asimismo la de su irresistible poder. Y, en el fondo, el problema de ser uno mismo se reduce a un problema moral: ¿cómo emplear de la mejor manera posible las propias fuerzas y *la propia vida*?

⁹² La obra maestra de su hermana Emily Brontë. - (*N. del T.*)

5. - "HÁLLATE A TI MISMO"

Ser uno mismo, en resumidas cuentas, se reduce a contraer la propia atención y la voluntad propia. Y hallarse a sí mismo es precisamente lo contrario, pues no requiere contracción ni contención de ninguna clase. No se vive consigo cuando se está absorbido por las cosas externas. La actividad y la tensión de todo nuestro ser para alcanzar un objeto puede muy bien darnos plena conciencia de nuestra personalidad, pero en esos estados violentos jamás se nos ocurrirá decir que "nos hallamos a nosotros mismos". Al contrario, siempre acabamos por desear su término, por aspirar a una meditación sosegada, en la cual poseeremos nuestra alma en santa paz. Esto constituye una verdad vulgar, hasta el punto de que todos los idiomas están llenos de metáforas que la describen.

"Se encuentra" uno a sí mismo, en un estado de ánimo análogo a una larga meditación solitaria, o a un ensimismamiento, allá entre dos luces o en la calma serena del otoño, o bien en una de esas crisis morales que podían habernos deshecho, pero de las que salimos indemnes y fortalecidos.

Experimentamos instantes de gran intensidad que no sabemos cómo se han producido, pero durante los cuales nos sentimos superiores al resto del mundo, y al mismo tiempo, en inteligente comunión con él. Un gran libro, la proximidad del genio o de la santidad, y la música, constituyen algunas de las causas de estos estados; pero hay otras (a veces tan inesperadas como las que producen los fenómenos hipnóticos) que nos revelan lo más íntimo de nuestra alma. Cuando vemos al violinista inclinado amorosamente sobre su instrumento, es que lo ama sin duda por la armonía que brota de él; pero la irradiación que manifiesta el rostro del artista demuestra que siente otra cosa, que no son sonidos ni la matemática de los sonidos, sino un comienzo de arrobamiento del alma en sí misma. Todas las naturalezas contemplativas sienten propensión a esos estados.

Cuando yo era chico solíamos ir de cuando en cuando a merendar a un hermoso valle de las Ardenas, bajo unos robles que sombreaban las empalidecidas pizarras del techo de un molino. Tomado el refrigerio, toda la familia entraba a saludar al molinero y durante un cuarto de hora la sala, que hacía un poco las veces de taberna, se animaba con el ardor de innumerables preguntas, a las cuales el hombre enharinado y bonachón contestaba muy sensatamente. Pero a mí no me interesaba lo que hablaban. En un hueco de la vasta estancia se abría un arco que daba paso a una escalera. Vacilaba yo un instante, y al fin descendía por ella. Casi no había luz, y la poca que se filtraba en el antro le daba un aspecto de subterráneo. Era necesario bajar por lo menos treinta peldaños, dando vueltas, y a medida que se descendía, la luz iba haciéndose cada vez más viva, pero tomando un peregrino tinte verde. Por fin llegaba yo abajo. Rumor de agua que chorreaba de alguna parte y se deslizaba rápidamente entre piedras. Tal era la escena con la que yo soñaba todo el año, entre las dos visitas: una profunda hendidura en la piedra oscura y brillante, manchas de musgos, delicados helechos minúsculos en la humedad de las grietas, y por todas partes diamantinas colgaduras. A la derecha la ancha rueda de madera me parecía enorme y maligna. Casi no me atrevía a mirarla en su negro agujero, convencido de que prorrumpiría yo en gritos de espanto si de pronto se pusiera a dar vueltas con lentitud horrible, mientras que allá arriba, sobre mí cabeza, el mohoso artilugio de hierro y piedra diese golpes y chirridos. A mi izquierda, la linfa pura del arroyuelo se extendía clara y fresca, barajando los verdes reflejos de los muros pétreos con un poco del azul del cielo. Permanecía allí largo tiempo, entre el miedo y el deseo de quedarme. Lo que veía, sentía y pensaba en ese lugar encantado, me parecía más mío que todos mis juegos.

Me es imposible encontrar en un libro la expresión, que ya se ha hecho tan familiar, de "corriente de la conciencia",⁹³ sin acordarme en

⁹³ Expresión puesta de moda, en un tiempo, por la psicología del norteamericano WILLIAM JAMES, para significar la ininterrumpida fluencia de la vida anímica. - (*N. del T.*)

seguida del arroyuelo subterráneo. Sólo se llega a lo más auténtico de uno mismo, en el linde de la subconciencia, huyendo del mundanal ruido y buscando en el silencio interior lo que nos distingue de los demás mortales

He aquí algunas reglas prácticas para salir airoso en esta investigación:

1. Halle su propia inspiración

La inspiración radica en la parte más rica de nuestra conciencia, donde se halla nuestro más íntimo filón. Dejando a un lado las metáforas podemos decir que la constituyen los objetos sobre los cuales pensamos mejor. ¿Cuáles son? Es lamentable tener que confesar que una psicología miope, basada en absurdos principios de educación, contesta diciendo: son aquellos objetos que estudiamos con más ahínco. Pero la verdadera respuesta debería ser ésta: son aquellos materiales anímicos que manejamos con más facilidad y con el máximo gozo. Es imposible reflexionar acerca de los principios de un Arte de Pensar sin darse cuenta de que lo que buscamos es un método que nos acerque al genio. Ahora bien, el genio es ante todo una fuerza que actúa con desembarazo. El genio tiene pies ligeros. Cuando BUFFÓN lo define diciendo que es "una larga paciencia", no quiere significar la triste paciencia que se obstina, sino la dichosa fidelidad a lo que enajena. ¿Imaginará alguien que, durante los diecisiete años que anduvo buscando su famosa ley, NEWTON encontraba un inagotable placer en lo que llamamos su trabajo, pero que deberíamos llamar la encantadora ocupación de su espíritu? El genio se solaza haciendo lo que le gusta con delirio, lo que sólo interrumpe a disgusto; y no hay más genio que esto. POPE, que escribía

*Of happy convents bosomed deep in vines*⁹⁴

sin duda habría podido parodiar a SHELLEY, pero no es menos cierto que jamás hubiera sido capaz de escribir su poema sobre las *Colinas*

euganeas. Imagínese a DICKENS o a ZOLÁ componiendo novelas del gran mundo. No hay duda de que a menudo el instrumento del genio tiene más de una cuerda, ni de que su resplandor hace brillar tantas facetas que induce a creerlo universal; no obstante, nunca confundimos con el genio la facilidad productora ni la diversidad de aptitudes, ya que el genio es una esencia superior.

¿Qué libro leemos más a gusto? Hay en nuestra biblioteca ciertos volúmenes que nos son familiares y otros, en cambio, que parece como si sólo estuviesen allí de visita. ¿Cuáles son los primeros? ¿Cuáles aquellos de los que con frecuencia recordamos frases y aun párrafos enteros? ¿Qué temas son los que encienden la mirada? ¿Cuáles aquellos que releemos o de que hablamos más a menudo? La educación que nos dieron y la desgraciada idea de que el esfuerzo va siempre asociado a la grandeza -perversión comprobable incluso en hombres de extraordinario talento- son responsables de ciertas ilusiones ridículas, como la del violín de Ingres, o aquella menos conocida de FALGUIÈRE y sus cuadros. Un día FALGUIÈRE, famoso escultor, como es sabido, pero pintor detestable, enseñaba su taller a HEMMER, el famoso pintor retratista. Las telas, unas tras otras, arrancaban al visitante desafortunadas muestras de admiración. Pero, de pronto, HENNER se detuvo ante una pequeña estatua de mármol, a la que FALGUIÈRE no daba mayor importancia, y a HENNER se le cayó de los labios la siguiente exclamación: "¡Ah!: Esto sí que es bueno".

Lo que estamos tocando con la mano es nuestro propio filón, aunque de pronto no nos lo parezca. A los tripulantes del primer navío español que llegó, con una calma chicha, al estuario del Amazonas, les costó largo tiempo persuadirse de que los gestos que los indígenas les hacían desde sus piraguas significaban que el navío estaba fondeado en agua dulce, y que los marineros no tenían más que tomarla para apagar su sed abrasadora. Casi todo lo que hacemos merece el calificativo de rebuscado. Sin embargo, tenemos conciencia de que lo que más nos gusta en la obra de un escritor es lo que revela más directamente su

⁹⁴ "De venturosos conventos ocultos entre viñedos" - (N. del T.).

facultad distintiva y su temperamento. Nadie lee ya los desdichados poemas de BOSSUET, Y todos creemos a VEUILLOT cuando nos dice: "Mis páginas buenas son las que me cuestan esfuerzo, pero las mejores no me cuestan nada".

2. Hable o escriba según su propia inspiración

Lo mismo que se tararea entre dientes. Al amor o a la cólera, a la convicción arraigada o al deseo vehemente no les falta nunca elocuencia. Casi todos hemos oído hablar a hombres incapaces del menor artificio retórico, pero cuya emoción les hacía irresistibles. Nadie me ha hecho comprender tan bien las efusiones de Antígona como cierta mujer de extracción modesta, pero originaria del Mediodía de Francia.

Cuando un escritor siente el convencimiento característico del moralista o del apóstol, su vena es más rica que la del artista puro. ¿Por qué hoy LEÓN BLOY,⁹⁵ a pesar de sus groseros excesos de lenguaje, a menudo es preferido a ANATOLE FRANCE? ¿Qué es lo que convierte a DAUDET, no obstante sus prejuicios, sus injusticias y egolatría, en el Juvenal de su tiempo? Siempre la misma riqueza se manifestará por medio de parecidos efectos. Hay motivos para reírse de los surrealistas. Vea cómo JAMES P. O REILLY, a propósito de JAMES JOYCE,⁹⁶ describe el método de aquéllos en el *Irish Statesman*:

-Siéntese en un lugar propicio donde su espíritu pueda concentrarse en sí mismo o en nada. Entre en un estado lo más pasivo y receptivo posible, sin pensar en nada definido, escriba al punto lo que se le ocurra. Digo al punto, de suerte que no recuerde ni corrija nada de lo que escriba. Si se da cuenta de que su razón está influyendo sobre lo que su mano escribe, bórralo y comience otra vez. Escriba, por ejemplo, la

⁹⁵ Polemista, crítico y novelista francés, de una violencia expresiva y un ardor descomunales en la defensa del catolicismo (1846-1917). - (*N. del T.*).

⁹⁶ Escritor irlandés contemporáneo, en lengua inglesa, nacido en 1882; uno de los más difíciles autores modernos. - (*N. del T.*).

letra L, hasta que inconscientemente esa letra dé comienzo a una palabra, y esta palabra a una serie mental cualquiera. Este es el método.

Naturalmente, es el método de los guasones que a diestra y siniestra se llaman surrealistas, pero no es el que emplean algunos de ellos que demuestran tener verdadero talento, ni tampoco el de sus dos más famosos precursores. Lea la *Juana de Arco*, de PÉGUY,⁹⁷ obra de gran empuje, escrita cuando el autor contaba apenas veintidós años. Lea la mayor parte de las obras de CLAUDEL; Y entonces sabrá lo que es escribir siguiendo la inspiración propia. Todas las escuelas literarias nacieron de la convicción que algunos jóvenes escritores bien dotados tienen, de que la naturalidad y la libertad son esenciales a la inspiración. Por lo visto, todas las escuelas vuelven a descubrir los mismos principios. Antes dije que la Edad Media debió su importancia creadora, única en todos los dominios del arte, a la escasez de prejuicios artísticos en aquella época. Lo mismo podría decirse del romanticismo, antes de que el prurito de la vanagloria se hubiese convertido en la obsesión de los románticos. Los surrealistas procuran obtener rendimiento de su subconciencia, es decir, de lo que en todos hay de más humano, más rico y noble. Pero todos los escritores persiguen lo mismo. Cuando oigo decir que RACINE, que fue la perfección de un siglo perfecto, escribía en prosa sus obras antes de convertirlas en esos poemas dramáticos que los anglosajones se resisten tanto a considerar como verdadera poesía, siempre experimento la tentación de creer que aquellos primeros estados o esbozos eran composiciones surrealistas. Si las poseyésemos, tal vez nos parecerían tan diferentes de *Fedra* y *Atalía* como la primera redacción de *La Tentación de San Antonio* difería de la que FLAUBERT, después de grandes esfuerzos, acabó por echar a perder. Sin duda habrá observado usted la tendencia que los artistas tienen, cuando están poseídos de una idea, a hablar de este comienzo de inspiración en lenguaje

⁹⁷ CHARLES PÉGUY (1873-1914), muerto durante la guerra europea y uno de los escritores más personales e influyentes entre los que guiaron las generaciones literarias de su país en los tiempos anteriores a aquel gran acontecimiento. PAUL CLAUDEL, a quien se alude más abajo, es uno de los mejores y más originales poetas franceses contemporáneos. - (N. del T.).

íntimo o en jerga de taller. Es un esfuerzo surrealista para retrasar lo más posible la composición definitiva, con todo lo que tiene siempre de formalista y con sus inevitables prejuicios.

Hay ciertos ritmos -si tomamos esta palabra en su pleno sentido- que mantienen mejor que otros al escritor a la orilla de su subconciencia. El ritmo homérico es infalible, y lo adivinará usted en los libros de HILLAIRE BELLOC,⁹⁸ aun cuando el autor no le confiese, como me lo confesó a mí, que las únicas novelas que lee son las de HOMERO. Lo percibirá también en el mejor libro de BARRÉS, *La colina inspirada*, sobre el cual el autor me honró asimismo con una confianza. La costumbre de trabajar siempre con un ritmo de este género produce una sensación casi física, que nos advierte que nos hallamos en la médula de nuestro propio ser.

3. Conozcan el valor de la intuición

La intuición es la operación intelectual que realizamos con el menor esfuerzo y la mínima mezcla de elementos extraños. Sin previo aviso, vierte sobre nuestro espíritu una especie de luz, que tal vez deseábamos, pero en la cual también es posible que no hayamos pensado jamás. En un instante vemos -como indica la misma palabra- lo que antes no veíamos, y al propio tiempo experimentamos la sensación de sosiego que acompaña toda certidumbre.

He aquí algunos ejemplos de intuición. Después de esforzarnos largo tiempo por vencer una dificultad, la solución se nos aparece de pronto. Nuestro porvenir se nos presentaba bastante oscuro, y una especie de golpe de varita mágica nos lo ilumina, sin más ni más, de color de rosa. Estuvimos afanándonos inútilmente *por* comprender el carácter de una persona, y súbitamente damos con la clave. La revelación de lo que se llama la fisonomía de una ciudad; una idea luminosa para nuestro trabajo, negocio o salud; la detallada visión de una escena

⁹⁸ Historiador y crítico inglés contemporáneo, nacido en Francia en 1870. - (N. del T.).

dramática entera; la íntima convicción, semejante a la que tuvo PASTEUR, de que un método que a los demás les parece absurdo es, sin embargo, tan razonable como nosotros le vemos: todo esto es intuición. Busque entre sus recuerdos recientes, y las hallará a centenares.

Lo que se siente durante esas visiones deslumbradoras no es sólo una ausencia de tensión espiritual sino, por el contrario, una sensación de plenitud y libertad. Si posee el don de imitación, por experiencia sabrá que le basta sentirse, como suele decirse, en el pellejo de otro, para que no le cueste el menor esfuerzo imitarle, pensando, sintiendo, hablando y gesticulando como él. Si no goza de esta cualidad imitativa, sólo logrará llegar a una imitación semejante después de un largo estudio de determinada serie de detalles observados, anotados y contrahechos. En cambio, el imitador los descubre todos de una vez, con la visión inicial que le revela por completo la persona imitada.

No siempre las intuiciones tienen esta calidad. A menudo no son otra cosa que breves atisbos, que a la vez nos excitan y nos desilusionan, pero nos encantan siempre. No tienen nada de común con las aprensiones irritantes o las incertidumbres descorazonadoras que suelen cruzar nuestra conciencia casi en la misma forma. Suelen producir las determinados libros, e incluso a veces un libro cualquiera. Experimentamos entonces un singular desdoblamiento: continuamos la lectura, porque nos fascinan las iluminaciones súbitas que nos proporciona, pero al propio tiempo desconfiamos del libro, porque nos damos cuenta de que si le prestásemos nuestra atención acostumbrada, quebrantaríamos el mágico encanto que tiene su vehículo en él, ya que no su causa. La pedrería que nos complacemos en tocar con los dedos sería sustituida por groseros guijarros.

Estas intuiciones cotidianas se producen a menudo en racimos y en rápida sucesión unas de otras, pero con más frecuencia sin trabazón aparente. Cuando soñamos despiertos, o cuando oímos música, son tan numerosas que es imposible contarlas. Por eso las malgastamos. No obstante, sabemos su valor, pues a veces se truecan en teorías de pensamientos durante las cuales nuestro cerebro funciona admirablemente,

sin que por ello le obliguemos a trabajar. Es a esto a lo que llamamos PENSAR, Y esto es lo que deseamos ardientemente que vuelva a producirse. Cuando oímos hablar de un Arte de Pensar, lo que anhelamos aprender con él es la manera de hacer revivir en nosotros ese estado para complacernos de nuevo. La posesión de esta actividad intelectual superior es lo que llamamos comprender, dando su pleno sentido a la palabra. Estudiar, aprender o deducir, sólo nos parecen procedimientos inferiores, que únicamente nos proporcionan insípidas adquisiciones.

4. Trate con ternura su intuición

En ciertos libros de devoción hay una frase cuyo encuentro ha sido funesto para algunas almas delicadas: *time Jesum transeuntem non revertentem*, lo cual quiere decir: "Ande con cuidado, porque Jesús pasa, pero no vuelve a pasar". Que es como si dijésemos: no deje escapar su intuición religiosa, porque sólo se tiene una vez.

Se exagera al decir que las intuiciones, sean de la clase que fueren, sólo se tienen una vez; pero en cambio es cierto que jamás vuelven con la misma fuerza magnética que al principio tuvieron. Al notar su presencia, es como si viésemos pasar el milagroso estremecimiento por la piscina de Betsaida: el instante propicio se acerca. Lo que entonces importa es el silencio interior y exterior: debemos estar atentos, sin sentir impaciencia ni, sobre todo, curiosidad. La aparición viene a ser como la mariposa, que una vez atrapada deja de ser lo que fue y, por consiguiente, no hay que tocarla. Si su mano toma un trozo de papel y traza algunos signos, temeroso de que otro pensamiento suplante al primero, se alegrará de haberlo hecho, aun cuando más tarde reniegue de la inevitable concisión de la nota tomada. Pero si sobrepasa los límites de la prudencia y, entusiasmado con su visitante, se empeña en dibujar todos sus rasgos, como si quisiera incorporarlo plenamente a su sistema intelectual, anotando con excesiva avidez toda la riqueza que se le aparece, entonces lo matará. Los *Pensamientos* de PASCAL son una colección de intuiciones. ¿Cuáles preferimos? Las menos acabadas, sin duda; cuanto más breves, tanto más amplias son las perspectivas abier-

tas por esas notas. Sin duda LA BRUYÈRE ha retocado mucho sus retratos y perfilado los breves ensayos en que están contenidos. No obstante, es de creer que le gustaban menos estos camafeos que las máximas y observaciones breves que no se atrevió a desarrollar. Desarrolle si quiere satisfacer su espíritu; pero un deseo satisfecho ya deja de ser deseo, y harto sabe usted que esto implica una pérdida.

La mayor parte de los escritores franceses no pueden comenzar a escribir sin haber *thought out our idea*, pensado su tema hasta el fin. He aquí el espíritu, antes vivísimo, y ahora disecado en párrafos. Ya está listo, ya no podremos pensarlo más, sino tan sólo escribirlo. La famosa claridad francesa se debe a esta costumbre, y procede también de ella lo que los Lessing y los Carlyle llaman la falta de poesía en Francia. Los escritores ingleses y los rusos, o sienten más plenamente la presencia de la inspiración, o bien se apresuran menos a fijar sus pensamientos, o tal vez continúan pensando mientras escriben. Las consecuencias de todo ello son la oscuridad, la confusión y la falta de equilibrio. NEWMAN reconoce que le era imposible acordarse de lo que había querido decir en determinados pasajes de su *Gramática del asenso*. ¿Qué importa, si una página oscura le hace pensar, en vez de enterarlo bienamente? Con frecuencia me ha parecido que los franceses somos más sensibles a la distancia que separa nuestro libro terminado de la idea que nos incitó a escribirlo, porque el método de claridad a toda costa debilita, en efecto, nuestras concepciones.

Elaborar una idea no significa movilizar nuestras facultades en torno de ella, según los métodos corrientes. De poco serviría en este caso tomárselo a pecho. Es preciso añadir a nuestra vida cotidiana una dosis de soledad, de unción, de una cierta austeridad, y también lo que TYNDALL llamaba "empollar", refiriéndose a un invento, y NEWTON "pensar en él siempre." Probablemente, el íntimo deseo de ver llegar la intuición es el motor real que actúa sobre nuestra subconciencia. Los artistas dicen que la calidad de su producción, tras un largo período de desgano, proviene de la intensidad de su deseo. Como antes decía, WALTER SCOTT leyendo libros sin la menor relación con el tema de sus

novelas, y DICKENS errando noches enteras por las calles desiertas, se esforzaban en retardar, más bien que precipitar lo que nosotros llamamos el pensamiento, y que con mal exactitud debería llamarse su término.

El verdadero trabajo, evocado por la expresión de TYNDALL, consiste en poblar el espíritu de imágenes relacionadas con una idea. Estas imágenes pueden surgir porque las deseamos, y pueden también multiplicarse cuando vamos en su busca, de aquí para allá, a través de nuestra memoria. Al hacerse finalmente la luz, sea del modo que fuere, es inútil tomar el fenómeno vivo que acabamos de descubrir y disecarlo en un cuadro sinóptico. Las cifras y las claves son demasiado opuestas al pensamiento para poder hacerlo revivir jamás.

5. Cultive los estados de alma evocadores

Hay en el interior de nosotros una capa más sensible que las otras, que nos es muy conocida y a la cual podemos llegar a voluntad. Un sistemático diría, naturalmente, que esta parte de la conciencia sólo reacciona cuando se la toca, por reacción biológica. Tal vez sí. Pero lo que nuestra experiencia nos enseña con certidumbre es que la reacción no falla. Si nos acostumbramos a vivir en nosotros mismos, desarrollamos nuestra personalidad, y si devolvemos la vida a determinados períodos de nuestra existencia, a antiguas manifestaciones de nuestra sensibilidad, nos hacemos con ello más receptivos.

Nuestra vida, en los momentos culminantes del sentimiento, de la energía, de la nobleza y de la comprensión, es un manantial de estados de alma evocadores. Bastan algunos minutos de sosiego para volver a esos estados, y apenas tenemos conciencia de ellos se produce la fosforescencia de la intuición. Los poetas lo saben perfectamente. Su experiencia, a veces mezquina y de una estrechez que resultaría desconsoladora, es el fundamento constante de su inspiración. Lo mismo que los artistas, los poetas tampoco rompen jamás el hilo que mantiene unidos los diversos períodos de su vida, tal como hacen los hombres superficiales, que viviendo únicamente en el mundo y para el mundo, en el

fondo son indiferentes a sí mismos. La infancia de los artistas, en especial, con su riqueza y su profundidad de impresiones, con frecuencia se les aparece y se les hace presente. Nada tan evocador como el recuerdo de nuestros primeros años. ¿Hay una sola narración de infancia que deje de cautivarnos, desde *David Copperfield* hasta *Du Coté de chez Swann*, aun cuando el memorialista no tenga el talento de un DICKENS ni de un PROUST? ¿Por qué? Porque todas las impresiones registradas en los libros de este género son frescas, y atraen en seguida las que nuestra propia memoria conserva en su lozanía. Con el tiempo, la vida nos arranca a esos recuerdos, para concentrar nuestra atención en lo que llamamos nuestras luchas, palabra demasiado bella, las más de las veces, para las cosas vulgares que suele designar; pero nos damos cuenta de lo que perdemos. Incluso hay adolescentes que saben lo que deben a semejantes estados de alma. Conocí a un tierno colegial que cuando debía escribir una composición francesa se replegaba en el recuerdo de sus primeras emociones y pesares. Así se encontraba, en seguida, en la parte más fértil de su alma, e incluso a veces se reprochaba emplear en menesteres utilitarios cosas para él sagradas

Ciertos estados de conciencia de nuestros años remotos, estados mal definidos en otro tiempo, a causa de su complejidad, y no agotados desde entonces, a pesar de que los revivimos a menudo, conservan su poder evocador, una fascinación perenne. Jamás podré saber por qué razón, aun mucho antes de haber estado en España, percibí un no sé qué de español en el ambiente del Viernes Santo, hace muchísimos años, cuando yo tenía sólo ocho o nueve. Eran el mismo esplendor, la misma apasionada violencia. Años después, una tarde del día de Difuntos me llenó de la misma sobrecogida agitación que todavía hoy, en pocos minutos, puedo experimentar si quiero revivirla. Era una espléndida tarde de noviembre, sin sombra de la melancolía propia del día de Difuntos; el cielo era vivo y profundo: el viento del este soplaba alegremente por las avenidas del parque, inundadas de sol y de lirismo. De un álamo gigantesco se desprendían millares de hojas doradas, revoloteando en el azul, como almas minúsculas por fin libertadas y sumiéndose

se en el infinito. Todavía no habíamos abandonado la mansión señorial campesina para volver a París; pero no había en torno de mí ni dueños ni criados, y yo era el único que gozaba de aquel encantamiento. Me hacía la ilusión de poseer su magia por entero, como si me hubiese sido revelado el misterio de la belleza otoñal. No obstante, me habría sido completamente imposible analizar aquel espectáculo ni el efecto que en mí producía.

¿Quién no puede recordar momentos semejantes a éstos, y quien, al evocarlos, ignora que se halla con toda certidumbre en el centro más activo de su alma, sin haber hecho nada para salir precisamente de su pasividad? Las experiencias de esta clase, renovadas siempre que lo deseamos, nos enseñan lo que es el pensamiento y dónde se encuentra, mejor que largos años de esfuerzo consciente y de laboriosos estudios.

6. - Todos somos capaces de producción literaria

-¿Todos somos capaces de producción literaria...? Si, ya entiendo. Usted quiere que todos seamos escritores como usted. O tal vez cree usted que es imposible, sin saber escribir, alcanzar la perfección del pensamiento.

-Ni creo ni deseo nada semejante. Si yo pudiese reducir a una millonésima de lo que es ahora el volumen de lo que se imprime, lo haría al instante. Nada hay tan lamentable como el hombre o la mujer que se empeñan en escribir -como otros en pintar o cantar- sin tener facultades.

-Entonces, ¿qué hay de esa maravillosa producción literaria de la que todos son capaces y, por tanto, yo también? ¿Cómo es posible que yo me cuele en la historia de la literatura, sin añadir algo a la montaña de impresos que usted dice abominar?

-Pero ¿es que usted llama literatura a todo lo que se imprime?

-¡Hombre, por Dios...!

-Pues qué: ¿cree usted que todo lo digno de llamarse literatura está impreso?

-No, mi querido Sócrates, no lo creo. Yo leo los periódicos. Todos los días me entero de que se acaba de descubrir algún manuscrito inédito de un autor famoso. Esos papeles, creo yo, fueron literatura desde el instante en que su autor los escribió. Tampoco pasa un año sin que se publique la correspondencia de Fulano o las memorias de Zutano. Es necesario creer que tales cartas y recuerdos eran ya literatura, incluso manuscritos.

-Sí, las cartas de MADAME DE SÉVIGNÉ y las de CHESTERFIELD están en todos los manuales. Las *Memorias* de SAINT-SIMÓN también. Lo mismo puede decirse del *Diario* de PEPYS.⁹⁹ A medida que los manuales se alargan, la lista se alarga también, y los autores de correspondencias y los memorialistas van penetrando en la literatura. ¿Por qué?

-Seguramente porque escriben bien.

-Y ¿qué es eso de escribir bien?

-Pues, escribir en lenguaje distinguido, en estilo ingenioso, noble o conmovedor, de cualquier manera que sea, a condición de que cautive. Lo que está por encima del nivel medio de lo que se escribe, está bien escrito. Y eso es todo.

-Perfectamente. Pero hay que distinguir entre las palabras y los sentimientos que expresan. Si Juana de Arco nos hubiera dejado una correspondencia escrita en el *patois* de Domremy, no hay duda de que sería literatura.

-¡Alto ahí! Entonces, si las cartas de Fulanito a Menganita fuesen conocidas, serían también literatura. Conozco una misiva de esas, y le aseguro que arde en un candil... Y, sin embargo, crea usted que el pobre Fulanito no tiene nada de literato.

-Usted quiere decir que todo sentimiento intenso o profundo, expresado fielmente, es literatura. Tiene usted razón, y por eso nos gustan tanto los epistolarios. Leemos las cartas, medio siglo después que fue-

⁹⁹ SAMUEL PEPYS (1633-1703), autor de unas memorias relativas a la marina de guerra inglesa. - (*N. del T.*).

ron escritas, con la misma curiosidad con que la doncella de hace cincuenta años las leía cuando las encontraba abiertas en el escritorio de su señora. Odiamos el egoísmo, pero nos encanta oír a los hombres hablar de sí mismos.

-Pero... ¿le parece a usted que mis cartas son literatura?

-Sin duda usted ha escrito algunas que lo eran, pero las que me escribe actualmente ya no lo son. Nunca me dice usted ni una palabra de lo que realmente piensa o siente. Me cuenta lo que hace y lo que hacen los demás, pero no analiza nunca los motivos de esos actos, como suele hacerlo, y con bastante garbo, de sobremesa. Sus cartas son triviales, querido, y están llenas de lugares comunes. Y tengo la seguridad de que éstos estaban ausentes de las cartas de Fulanito a Menganita.

-Es usted un aguafiestas, y lo peor es que creo que tiene razón. Y ¿quiere usted que le diga por qué escribo y escribimos todos así, como si siempre escribiésemos la misma carta? Pues, la culpa la tienen los negocios. La misma carta se dicta veinte veces seguidas a veinte correos distintos. Hay un ritmo que es inseparable de la máquina de escribir. A mi mujer le escribo también de esta manera. Antes se quejaba, pero ahora ya no dice nada. Supongo que se habrá acostumbrado,

-¡Ah! ¡Esta vez sí que ha dado usted en el clavo! Cuando yo digo que todos somos capaces de hacer que en nuestras cartas haya literatura, quiero decir que una carta nos proporciona la ocasión única de expresarnos, ¿me oye usted bien? EXPRESARNOS. Nadie, mirando por encima de nuestro hombro, lee lo que escribimos; nadie ha de poner un reparo a lo que digamos. Ni aprensiones que nos intimiden, ni complejos que afrontar. Nos encontramos en las mejores condiciones para hablar de lo que conocemos como nadie, nuestros sentimientos, simples y fáciles de leer. Este es el estado insuperable para producir con naturalidad, vale decir, para hacer literatura, Conozco a una novelista cuyos libros me apenan, porque es amiga mía. La pobre no sabe ser nunca ella misma. Un año se parece a SINCLAIR LEWIS, y el año siguiente a WILLA

CATHER.¹⁰⁰ Es decir que se afana mucho pero con escaso resultado, como la modista aldeana que intenta copiar a los modistos de París. Sin embargo, esta misma mujer escribe unas cartas en que se transparentan su vida y su alma. Cada palabra, en vez de ser una manchita gris, parece brillar como un diamante.

-Si: ya sé que quiere decir, pero, ¿por qué he de hacer yo literatura?

-Y ¿quién le pide eso? Lo que yo quiero es contener el derroche de fuerzas. Todos los días tira usted por la ventana alguna posibilidad de penetrar en lo más íntimo de su propio ser, expresándose tal como se ve a sí mismo. Con esto ocurre que, de año en año y hasta de día en día, cada vez se parece usted más a todo el mundo y se hace más anónimo. Hoy se cree con más energía que al terminar su carrera de abogado, pero lo cierto es que a los veintidós años tenía usted más personalidad que ahora. Estaba entonces más cerca de sí mismo, y también de los buenos libros, esto es, de la expresión modélica de sí mismo. Sus cartas de aquella época eran mucho más personales. De entonces acá, usted se ha distendido, o bien se ha osificado, llámelo como quiera, y no hace más que imitar. En parte es culpa suya, si oye diez veces seguidas la misma conversación en diez puntos distintos. La literatura es la expresión del yo, le he dicho a usted, esto es, de la personalidad, y nuestro yo, es decir nuestra capacidad de realización individual, debería constituir nuestra preocupación preferente. En vez de esto, toda la vida no hacemos más que enriquecer materialmente a ese pobre yo, y en cambio, le sustraemos lo que lo constituía en representación nuestra legítima, hasta que de ello no queda nada. El idioma popular sienta una gran verdad cuando de ciertas personas dice que son como ceros a la izquierda. El mundo es un número gigantesco, compuesto de algunas cifras positivas y de una horrible masa de ceros a la izquierda. Por eso le digo: ¡sea firme, resista, niéguese, por el amor de Dios! Si así lo hace,

¹⁰⁰ SINCLAIR LEWIS, célebre novelista norteamericano contemporáneo, a quien en 1930 se concedió el premio Nóbel de literatura. WILLA SIBERT CATHER, escritora norteamericana, también contemporánea. -

será usted un verdadero hombre, y sus cartas, reflejo de una personalidad, merecerán ser impresas como lo han sido tantas otras.

-Voy apuntando lo que me dice, porque creo que vale la pena, e incluso sospecho que debe de ser literatura.

-No hablemos más de ella, pero tome usted sus apuntes, pues jamás tomará demasiado. Si anotase cuanto oye o piensa, que le parece digno de conservarse, tendría usted una preciosa colección. Lea el *Diario de AMIEL*,¹⁰¹ le aseguro que no se aburrirá, y en cambio podrá ver cómo es posible llenar por completo una existencia transcurrida enteramente en una pequeña ciudad suiza donde no ocurría nada: una vida rellena, atiborrada de las únicas cosas que valen la pena, las ideas y los sentimientos.

-¡Muy bien! ¡Qué más quisiera yo que producir literatura de esta clase! Pero no me hable de salir en letras de molde.

-Lo sé: usted no imprime más que sus balances y, realmente, su lectura no es desagradable. No obstante, recuerde que las librerías están llenas de libros cuyos autores tenían menos talento para leer en sus conciencias que muchos lectores suyos, empujados por el destino hacia los negocios.

En resumen: todos podemos tener nuestra personalidad, es decir, todos podemos alcanzar la potencia creadora, si no abandonamos nuestro yo a la vulgaridad o a los prejuicios. Salvemos nuestra alma, y por el mero hecho de hacerlo tendremos interés. Esta capacidad de interesar, que nuestros semejantes perciben en toda individualidad, es la base de la literatura; pero precisa que el hombre interesante no piense en la literatura. En todo el presente libro se sobreentiende que el pensamiento es lo único que importa en nuestra vida, y el pensamiento sólo puede coexistir con lo más noble y desinteresado que llevamos dentro.

CONCLUSIÓN

(N. del T.).

¹⁰¹ Enrique Federico Amiel (1821-1881), escritor ginebrino, dotado de notabilísima capacidad introspectiva. - (N. del T.).

Este libro no ha sido escrito para los escritores, a pesar de que tiene por base la experiencia de uno de ellos. Nada más lejos de su espíritu que la tendencia a considerar al pensador como un especialista, en vez de ver en él a un hombre digno de este calificativo. Siento un respeto sin límites por todos los que viven de elevados principios, que se adivinan a través de su vida, mucho más que en sus palabras. Un hombre de éstos es un pensamiento encarnado.

Proporcionémosle los medios de fortalecer sus facultades ensanchando el campo y elevando el nivel de su pensamiento: así crecerá su personalidad, y su influencia se hará más intensa. Enseñémosle la posibilidad de alcanzar la Visión o la Creación, y le conduciremos a la elevación suprema.

Es lo que intenta hacer este libro. No puede producir el deseo de pensar, donde ese deseo no existe; pero basta que encuentre esa indispensable semilla para que la ponga en condiciones de germinar. Si a los contemporáneos que se han elevado pudiésemos preguntarles qué les ayudó a salir del anónimo, quedaríamos sorprendidos ante la variedad y, al mismo tiempo, la sencillez de sus respuestas. Algunas palabras de un libro o de un discurso, una cita de un poeta, el programa de un curso, la descripción de un método, un cuadro impresionante, la huella dejada por un hombre superior, su creación ante una palabra certera o ante una estupidez, la expresión de su rostro, y tal vez sus mismos silencios, fueron suficientes.

Un efecto semejante puede ser producido, o al menos preparado, por algunas frases de un libro como el presente, henchido del deseo de ayudar a pensar. A algunas personas el consejo: "Lea el periódico como si se tratase de una página de historia", les hará el efecto de una paradoja; pero para otras será como el punto de partida hacia una vida nueva. Las habrá también que hallarán un estímulo en el simple ritmo de esta obra, en su índice, o tal vez en su mismo título.

Aquí, como en todo, lo que importa es un principio y un método. El principio depende de Dios, pero a nosotros nos toca buscar el método,

que puede aprenderse, y en muy pocas horas, incluso en un libro como éste. El autor no se propuso otra cosa, ni tiene otro deseo que serle útil.

